Borges en la biblioteca

Borges en la biblioteca

Patricio Zunini

Índice de contenido

Zunini, Patricio Borges en la biblioteca / Patricio Zunini. - 1a ed - Ciudad Autó

ISBN 978-950-556-957-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Diseño de tapa e interior: Pablo Alarcón | Cerúleo

Foto de tapa: Archivo de Alejandro Vaccaro

Foto de solapa: Alejandra López

Digitalización: Proyecto451

Para Agustina y Emiliano

Un escritor, o todo hombre, debe pensar que cuanto le ocurre es un instrumento; todas las cosas le han sido dadas para un fin y esto tiene que ser más fuerte en el caso de un artista. Todo lo que le pasa, incluso las humillaciones, los bochornos, las desventuras, todo eso le ha sido dado como arcilla, como material para su arte; tiene que aprovecharlo. Por eso yo hablé en un poema del antiguo alimento de los héroes: la humillación, la desdicha, la discordia. Esas cosas nos fueron dadas para que las transmutemos, para que hagamos de la miserable circunstancia de nuestra vida, cosas eternas o que aspiren a serlo. Si el ciego piensa así, está salvado. La ceguera es un don.

Jorge Luis Borges. “La ceguera”, conferencia

incluida en el libro Siete noches

PRÓLOGO

EL BORGES NUESTRO DE CADA VIDA

Por Pablo Gianera

Parece imposible seguir escribiendo sobre Borges. No "parece", lo es. Pero la certeza de la imposibilidad contrasta con la evidencia de que la escritura sigue. Ambas —imposibilidad de la escritura y certeza de su continuación— son una sola cosa: no se puede escribir más sobre Borges precisamente porque se sigue escribiendo.

Cuando no académicas, las escrituras sobre Borges suelen ser partidarias (el partido de la ciencia que lo hace precursor de todo, el peronismo, el antiperonismo, el pop que todo lo ultraja, la cita aviesa, la plastificación catedrática) y por eso mismo hacen de Borges lo que se les da la gana. Probablemente no haya ahora entonces más que una manera sola de escribir acerca de Borges, una manera que defiende además la obra de su reducción al servilismo de una causa. No se puede escribir sobre Borges sin hablar a la vez de uno mismo (de quien escribe), pero no porque se use a Borges de salvoconducto para contarse a sí mismo (otra variedad del servilismo), sino porque únicamente así, con ese reactivo, podrá colorearse algo en la obra que la prolijidad de las bibliografías y los congresos omiten, o dicen como si lo omitieran, porque no tocan ningún nervio. No leyó Borges de otra manera a los otros. Es también lo propio del ensayo: con primera persona del singular o sin ella, el ensayo desnuda a quien lo escribe. Eso pasa, por ejemplo, en Evaristo Carriego, del propio Borges; pasa en El factor Borges, de Alan Pauls; pasa, lateralmente, en Breve historia argentina de la literatura latinoamericana (a partir de Borges), de Luis Chitarroni; y pasa también en este ensayo de Patricio Zunini.

Le llevó años a Zunini escribir este libro, que, si no me engaño, iba a restringirse inicialmente a los años de Borges en la biblioteca, en las dos bibliotecas, en la Miguel Cané y en la Nacional. Ese corazón escenográfico persiste ahora, pero

las arterias que salen de él tienen un alcance más remoto. Las ramificaciones se prolongan a la vida entera de Borges y a la vida de Borges después de muerto Borges. Esta segunda vida implica además la vida de Zunini y la nuestra, los lectores.

Escuché no hace mucho decir a Damián Tabarovsky —decir o deplorar— que no existiera todavía una biografía de Borges a la altura de las biografías del estilo anglosajón, una biografía que pudiera contener los reflejos parcelados de las ya escritas. Es una manera de ver las cosas. Otra manera de verlas sería pensar que ninguna biografía es la vida: la vida se entrega a la comprensión cuando se descompone aquello que sería inalcanzable —la totalidad de esa vida— en el prisma de cada uno que escribe. El prisma no se repite, como no se repiten los que escriben. Zunini puede demorarse en la lasitud de las tardes que Borges pasaba refugiado en la Galería del Este (la Librería de la Ciudad a mano) porque ese lugar activa la evocación del negocio de la abuela en Charcas y San Martín. Estas interferencias no son inesenciales: las presunciones propias (como cuando resuelve la perplejidad o el vacío documental con la opinión: ¿habría llegado Borges a batirse a duelo con Lugones? ¿qué hizo en los seis meses de licencia que se tomó en la Biblioteca Cané?), la crónica personal, y aun la ausencia (el repliegue de las páginas —páginas inolvidables— en las que habla Miguel de Torre), todo eso hace de este libro de Zunini (biografía que es ensayo, ensayo que es crónica, crónica que es biografía de un tercero) el envío de una intimidad a otra intimidad.

17 DE OCTUBRE DE 1955

Atardece en Buenos Aires. Borges y Leonor salen a caminar. Van a la Biblioteca Nacional, que está en México al 500. Es un trayecto corto, unas veinte cuadras, pero les lleva un buen rato. Él desde siempre ha sido un gran caminador; ella, aunque con una vitalidad sorprendente, roza los 80. Cada tanto se apoya en el brazo del hijo o señala una vidriera: necesita recuperar el aliento, pero no lo dice, y él hace como si no se diera cuenta. Llegan cuando el sol ha comenzado a ocultarse. Se quedan en la vereda de enfrente. Si Borges va como de costumbre, está de traje oscuro, corbata amarilla, no tiene sombrero, todavía no usa bastón. Apunta con el mentón hacia adelante, lo que le da un aspecto recio. Pero, en realidad, lo levanta así porque un oculista le dijo que tenía la retina apenas adherida por un punto, y él cree que así hace menos presión. Un poco más allá, a unos cuarenta o cincuenta metros, casi llegando a la esquina de Bolívar, está la Sociedad Argentina de Escritores. Él fue presidente entre 1950 y 1953 —en esa época las reuniones, casi clandestinas, se hacían en la librería de Paulino Vázquez—. Cuántas veces caminó por esta cuadra. Y, sin embargo, esta es como si fuera la primera vez.

De chico, Borges venía a la Biblioteca con el padre. El edificio era nuevo y todo era luminoso e infinito. Era imponente. Lo había construido un marqués italiano que estaba casado con una nieta de Urquiza. Como originalmente iba a ser la sede de la Lotería Nacional, los pasamanos estaban rematados con bolilleros de adorno. Había murales y ninfas apoyadas sobre la punta del pie. Borges se perdía en esos detalles. Se asombraba con cada descubrimiento: las estatuas alegóricas, las musas del conocimiento, los nombres de los grandes pensadores escritos en las paredes. La sala de lecturas estaba en el atrio central. La habían ubicado ahí porque tenía buena luz y mala acústica —los números de la lotería se iban a cantar en el auditorio posterior, que terminó usándose para conciertos—. Tenía mesas de caoba y unos ficheros altos que sólo usaban los empleados. Desde ahí se podían ver todos los pisos: las paredes tapizadas de libros, los cuatro balcones que se abrían a los pasajes de las Ciencias, las Letras, la Historia, el Derecho; los ventanales de hierro.

La Biblioteca recibía a la gente del barrio y en un sector especial, los chicos de las escuelas vecinas se juntaban a hacer la tarea. Había otros salones llenos de

humo del tabaco donde los hombres se reunían a leer el diario y discutir de política; uno de ellos era el padre de Borges. Para que el hijo no se aburriera, le daba los volúmenes de las enciclopedias. Casi puedo verlo: un nene de seis años con un nivel de lectura sorprendente para su edad, sentadito en una silla de cuero con las piernas cruzadas, metido adentro de uno de esos libros gordos de cubierta verde. A veces el polvo lo hacía estornudar. Borges podía pasarse horas con la Enciclopedia Británica, que lo llevaba por países remotos o le hablaba de mitos y seres imaginarios. Fue en la Biblioteca donde le nació la pasión por las enciclopedias, que lo iba a acompañar toda la vida. Fue también ahí donde empezó a sentir que el mundo podía contarse como una serie infinita: de palabras, de objetos, de personas, de ideas.

La fantasía habitual es pensar que aquel chico saltaba entre volúmenes, casi como en una versión analógica de internet. Pero no era tan así. Si bien las enciclopedias eran libros que estaban disponibles sin necesidad de pedirlo en el mostrador, a él le daba un poco de vergüenza ir y venir por el salón. Leía de a un tomo por vez. Una tarde tuvo una suerte de epifanía. Había terminado de leer una historia sobre los drusos —una comunidad del Asia Menor que creía en la transmigración de las almas— cuando calculó cuántos años le tomaría leer, ya no todos los libros de la Biblioteca, sino, al menos, todas las enciclopedias: iba a necesitar esta vida y varias de las siguientes. Fue entonces que deseó con desesperación quedarse a vivir ahí para siempre.

—Bueno —dice Leonor—, ahora que sos el director, ¿por qué no entrás?

Unas horas antes, Borges había ido a la Casa Rosada junto con un grupo de intelectuales y escritores para participar del homenaje al general Eduardo Lonardi, el líder de la Revolución Libertadora que volteó a Perón. Cincuenta años después, Horacio González va a escribir que la visita fue el 18: el encuentro fue el lunes 17, exactamente el día en que se cumplían diez años del Día de la Lealtad. Quiénes integraban aquella comisión, no se sabe. Seguro estaba Manuel Mujica Lainez, pero la mayoría de los testimonios sólo mencionan a Borges. Quizá porque, visto a la distancia, su figura fue tan importante que eclipsó al resto; quizá porque por entonces —y como lo sería para siempre— él era el escritor de la “resistencia antiperonista”. Lonardi estrechó manos, habló brevemente con cada uno y lo que le dijo a Borges iba a determinar la suerte de sus próximos dieciocho años: “¿Director de la Biblioteca Nacional, tengo entendido?”. Y entonces Mujica Lainez o algún otro dijo: “Nos agrada oír esas palabras en boca de Su Excelencia”.

Ahora sólo quedaba la designación oficial. Borges, que había rechazado la Embajada en Estados Unidos, empezaba a consumirse en la espera. ¿Y si había entendido mal? ¿Y si el nombramiento quedaba en el olvido? ¿¡Y si volvía Perón!? Mucha gente creía que era una posibilidad real. Algunos hasta habían hecho correr el rumor que iba a tirarse en paracaídas en Plaza de Mayo.

La oscuridad los envuelve de a poco. A lo lejos, el caño de escape de un colectivo los trae de nuevo a la realidad. Leonor insiste:

—Vamos a mirar por adentro, a ver cómo es todo.

Pero él duda: tiene miedo. Un temor supersticioso, difuso y, por lo tanto, insalvable.

—No —dice, y da media vuelta—. Mejor no entrar hasta que sepa que puedo entrar.

PRIMERA PARTE

UNA BIBLIOTECA EN EL INFIERNO

1

Veinte años después, madre e hijo todavía vivían en el mismo edificio de Maipú y Marcelo T. de Alvear. Maipú 994, 6°B: un departamento chico a la calle en pleno Centro, a una cuadra de Plaza San Martín y dos de Harrods. Lo habían reformado para que tuviera dos habitaciones y una dependencia. En el dormitorio de Borges apenas entraba la cama, el escritorio y una biblioteca de muy pocos libros; ninguno suyo. Los días de lluvia había goteras en el living. Casi todas las tardes, Borges bajaba a tomar un café con leche al bar de la Galería del Este o al del Gran Hotel Dorá, que estaba al lado, y la gente se acercaba a saludarlo con cariño y respeto. A veces le gritaban "Hola, maestro" y él sonreía sin decir nada. Hacía dos años que había dejado de ser el director de la Biblioteca y no la extrañaba. O eso decía.

Borges entró en la Biblioteca siendo el escritor más relevante del país. Se fue siendo Borges, una marca de la Argentina, un signo, una identidad. El reconocimiento de sus pares y, sobre todo, de los intelectuales extranjeros como Roger Caillois explica, en parte, su prestigio, pero no alcanza a responder el misterio de una popularidad tan masiva. Su consagración saltó el círculo de los escritores y se volvió una figura pública, una personalidad reconocida y admirada aún por quienes no lo habían leído —ni pensaban hacerlo—. Yo tengo la intuición de que su celebridad se debió a la Biblioteca. Fueron los dieciocho años en la Biblioteca los que le permitieron alcanzar el estatus de Escritor Nacional. Los políticos citaban sus libros, los estudiantes lo esperaban en la puerta de la casa, los periodistas trataban de que dijera alguna frase filosa —que él siempre estaba dispuesto a decir—, las revistas sensacionalistas habían cubierto su divorcio con Elsa Astete como si fueran estrellas del espectáculo. La revista Gente solía ponerlo en tapa y varias veces lo incluyó entre los personajes del año. En enero del 77, sin una razón particular, le dedicó un número especial de más de doscientas páginas. La portada decía en letras blancas sobre un fondo dorado: "Todo Borges y… la vida, la muerte, las mujeres, la madre, la política,

los enemigos”, y traía una infinidad de imágenes, dibujos, fotos, cartas, telegramas, mapas, menciones en medios extranjeros, manuscritos, entrevistas inéditas, hasta tickets de avión, facturas de almuerzos y recibos de sueldo de la Biblioteca Nacional. Borges en la Biblioteca: un ícono pop.

El bar de la galería no tenía nada destacable. Si iba a encontrarse con una mujer, quedaban en el Dorá. Pero acá había algo que, aunque no podía precisar, lo hacía sentir como propio. Era un bar desangelado como lo son todos los bares de todas las galerías: luz de tubo, una mesada de aluminio y fórmica verde, medialunas en una campana de vidrio, una máquina de café aparatosa y estridente, las baldosas gastadas, el techo sucio de nicotina. La vidriera interna temblaba cada vez que los colectivos paraban en el semáforo. Además de las mesas de adentro había tres o cuatro en medio del pasillo. Eran cuadradas, metálicas, con un reborde de latón remachado. Las sillas, también metálicas, tenían asientos de cuerina marrón.

Yo no me acuerdo de Borges; era muy chico. Pero mamá dice que lo veíamos siempre que bajábamos del 10 para ir al negocio de mi abuela, que estaba en Charcas y San Martín. Borges llegaba, agarraba al mozo del brazo —nunca al revés; si lo agarraban a él se soltaba de un tirón— y se dejaba guiar. Caminaba despacio, tanteando el piso. Le gustaba sentarse en las mesas que estaban cerca de la librería La Ciudad para hablar con Julio, el librero de la tarde. Iba siempre de traje y corbata. Al menos mamá nunca lo vio de otra manera. El saco cerrado, la espalda un poco inclinada hacia adelante, las dos manos en la taza.

Los días que estaba de mal humor, si alguien se le acercaba indeciso, él le decía en voz muy alta: “¿Qué le pasa? ¿Le da asco ver comer a un ciego?”. Pero eso pasaba realmente muy de vez en cuando. En general, Borges disfrutaba los diálogos con desconocidos. De a poco había empezado a abandonar la imagen de polemista. Había pasado largamente los 70 años, había muerto Perón y, una vez más, había perdido el Nobel: ya no tenía ni las fuerzas ni las ganas para el conflicto. Ahora era un viejo patriarca que se agarraba al bastón de bambú traído de China y contaba historias antiguas con una voz gentil.

Una tarde, dos mujeres le pidieron un autógrafo —que él firmaba de memoria— y cuando se iban le dijeron que eran estudiantes de grafología y que iban a investigar cómo era su personalidad. Ahí mismo, les inventó el argumento de un cuento hiperborgiano: un hombre empieza a imitar la letra de otro para cometer un fraude, pero, a medida que se perfecciona en la falsificación, la identidad del

otro lo va tomando.

No invitaba a nadie a sentarse y los mozos sabían cómo reaccionar si alguien se excedía. De todas maneras, eran charlas muy breves, casi como iluminaciones zen.

—Maestro, ¿por qué escribe sobre Dios si no cree en Dios?

—Bueno, también he escrito sobre el minotauro.

Y ya estaba. Borges sonreía hacia una zona indeterminada donde consideraba que estaba el otro, y aquel se iba con una anécdota para contarles a hijos y amigos. Hay cientos de historias como estas. Se han escrito libros.

2

Debe trabajar el hombre

para ganarse su pan.

Antes de la Biblioteca hubo otra biblioteca. Otras bibliotecas. La del padre, que parecía infinita. La de Cansino-Assens, que realmente lo era. Ahora es la mañana del 14 de febrero de 1938 y Borges está entrando en la Biblioteca Miguel Cané. Desde hace un mes, todos los días, de lunes a sábado, sale del departamento de Las Heras y Pueyrredón donde vive con sus padres, sube al tranvía y baja en Boedo, un barrio en el que todavía hay calles de tierra. Es un viaje en el espacio y el tiempo. Borges viaja hacia una Buenos Aires marginal, antigua, pobre.

Los primeros días se había interesado por los cambios en el paisaje: dónde terminaban los edificios y la ciudad se hacía más chata, dónde se espesaban los cables de los tranvías, dónde la gente sacaba las mesas a la calle, dónde los baldíos se llenaban de chicos que iban a jugar a la pelota. Trataba de descubrir si la vida en los conventillos de Almagro era como le habían contado los amigos

del padre. Escuchaba los gritos de los vendedores ambulantes, prestaba atención a las inscripciones en los carros, a las mujeres que baldeaban las veredas. Pero antes de que pasaran dos semanas, el recorrido se le había vuelto rutinario. Empezó a llevarse los libros ingleses que compraba en la Librería Mitchell's, de Cangallo y Florida. Muchos años después, en 1982, va a decir que en ese tranvía leyó a Dante en la traducción de John Aitken Carlyle. El idioma inglés fue siempre un refugio para Borges, una lengua íntima. A veces, cuando refería sus primeras lecturas, decía que había leído al Quijote en traducción. No era verdad, por supuesto, lo había leído en una edición de bolsillo que sacaba el diario La Nación. Pero, antes que una mentira, yo lo tomo como una corrección: si hubiera sido el personaje de un libro —¿y acaso no lo era?— así es como debería haberlo leído.

Borges entra en la biblioteca y sin saludar, apenas unos movimientos de cabeza por aquí y por allá, guarda el libro en el cajón —es una novela de Faulkner— y se sienta en su escritorio. Tiene 38 años y este es el primer empleo formal de su vida. Si bien ha tenido algunas experiencias más bien breves, como cuando escribió para el diario Crítica, nunca antes había trabajado. No tenía la necesidad. El padre administraba unos campos y con eso mantenía a la familia. Para qué vas a trabajar vos, si con lo que yo gano estamos bien: palabras más, palabras menos, ese era el acuerdo entre padre e hijo. Uno trabajaba, el otro escribía. Pero el padre se enfermó de cáncer y cambió todo. Borges tuvo que conseguir un empleo. La manera en que sale al mundo del trabajo —sale al mundo— tiene algo de historia mítica. Un Siddartha porteño que deja el hogar del padre y descubre la pobreza, la corrupción, la muerte.

Aunque lo anotaron como empleado de la hemeroteca, trabaja en el departamento de Clasificación. Lo necesitan ahí porque la biblioteca está actualizando el catálogo. La tarea es muy simple: agarra un libro, le asigna un código, lo sella, lo marca con sus iniciales, completa la ficha y lo pasa a la pila de terminados, agarra un libro, le asigna un código, lo sella, lo marca con sus iniciales, completa la ficha y lo pasa a la pila de terminados, agarra un libro, le asigna un código, lo sella, lo marca con sus iniciales, completa la ficha y lo pasa a la pila de terminados, agarra un libro, le asigna un código, lo sella, lo marca con sus iniciales. Son cosas que no le interesan: novelas rosas, guías, manuales, libros escolares, libros de cocina.

Borges mira la pila y piensa que hoy va a hacer noventa y siete o noventa y ocho fichas. Agarra un libro, le asigna un código. Piensa en la primera semana. Se

había dedicado a la tarea sin distracciones y había hecho casi cuatrocientos ingresos diarios: agarraba un libro, le asignaba un código, lo sellaba, lo marcaba con sus iniciales, completaba la ficha, pasaba al siguiente. La monotonía lo dejaba en un estado de beatitud. Hay un cuento bellísimo, que, si no recuerdo mal, es de Ariwara no Narihira, un escritor japonés que a Borges le fascinaba. Un hombre recién llegado al pueblo se cruza con un matrimonio y les dice que va en busca de un maestro que lo guíe en el camino de la iluminación. Ella, con malicia, le dice que ha tenido suerte y que, si deja todo y se convierte en su sirviente, ellos van a ser sus guías. El hombre inmediatamente los sigue y durante décadas los atiende esperando la revelación que no llega. Así se hacen viejos los tres, y, ante la impaciencia cada vez más imperiosa del otro, ella le anuncia que ha llegado el momento: debe subir a lo más alto del árbol más alto, le dice, y, una vez allá arriba, tiene que saltar. El marido intenta disuadirla, pero ella insiste. Él hombre trepa hasta convertirse en un punto en el cielo. Tal vez duda un momento, pero es sólo un momento. Se tira. A mitad de camino, cuando su muerte es inminente, sucede: levanta vuelo y desaparece en el horizonte.

En esos primeros días, Borges se veía como el remedo de aquel sirviente. Pero una tarde, quizás el jueves de esa misma semana, casi a la hora del cierre, se le acercaron varios empleados. Dos o tres se quedaron parados, un cuarto se sentó en el escritorio y le sacó el libro que estaba marcando. Lo cerró con lentitud, se demoró unos segundos con la portada. Les hizo una mueca a los que estaban parados y puso el libro en la mesa. Lo apoyó con una dulzura aterradora.

—No podés hacer tantas fichas —le dijo.

En el área, le explicó, había veinte personas haciendo un trabajo que fácilmente podía resolverse con la mitad. Por qué se apuraba tanto. Qué creía que iba a pasar cuando se acabaran los libros.

—Si seguís a ese ritmo —le dijo—, vas a hacer que se enoje el jefe.

Borges asintió en silencio y los otros se fueron. Uno le palmeó la espalda. Otro lanzó una risa grotesca. El trabajo era absurdo, pero al menos tenía la ilusión de la santidad. Ahora era simplemente absurdo. Desde aquel día casi no habla con nadie. Y como buen escritor —como buen mentiroso—, hace un número irregular de fichas. Nunca pasa de las ciento cuatro por día.

Mira a su alrededor y todo lo que ve le desagrada: las caras anodinas, la ropa

burda de las mujeres, las risas, las discusiones sobre los caballos y el fútbol. Todo le resulta frívolo, ordinario, vulgar. Se siente solo. Está solo. En la escuela primaria, cuando sus compañeros se reían de él, al menos podía apoyarse en otro chico, Roberto Godel. Acá no tiene a nadie. Piensa en Francisco Luis Bernárdez, el secretario de la Biblioteca. Eran amigos, y lo hizo entrar con un puesto de auxiliar de segunda: el penúltimo rango del escalafón. Un rencor seco le crece en el estómago.

Alguien grita su nombre. Es una secretaria, que le avisa que la madre lo busca por teléfono. Antes de atender, sabe que son malas noticias. Habla con el jefe, junta sus cosas y vuelve a casa. Por una vez, se olvida el libro que trajo.

3

La Biblioteca Pública Miguel Cané se inauguró el 11 de noviembre de 1927. Era la primera biblioteca municipal de la ciudad de Buenos Aires. Su catálogo estaba totalmente compuesto por donaciones y era atendida por un grupo de vecinos entusiastas que trabajaban ad honorem de lunes a domingo. Originalmente quedaba en Independencia al 3800, pero ocho años más tarde, ya profesionalizada y debido a la gran cantidad de visitantes, se mudó a un edificio más amplio, que sería su sede definitiva, en Carlos Calvo 4311. El viernes 6 de diciembre de 1935 a las seis y media de la tarde en punto, la banda municipal tocó el Himno y el intendente Mariano de Vedia y Mitre junto a sus secretarios dio el discurso inaugural. “Una biblioteca pública es algo más que un instrumento de cultura”, dijo, “es, efectivamente, una manifestación de la solidaridad, de la expresión social”.

A lo largo de los años, Borges se ocupó de restarle jerarquía a la Biblioteca Cané. Tal vez para alimentar la imagen de self made man, siempre la refería como una pequeña biblioteca de un arrabal del sur. Pero la biblioteca a la que llegó se preciaba de ser la más moderna de América latina. Tenía pupitres similares a los de la Biblioteca Nacional de Amberes y los últimos adelantos en aireación, iluminación y temperatura. Además, en el nuevo edificio, la cantidad de lectores fue creciendo notablemente. Los registros muestran que en 1939 se atendió a 55.000 personas que hicieron 118.000 pedidos; un año después rozaba

los 100.000 lectores con más de 230.000 consultas. Borges, como en tantas otras cuestiones, alteró la realidad buscando la épica de las pequeñas cosas.

Borges es un dolor de cabeza para cualquiera que intente abordar aunque sea una porción de su biografía, porque no es una fuente confiable. Convencido de que la figura del escritor era tan importante como su obra, operaba con astucia y cálculo. Así fue diseñando una vida más acorde a sus intereses. A veces la modificaba levemente, a veces la reinterpretaba, a veces directamente inventaba. Un caso paradigmático es cómo contaba que dio a conocer Fervor de Buenos Aires, su primer libro.

Borges pasó la adolescencia y parte de la juventud en Suiza y España. Estuvo afuera durante toda la Primera Guerra y los años inmediatamente posteriores. Estaba allá cuando en 1918 se produjo la Revolución Bolchevique, a la que saludó con unos poemas que reunió bajo el título Los salmos rojos o Los ritmos rojos. O tal vez fuera Los himnos rojos. Un tiempo después —él decía que tras haber visto El acorazado Potemkin— se desilusionó del comunismo y abjuró de aquellos versos; en algún momento incluso llegó a negar que alguna vez los hubiera escrito. De ese libro que nadie vio perviven algunos poemas: “Trinchera”, “Rusia”, “Guardia roja”. Dicen que esa fue una de las razones por las que le negaron la visa a Estados Unidos en pleno macartismo. La familia volvió a la Argentina en 1921, y Borges se encontró con que la ciudad había abandonado el estatuto de aldea poscolonial y se abría a la modernidad. Los poemas de Fervor de Buenos Aires son una respuesta a la nostalgia. “Al cabo de los años del destierro / volví a la casa de mi infancia / y todavía me es ajeno su ámbito”. Pasando por alto el peso de la palabra destierro, Borges le canta a la ciudad de sus recuerdos, de casas bajas, de aljibes y quintas con verjas. Son poemas bellísimos que, de alguna manera, prefiguran lo que va a escribir a lo largo de la vida.

Borges contaba que, para conseguir que el libro fuera leído, se había valido de una artimaña. Lo decía en el Ensayo autobiográfico y, aunque la cita es larga, vale la pena traerla completa: “Recuerdo uno de mis métodos de distribución. Como había notado que muchas de las personas que iban a las oficinas de Nosotros —una de las revistas literarias más antiguas y prestigiosas de la época — colgaban los sobretodos en el guardarropa, le llevé unos cincuenta ejemplares a Alfredo Bianchi, uno de los directores. Bianchi me miró asombrado y dijo: ‘¿Esperás que te venda todos esos libros?’. ‘No —le respondí—. Aunque escribí este libro, no estoy loco. Pensé que podía pedirle que los metiera en los bolsillos

de esos sobretodos que están allí colgados’. Generosamente, Bianchi lo hizo. Cuando regresé después de un año de ausencia, descubrí que algunos de los habitantes de los sobretodos habían leído mis poemas e incluso escrito acerca de ellos. De esa manera me gané una modesta reputación de poeta”.

La anécdota es hermosa: el libro se abre camino sin la intervención del autor. Muchos biógrafos la contaron casi al pie de la letra. Pero si no es falsa, es al menos exagerada. Quizá haya pensado hacerlo, quizá se lo haya pedido a Bianchi, quizás incluso haya escondido algunos —no más de veinte en una tirada de trescientos—. Lo cierto es que Borges regaló muchos con dedicatorias de puño y letra y también habían salido algunas notas elogiando por anticipado el libro. Como Poe en “La carta robada”, la verdad no es inaccesible, pero Borges mentía con tanta convicción y sus historias eran tan verosímiles, que preferimos creerle.

Con las sucesivas crisis económicas y los cambios en el consumo cultural, la Biblioteca Cané fue perdiendo brillo. Hoy tiene menos de 6.000 socios. Si sigue activa se debe, en parte, a él. Borges odió cada día que estuvo en ese lugar, pero paradójicamente, se convirtió en una suerte de protector. La Biblioteca tiene un frente prolijo y cuidado; las puertas blancas y la reja negra han sobrevivido a los grafiteros. En 2018, el Ministerio de Cultura de la Ciudad puso en valor el edificio y montó una muestra permanente. Hay fotos, un diorama con los datos históricos más destacados, una línea de tiempo, algunos de sus libros en ediciones actuales. Hay también plaquetas con frases de los visitantes ilustres que pasaron por ahí: J. M. Coetzee, Orhan Pamuk, Paul Auster, Carlos Franz, Julian Barnes, Edmundo Paz Soldán. La de Juan Villoro dice: “Los libros, que son la mejor forma de viajar, me trajeron a este sitio donde Borges descubrió el mapa oculto del universo”.

—Mucha gente viene a verlo —dice Osvaldo Ponce, el actual director de la biblioteca—. Borges está presente.

—¿Los turistas qué vienen a ver?

—El lugar, los libros que pudieron haber estado en sus manos… El piso. Es gracioso, pero es así: le sacan fotos al piso.

No hay nada especial en las baldosas. No tiene dibujos ni forman un damero. Todo sigue un principio antiestético y austero. Y, sin embargo, es lógica la

identificación de los turistas: uno siempre quiere caminar por donde pasó la Historia.

4

De joven, Jorge Guillermo Borges tenía una figura imponente. Hacía boxeo y practicaba esgrima, deportes que abandonó cuando empezó a perder la vista. Jorge Guillermo era el cuarto o quinto de la rama familiar con una enfermedad en los ojos que Borges, su hijo, también iba a heredar. Nació en Paraná en 1874 y creció con el fantasma de un padre muerto en combate. El coronel Francisco Borges se había hecho matar en la batalla de La Verde, en medio de una fallida revolución contra el presidente Nicolás Avellaneda. Separado de sus hombres, había cargado contra el ejército enemigo vistiendo un poncho blanco. No está claro por qué se entregó a la muerte. Tenía 39 años y un hijo de diez meses.

Jorge Guillermo estudió en el Colegio Nacional y cuando tuvo que elegir una carrera, se decidió por la abogacía. Francisco, el hermano mayor, era marino. Es difícil imaginar que, de haber habido un tercer hijo, aquel hubiera sido sacerdote, pero era la opción típica de las familias tradicionales: un hijo militar, uno abogado y uno cura; las armas, la política, la religión. Con todo, Jorge Guillermo era un personaje singular. Nunca ejerció la profesión, tenía ideas anarquistas y hasta había pensado fundar una comuna en el Paraguay. En la facultad había sido compañero de Macedonio; una amistad que le legó a Borges.

Quiso ser escritor. Como la mayoría de los intelectuales de la época, entendía a la literatura como el espacio de la disputa política. Era unitario. En 1921, todavía con la familia en su periplo por Europa —estaban en Palma de Mallorca—, publicó la novela El caudillo, que narraba con cierta solemnidad la historia de un señor feudal entrerriano en los años posteriores al rosismo; un hombre llamado Andrés Tavares, patrón de estancia brutal, despótico, con gran influencia en el gobierno y rebelde a la ley, que, al final, sucumbe ante su propia violencia. Jorge Guillermo escribió también unas apostillas filosóficas que no publicó —salieron de manera póstuma mucho después de su muerte y la de sus hijos— y varios sonetos. Con eso y con alguna traducción agotó su intermitente carrera literaria. Aunque es injusto decirlo así: escribió hasta donde se lo permitió la vista. Si bien

Borges tuvo desde siempre a la escritura como un faro —la madre decía que había escrito su primer cuento a los ocho años—, fue a partir de la ceguera del padre que el mandato de la literatura cayó sobre él como un rayo para siempre. No se interrumpió ni siquiera, quizá porque no tuvo hijos, cuando fue él quien se quedó ciego.

Jorge Guillermo leía todo lo que escribía el hijo pero nunca —o al menos así lo decía Borges— le dio su opinión. Se me hace difícil de creer. Suena a uno más de los mitos borgianos, pero tal vez haya sido así. Tal vez creyera que cualquier comentario, por mínimo que fuera, podía ser tomado como un precepto que influyera demasiado en la escritura. Además, él sabía que Borges escribía mejor. Jorge Guillermo: un maestro zen, un dios severo. Tótem y tabú. En ese silencio —real o fantaseado— se cifra buena parte de la relación entre ellos.

Su muerte fue una tragedia para la familia. Los últimos días, un suplicio. La enfermedad se había ensañado con su cuerpo y lo había consumido en poco tiempo. Había perdido peso, tenía laceraciones en la espalda, los dolores no lo dejaban dormir. Unos años antes, la muerte de la abuela Fanny había sido como un lento dejarse ir. A él, en cambio, el destino le había reservado un final dramático. Apurado por llegar al desenlace, había dejado de comer y no permitía que le aplicaran inyecciones. Apenas tomaba un poco de agua cuando no daba más de sed.

Jorge Guillermo estaba exhausto aquella mañana en que Leonor llamó a la biblioteca y le pidió al hijo que volviera cuanto antes. En el camino de regreso, Borges tenía en mente algo que el padre le había dicho unos días antes. Con la respiración agitada, Jorge Guillermo tanteó en la cama hasta encontrarle la mano. Se notaba que hasta ese movimiento simple era un esfuerzo. “No voy a pedirte que me pegues un tiro”, le dijo, “porque sé que no lo harás”. Después le soltó la mano y cerró los ojos. Borges trataba de recordar el tono. Quería comprender si lo había imaginado o si de verdad había en la voz del padre un tono de reproche.

Se da cuenta que es tarde ni bien la mucama le abre la puerta. La mujer no lo mira. Lo saluda en un susurro y vuelve a la cocina. El silencio es macizo, monolítico. Le da a la casa un aire irreal. Borges da unos pasos y el ruido de los zapatos le resulta obsceno. Piensa en sacárselos, pero un pudor infantil le prohíbe presentarse descalzo delante del padre. Va a la habitación casi en puntas de pie. Leonor y Norah están junto a la cama. Jorge respira agitado. Tose. Tiene

la frente muy transpirada. Ellas están pegaditas una al lado de la otra. La madre le hace un gesto impreciso.

—Padre —dice él. Y se sobresalta con su propia voz.

En el living hay una foto de los cuatro de cuando los chicos eran chicos. Leonor está sentada con Norah y Borges a cada lado, y Jorge Guillermo parado atrás, con la mirada rigurosa. Qué poco queda de aquel hombre en este con la cara chupada y la piel grisácea. Es la última vez que los cuatro van a estar en la misma habitación. El padre tose una vez más y su último resuello se entrecorta: ha muerto.

Borges, entonces, se llena de recuerdos. Querría ordenarlos, pero le vienen como en oleadas. Las veces que iban a nadar. Las tardes en Zurich; el prostíbulo en Zurich. La vez que Borges llegó llorando por la pelea con un compañero de escuela y Jorge Guillermo le dio un cuchillo para que aprendiera a defenderse; Borges tenía 9 años. Fue en la biblioteca del padre donde se formó como lector. Entraba sin pedir permiso y se tiraba al piso a leer, a dibujar, a jugar al ajedrez. Ahí leyó sobre Aquiles y la tortuga y sobre la flecha de Zenón. Borges se sienta, se tapa la cara con las manos. Recuerda las cabalgatas en verano, las conversaciones con Evaristo Carriego, la vez que el padre le dijo: "La perfección del perdón es el olvido". Pasa un rato así, invadido por la memoria. La madre le apoya una mano en el hombro. El abre los ojos y mira al padre. Quién arregló la cama, quién le acomodó la almohada y dejó las sábanas tirantes, sin arrugas. Cuánto tiempo estuvo en ese trance. No quedaron diálogos truncos entre ellos, no hay cuentas pendientes. Y, sin embargo, asoma en él un sentimiento de culpa. Leonor lo abraza. Él es más alto, pero a su lado se siente diminuto. "No llores, Georgie", le dice. Pienso que Borges, por una vez, se despoja de la flema que cultivó a lo largo de los años. No quiere llorar, pero no puede evitarlo. Y llora. Llora con lágrimas pesadas, llora acongojado, llora con hipo. Llora como no sabía que era capaz de llorar.

5

Al poco tiempo de trabajar en la biblioteca, Borges se dio cuenta de que, si se

apuraba a hacer las fichas del día —lo que le llevaba un par de horas, a veces menos—, podía dedicar el resto de la jornada a hacer lo que quisiera. Sus compañeros hacían eso: algunos leían el diario, otros se quedaban hablando en un costado, otros jugaban a las cartas. Administraban el tedio. Él leía y escribía. Al principio, se quedaba en su mesa. Abría uno de los libros que ya había registrado y, mientras simulaba tomar notas, usaba un bloc de hojas membretadas para escribir el principio de un ensayo o de una reseña. Y cuando terminaba la hoja, reemplazaba el libro para sostener el verosímil.

Yo trabajé unos años en una repartición del Estado y es notable cómo las historias de la época de Borges se parecen muchísimo a las que podría contar yo o cualquiera de mis compañeros. El trabajo en el Estado es ideal para el que se dedica a un oficio intelectual. Arlt decía en el epílogo de Los lanzallamas: “No dispongo, como otros escritores, de rentas, tiempo o sedantes empleos nacionales”. El trabajo en el Estado está plagado de tiempos muertos, es cansino, monótono. El horario de ingreso más o menos se respeta, pero el de salida es tan sagrado como si estuviera tallado en las Tablas de la Ley. El sueldo es relativamente digno, las tareas están bien definidas y los sindicatos hacen sus negocios sin molestar demasiado. Uno puede manejar el cotidiano; nunca o casi nunca hay urgencias que te distraigan de aquello que verdaderamente estás haciendo. Yo ponía un libro debajo del teclado de la computadora y leía o estudiaba durante horas. Y no era el único: en la sección donde trabajaba éramos unos veintipico y más de la mitad estudiamos y nos recibimos así. Lo malo es que tiene una medianía que te tira para abajo. Creo que me fui por eso.

Con la excusa de mejorar el fondo de la biblioteca, Borges consiguió que compraran una cantidad de clásicos en inglés: Pride and Prejudice, de Jane Austen, Gulliver’s Travels, de Jonathan Swift, The Opium-Eater, de De Quincey, The Turn of the Screw, de Henry James, Leviathan, de Thomas Hobbes, Vanity Fair, de Thackeray, Decline and Fall of the Roman Empire, de Edward Gibbon, la biografía de Samuel Johnson escrita por Boswell, los poemas de Browning, Blake y Tennyson, las comedias de Shakespeare. Pero la sala de Archivo y Catalogación era demasiado estridente. Había una especie de colchón incesante de ruidos con el tableteo de las máquinas de escribir, las conversaciones, las risas. A veces alguien ponía la radio y el salón se llenaba de tangos y valsecitos de Gardel —que había muerto hacía muy poco—, Ada Falcón, Libertad Lamarque, Agustín Magaldi, Juan Maglio. Buscando un poco de silencio, Borges iba y venía por los distintos ambientes: el depósito, las oficinas del primer piso, la terraza, incluso el baño. El lugar indicado hubiera sido la sala de

lecturas, pero no encontraba cómo justificar quedarse ahí.

Cierta vez bajó al sótano y le pareció un lugar feo, mal iluminado, un poco frío, con olor a humedad. Había dos mesas largas atravesadas con un desorden de libros que estaban para el descarte. En un rincón se juntaban cajas de cartón con diarios viejos, botellas vacías y cagadas de rata. Una telaraña iba de la lámpara al techo. Se quedó unos minutos maravillado con la desolación del lugar. Ya lo iba a desechar cuando se dio cuenta de que en todo el tiempo que llevaba ahí abajo no había venido nadie y casi no llegaban sonidos de las oficinas.

Al día siguiente hizo la prueba. Entró en la biblioteca a las dos en punto, hizo noventa y pico de fichas y, cuando sus compañeros empezaban a cebar el mate y quejarse de la modorra de la tarde, bajó al sótano. Excitado por la transgresión le costó entrar en ritmo, pero una vez que lo consiguió, puso sus energías en terminar un texto con el que venía luchando hacía tiempo. Una hora y media después, volvió al escritorio con un gesto desafiante. Si alguien lo hubiera visto tal vez le habría dicho algo procaz.

Durante algunos días alternó entre la maniobra del escritorio y la huida al sótano, pero cuando vio que a nadie —ni siquiera al supervisor— le importaba su ausencia, empezó a bajar todas las tardes.

LAS DOS MUERTES DE BORGES

1

La verdad es que cualquier cosa, una idea, un capricho,

una partícula de polvo puede cambiar el curso de una vida.

Simone Schwartz-Bart, Lluvia y viento sobre Télumée Milagro

Sábado 24 de diciembre de 1938, Borges termina su turno en la Biblioteca Cané pero no vuelve a casa. No siempre lo hace: a veces va al cine, a veces se encuentra con Xul o con Bioy o con otros amigos. Esta vez lo espera una mujer. Como todo tímido, Borges es un poco torpe, un poco ansioso, muy enamoradizo.

No sabemos quién es ni dónde vive. Esos datos se perdieron. Sí sabemos que cuando él llega, está demasiado ávido como para esperar el ascensor —que está abierto en un piso alto o tal vez esté descompuesto— y sube por las escaleras. Entre el apuro, la mala iluminación y unos ojos siempre débiles, no ve una ventana recién pintada que alguien dejó abierta para que el aire cálido del verano termine de secarla. La golpea, pero, abstraído y apurado por llegar, apenas lo siente. Piensa: un rasguño. Confunde el ruido de la ventana con el aleteo de un pájaro o de un murciélago. Y cuando llega y toca el timbre conteniendo el resuello y acomodándose el traje cruzado, la amiga que abre la puerta pega un grito de horror. Borges está cubierto de sangre en la cara, la camisa, el saco, las manos.

Aunque le hacen curaciones de inmediato, la pintura, que es muy corrosiva, infecta la herida. Pasa varias noches en cama con fiebres altísimas. Un día pierde

el habla y deben internarlo en un sanatorio de la calle Ecuador. La septicemia lo deja al borde de la muerte. Los cirujanos le rapan la cabeza, lo meten en máquinas que él no reconoce, lo operan —después, hasta que le crezca de nuevo el pelo, va a usar una boina que le cubre las cicatrices—, lo someten a un tratamiento doloroso. No sabe cuántos días pasa en ese estado. Por los festejos de las enfermeras reconoce que empieza el nuevo año en el hospital, pero él está en un paréntesis de la realidad. La burocracia hospitalaria reduce al paciente a un cuerpo que se expresa sólo a través de números: peso, goteos, pulsaciones, temperaturas. Intenta hablar, pero siente la boca empastada. Cuando lo hace desordena las palabras. Tiene alucinaciones.

El canto de una ventana —¿el canto de una sirena?— lo empuja al delirio. ¿Y si la aversión por los espejos no fuera porque multiplican la cantidad de seres humanos, sino por el temor de no verse reflejado? Borges, un monstruo finisecular. Un vampiro entregado a la lujuria de la sangre. Necesita verla en el cuchillo de los malevos, en la intimidad de la garganta, en la mano del Negro que corrige el final del Martín Fierro. Sangre, sangre de la Alianza, sangre azul, mala sangre, sangre derramada, sangre y semen, sangre y fuego, sangre en el ojo; va a correr sangre entre nosotros. "Ignorante y fatal corre tu sangre / por un sistema de secretos ríos / que no dan con el mar, hasta esa hora / anhelada o temida o simplemente última, / que detiene tu carrera". Oscura, monótona sangre. Sangre en el laberinto que es Londres, en la casa de los Nelson, en la casa de Asterión, en la pampa. La biblioteca, el ascensor, la escalera, el pasillo, la ventana, el pájaro. La pintura que roe el cráneo, voraz como Ugolino. La muerte y él se miran, se presienten, se desean, se acarician, se besan, se desnudan, se respiran, se acuestan, se olfatean, se penetran, se chupan, se demudan, se adormecen, despiertan, se iluminan, se codician, se palpan, se fascinan, se mastican, se gustan, se babean, se confunden, se acoplan, se disgregan, se aletargan, fallecen. Fascinado por su propia sangre, quizás haya muerto aquel día en la sala de operaciones y lo que queda es el sueño de un sueño, el sueño de un sol y de un mar y una vida peligrosa. Borges cruza la calle descalzo. Bioy adelante, Xul y Macedonio más atrás, van en una procesión fúnebre hacia un planeta silencioso. Sístole, diástole, sístole, diástole, sístole. Muere el hombre, nace el mito.

Leonor pasa todos los días junto a su cama. Habría que dulcificar un poco la imagen de dama de hierro que tenemos de ella. En diez meses perdió al marido y casi pierde al hijo. Para que Borges se sienta acompañado, comienza a leerle. Inaugura, sin saberlo, una tradición que va a durar décadas. Una tarde le está

leyendo una novela de ciencia ficción de Clive Lewis, cuando su hijo empieza a llorar. Ella se interrumpe conmocionada.

—Lloro —le dice él—, porque entiendo.

2

Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar

ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa

o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu.

Quince años después del accidente de la ventana, Borges lo recrea como acontecimiento literario. Lo pone como eje del cuento “El sur”, que primero publicó en el diario La Nación (1953) y luego lo incluyó en Artificios —libro que más tarde sería la segunda parte de Ficciones—. “El sur” es un cuento imponente. Es mi cuento favorito. Cada vez que lo leo, encuentro y pierdo sentidos.

El protagonista se llama Juan Dahlmann y, no casualmente, trabaja en una biblioteca pública y es descendiente de un militar que murió en las guerras civiles. Cierto día recibe la noticia de una mujer que tiene un raro ejemplar de Las mil y una noches. Va a verla y sube por las escaleras donde fatídicamente lo espera el marco recién pintado. Dahlmann cae enfermo y lo internan en un sanatorio con un cuadro muy comprometido. El tiempo es un tormento; pasan ocho días como ocho siglos. Sobrevive. Repuesto, aunque todavía convaleciente, debe viajar directamente del hospital a la estancia familiar, que queda en el sur de la provincia. “Nadie ignora que el sur empieza del otro lado de Rivadavia”, escribe Borges cuando su personaje llega a la estación de Constitución, y ese cruce simbólico deja al personaje del lado de la barbarie.

Hay mucha muerte en los cuentos de Borges, que pueden llegar a ser muy sangrientos. Borges se obstina en las peleas de gauchos y cuchilleros, en las

traiciones, las revoluciones fallidas, el fratricidio. A veces, los duelos quedan enmascarados en derivas filosóficas, a veces en paradojas científicas, a veces en evocaciones metaliterarias. En todos los casos hay un movimiento como de placas tectónicas que espera la contienda. Cuando dialoga con la tradición, cuando polemiza con Lugones, cuando hace política —antiperonista—, cuando habla del arrabal y rescata a Carriego, cuando indaga el origen del tango, incluso cuando escribe poemas de amor, la literatura de Borges es literatura del conflicto. Y la principal batalla que ocupa su obra es la que mantiene contra sí mismo: nunca termina de resolver la antítesis entre el hombre de letras y el hombre de acción.

El viaje en tren es largo y cansino y Dahlmann cae en sueños entrecortados. Todavía adormilado llega al pueblo y entra en un viejo almacén donde se acomoda junto a la ventana, pide sardinas y carne asada, y se dispone, por fin, a leer Las mil y una noches. Pero entonces tres hombres empiezan a molestarlo. Se burlan, le gritan, lo insultan, le tiran bolitas de pan. Él quizás hubiera seguido leyendo, pero el almacenero interviene: “Señor Dahlmann”, le dice, “no les haga caso a esos mozos, que están medio alegres”. La frase produce el efecto contrario. Dahlmann siente que ya no puede hacer otra cosa. Inmediatamente deja el libro, se levanta y acepta el puñal que le da un viejo gaucho. Sin esperanza, pero sin temor, sale a la llanura.

¿Sucede en realidad la pelea o Dahlmann se la imagina mientras agoniza en el hospital? “Sintió al atravesar el umbral que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta, en la primera noche del sanatorio, cuando le clavaron la aguja. Sintió que si él, entonces, hubiera podido elegir o soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado”.

3

Yo subo la escalera, yo cumplo una misión.

¿Y si no hubiera tal mujer? ¿Y si fuera un personaje implantado en una trama falsa? Incluyendo la de “El sur”, hay varias versiones del accidente. Lo llamativo es que las otras, las reales, son bastante posteriores al cuento. Borges recién se refiere al tema en el Ensayo autobiográfico de 1970, y lo hace muy por arriba. Todo en ese ensayo suena a artificio. Norman Thomas di Giovanni le había pedido que escribiera una autobiografía para presentarse al público norteamericano, y da la impresión de que Borges lo hizo a desgano. Habla muy poquito de su vida, siempre con elipsis o imprecisiones, sin ganas. Aprovecha, eso sí, para arreglar algunos incidentes. Cuenta, por ejemplo, la historia de Fervor y los sobretodos. El de él no puede tomarse como testimonio fidedigno.

Otra versión es la que Norah le cuenta a María Esther Vázquez en el libro Borges. Esplendor y derrota —que se publicó en 1996, a diez años de la muerte de Borges—. Norah precisa algunos detalles y cree recordar que la mujer era Emma Risso Platero. Pero después aparece otro nombre: María Luisa Bombal. Las dos eran mujeres muy hermosas, y Borges le había escrito un prólogo a una y un poema a la otra.

Alejandro Vaccaro agrega alguna mínima variación en Vida y literatura (2006) sin quebrar el sistema de incertidumbres impuesto por la memoria selectiva de Borges. Hace poco, Daniel Mecca hizo una investigación muy profunda y, con gran frustración, tuvo que reconocer que no había llegado a nada: yo creo que, antes que un fracaso, es la confirmación de que había algo allí que Borges no quería revelar.

De haber existido o no, el resultado es el mismo: la mujer queda elidida. Los nombres para Borges tienen la facultad de singularizar a las personas. Un personaje —y en esta historia la mujer es un personaje— se constituye a partir del nombre. Es lo que le pasa a Jaromir Hladík en “El milagro secreto”, es lo que le pasa a Dahlmann en “El sur”: uno es arrestado por la Gestapo por haber traducido un libro de los místicos judíos; el otro no reacciona cuando le tiran las miguitas de pan, sino cuando el almacenero dice su nombre. El nombre historiza y el hecho de que Borges calle quién era la mujer no puede ser sino una clave. El relato se reduce así a lo imprescindible y, como en tantas otras historias de Borges, toma la forma de una leyenda: un drama que comienza la noche de Navidad, una madre virginal que acompaña al hijo en la agonía, una resurrección. Y cuando Borges vuelve a la vida, lo hace como narrador.

Ya dado de alta y en pleno proceso de recuperación, Borges sintió que quería

volver a escribir. Pero estaba preocupado —más bien aterrado— de que las secuelas neurológicas se lo impidieran. “Si me propongo escribir un artículo sobre un libro y no puedo hacerlo”, se dijo, “estoy acabado, ya no existo”. Se planteó, entonces, hacer algo distinto, algo que nunca había hecho: intentaría escribir un cuento. Si fracasaba no sería tan grave; al menos se habría preparado para un futuro no literario. Pero si tenía éxito, se le abría un universo de posibilidades. El resultado fue “Pierre Menard, autor del Quijote”.

Es maravilloso que los cuentos que lo llevaron a ser el escritor argentino más importante del siglo XX surgieran como un ensayo, como un pretexto, como una forma de vencer al miedo. O no.

4

¿Por qué Borges nos quiso hacer creer —nos hizo creer— que su primer cuento fue “Pierre Menard”? Ya había hecho algunos intentos en los años 20. Ya había escrito los de Historia universal de la infamia, que había traficado como crónicas. ¡Ya había escrito El acercamiento a Almotásim! Sin embargo, eligió que su primer cuento fuera este de 1939.

Toda elección en Borges requiere una segunda lectura. Entonces: ¿por qué “Pierre Menard”? ¿Fue por la muerte del padre? ¿Fue por la muerte de Lugones? Leopoldo Lugones, el gran poeta nacional, el escritor consagrado de la República, se mató tomando whiskey con cianuro dos semanas después de la muerte de Jorge Guillermo en una isla del Delta, en San Fernando, en un recreo que irónicamente se llamaba El Tropezón.

La literatura argentina es un campo de batalla; Borges lo comprendió muy pronto y actuó con la sagacidad necesaria para conquistar un espacio de preeminencia. Lo hizo en los años 20, lo hizo en los años 30 y 40, lo hizo toda la vida. Lo hizo también al final. Cuando ya se lo tenía como un anciano venerable. El diario de Bioy muestra un Borges/Mr. Hyde que opera continuamente contra Girondo, Güiraldes, Sábato, Barletta, José Barreiro, Alfonso Laferrère, Beatriz Guido, también contra García Márquez, Vargas Llosa y hasta contra Germán García. La lista continúa.

Tomemos, por caso, una discusión de 1933 que Alberto Giordano refiere en Modos del ensayo, cuando desde una revista de izquierda le piden a Borges que responda si el arte debe estar al servicio del programa social. Mientras otros escritores, como Nidia Lamarque y Luis Waisman, rechazan la propuesta aunque sin desprenderse del peso moral, Borges da una respuesta llena de ironía y sarcasmo que lo pone más allá del debate. Para él es tan evidente el absurdo de la pregunta —"hablar de arte social es como hablar de geometría vegetariana"— que ni se preocupa en responder. No tiene la intención de resolver la polémica, si no mostrar qué pobres son las posiciones de los demás. Y la rabia que provoca en ellos muestra a las claras que consigue lo que buscaba.

En aquella encuesta también dice que: "Es muy sabido que la palabra azul en punta de verso produce al rato la palabra abedul y que ésta engendra la palabra Estambul que luego exige reverberaciones de tul". Si en ese momento no quedaba claro a quién apuntaba, ya no hay dudas cuando la repite en El tamaño de mi esperanza: "Si un poeta rima en ía o en aba hay centenares de palabras que se le ofrecen para rematar una estrofa y el ripio es ripio vergonzante. En cambio, si rima en ul como Lugones, tiene que azular algo enseguida para disponer de un azul o armar un viaje para que le dejen llevar baúl u otras indignidades". Ya desde el prólogo de Fervor de Buenos Aires, Borges ponía a Lugones en el lugar del adversario estético y durante un tiempo pensó en llamar Lunario a Luna de enfrente, su segundo libro, en lo que no podía interpretarse sino como una contienda con Lunario sentimental. Borges era crítico en los ensayos y mordaz en las tertulias. Se ensañaba con cuestiones esenciales como la rima, el léxico, las metáforas. A veces, les leía a sus amigos un poema sin revelar de quién era, y lo iba desmontando verso tras verso, mientras los demás se reían. Recién al final, después de que todos lo defenestraran, decía que era de Lugones. Actuaba un poco como aquel que cambia las etiquetas del vino para que se elogie un vino barato y se desprecie al vino caro.

Dicen que Lugones, harto de sus bravatas, pensó en retarlo a duelo. A ver el insolente ese, cómo se las arregla con un sable de verdad. Y si no, con un revólver. Lugones estaba completamente decidido: furioso. No podemos saber qué hubiera hecho Borges; yo creo que habría aceptado inflamado por el romanticismo ingenuo de la estirpe familiar. Y para eso me apoyo en el final de "El Sur". Les tomó bastante convencer a Lugones de que no lo hiciera. Lo lograron con el problema de la vista: antes que un duelo, le dijeron, iba a ser una ejecución. Abandonó la idea, pero se vengó de otra manera. El mismo mes que salió El tamaño de mi esperanza, Ricardo Güiraldes publicó Don Segundo

Sombra y Lugones escribió un largo elogio en La Nación, destacándolo como el escritor más prometedor de su generación. La palabra de Lugones tenía un peso específico enorme. Él sabía usarla como un arma.

Antes de 1938, Borges tenía un reconocimiento módico. Formaba parte del Grupo Sur, había participado en varias revistas, había ganado el segundo lugar en el Premio Municipal de Poesía con Cuaderno San Martín. El primero había sido para otro Leopoldo: Marechal, a quien también humilla meticulosamente en el diario de Bioy —y yo creo que, antes que por peronista, lo hace justamente porque le ganó aquel premio—. Después de 1938, después de las muertes del padre y de Lugones, se encontró en una situación extraordinaria de independencia económica y creativa. Sin patriarcas que lo juzguen ni lo condenen, vio que podía hacer algo nuevo, que podía experimentar y fracasar espectacularmente.

Es en los años de la Biblioteca Cané y en los inmediatamente posteriores donde tiene la etapa más brillante de su carrera. Y también la más profusa: escribe reseñas, críticas, ensayos, comenta películas, escribe todos los cuentos de Ficciones y El Aleph. Son más de cuatrocientos sesenta textos. 1938 es un parteaguas. Es otro Borges. Si no cambia su manera de escribir, cambia la comprensión que tiene de sí mismo y el rol que le toca jugar. Abandona todo lo que escribió previamente: o no lo reedita o, si lo hace, lo interviene de tal manera que, tal como pasa con Fervor de Buenos Aires, podría considerarse un nuevo libro.

En 1974, con motivo de la publicación de las Obras Completas, Borges le daba una entrevista a Miguel Briante para la revista Panorama, una de las tantas que Briante le hizo en aquellos años y en las que siempre volvían sobre un tema que yo entiendo como una obsesión del Briante-narrador: cuándo y bajo qué circunstancias se puede reescribir un texto ya publicado. “¿En qué momento la obra deja de ser del escritor?”, le decía Borges.

*

Hay una coda en la relación con Lugones. En 1960, Borges le dedicó El hacedor.

En el prólogo escribe que cae en un ensueño y confunde su despacho en la Biblioteca Nacional con el de Lugones en el Palacio Pizzurno. “Esta vez usted vuelve las páginas y lee con aprobación algún verso”, le dice, “acaso porque en él ha reconocido su propia voz”. Borges tiene 60 años, casi la edad de Lugones cuando se mató. La ceguera lo ha empujado a las formas clásicas, a la métrica y las rimas. Pero eso no justifica la dedicatoria. ¿Por qué lo hace?

Yo creo que Borges se da cuenta de que con El hacedor tocó un límite. Aquí está el “Poema de los dones”, están “El reloj de arena” y “El otro tigre”, aquí está el soneto dedicado a su abuelo “Alusión a la muerte del coronel Francisco Borges” y el epílogo con la historia del hombre que se proponía dibujar el mundo y antes de morir descubre que ha dibujado su propia cara. Yo creo que la dedicatoria no es a Lugones en tanto Lugones, sino a Lugones como representante de la literatura argentina. Borges le habla de igual a igual: es el único que puede hacerlo. Y si antes el otro lo dejaba en una zona de sombras, ahora es él quien le comparte un poco de su luz. Es un saludo y un reconocimiento, pero es, sobre todo, una despedida. Después de El hacedor, Lugones deja la escena. Sale el espectro.

EXTRANJERIZANTE Y DECADENTE

1

Legajo número: 57.323. Nombre completo: Jorge Luis Borges. Argentino, nacido el 24 de junio de 1899. Libreta de enrolamiento: 164.031. Primaria completa. Secundaria completa (título: bachiller). Idiomas: castellano, inglés, alemán, francés. Hijo de Jorge Guillermo Borges y Leonor Acevedo. Domicilio: Pueyrredón 2190. La foja de servicios marca como fecha de ingreso a la Biblioteca Miguel Cané el 8 de enero de 1938, con el cargo de hemerotecario auxiliar de segunda en carácter interino por sesenta días. El período de prueba se prorroga hasta septiembre, momento en que queda confirmado en el puesto. Sueldo: 210 pesos mensuales.

Borges completa sus ingresos con traducciones, prólogos, artículos para Sur y La Nación. También colabora quincenalmente con la revista El hogar, donde escribe una guía de lecturas de autores extranjeros, donde habla de Ellery Queen, Faulkner, Tagore, Stapledon, Thomas Mann. En una de sus primeras notas compara Mrs. Dalloway, de Virginia Woolf, con el Ulises, de Joyce —de quien dice: “es muy alegre y conversador; está ciego”—. Con frecuencia escribe sobre Poe, Chesterton, Oscar Wilde, John Wilkins. En una columna dedicada a Eugene O’Neill, ganador del Premio Nobel de 1936, dice fatídicamente: “Yo no sé, por ejemplo, si dentro de cien años la República Argentina habrá producido un autor de importancia mundial, pero sé que antes de cien años un autor argentino habrá obtenido el Premio Nobel, por mera rotación de todos los países del atlas”. El hogar era una revista extremadamente popular y es seguro que cada semana sus compañeros y compañeras en la Biblioteca debían buscar los libros que él recomendaba —quizás sin saber que él era quien los recomendaba— y entregárselos a los usuarios que venían a pedirlos.

La relación de Borges con el dinero es muy compleja. A veces parece un monje que no toca los billetes. Tiene la indolencia de los ricos, pero, a diferencia de sus amigos, él sí necesitaba trabajar. Como cualquier persona de clase media de este

país, debía estar obsesionado con el tema: cómo llegar a fin de mes, cómo hacerle frente a la inflación. Y, sin embargo, nunca habla de plata. Ulyses Petit de Murat contaba que cuando él y Borges hacían la "Revista Multicolor de los Sábados" del diario Crítica, cada tanto veían que el director, Natalio Botana, entraba a la redacción y, como al descuido, tiraba plata entre los escritorios. Podía tirar el equivalente a varios sueldos. Borges veía la escena: Botana, la plata, la estela de redactores que se tiraban a agarrar los billetes, y sentía asco. Para este libro entrevisté un par de veces a María Kodama y entre otras cosas le pregunté de qué vivía Borges en los últimos años de su vida. Estaba jubilado, pero mi pregunta tenía que ver con que si le alcanzaba la plata, si cobraba las conferencias, si negociaba buenos contratos. Kodama me miró como si le hubiera hablado en un idioma ininteligible, como si de golpe se hubiera dado cuenta que estaba frente a un loco. "Supongo", me dijo y acentuó la palabra para mostrar que de eso no se hablaba, "que viviría de los derechos de sus libros".

Desde el 1 de septiembre de 1938, día en que quedó en la planta permanente de la Biblioteca, hasta el 8 de junio de 1941 no hay novedades. Pero, entonces, el 9 de septiembre pasan dos cosas. La primera es que lo promueven a auxiliar de primera y su sueldo sube a 260 pesos. Eran unos 60 dólares de entonces: un poco menos de lo que cobraba un docente. Pero la segunda es muy extraña. Desde ese día y hasta el 26 de diciembre, Borges figura "en comisión en el Registro Civil". A la luz de lo que va a ocurrir en el 46 con la llegada de Perón al poder es muy sugestivo que nunca se haya hablado de eso. ¿Por qué lo mandaron? ¿Qué tareas hizo? ¿Cuántos empleados de la Biblioteca fueron con él? Y, sobre todo: ¿realmente estuvo en comisión? Yo creo que no.

2

Yo creo que Borges se quedó en la casa y que esa línea en el legajo enmascara unas vacaciones pagas de seis meses. Y lo sostengo por dos motivos. Primero, por el olvido de él y sus biógrafos. Y particularmente porque es en ese tiempo cuando prepara El jardín de senderos que se bifurcan.

El libro tiene ocho cuentos: "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", "El acercamiento a Almotásim", "Pierre Menard, autor del Quijote", "Las ruinas circulares", "La

lotería en Babilonia", "Examen de la obra de Herbert Quain", "La biblioteca de Babel" y el que le da título al volumen. Salvo por "El acercamiento a Almotásim" (1936), los escribió todos en un período muy breve que va desde que salió del hospital y experimentó con Pierre Menard hasta abril de 1941, que publicó "Examen de la obra de Herbert Quain" en la Revista Sur. Es un tiempo de inspiración absoluta. El jardín de senderos que se bifurcan es un libro capital en la historia de la literatura argentina; todos los cuentos son clásicos. Borges parece tocado por la infalibilidad papal.

El colofón de la primera edición dice que se había terminado de imprimir el 30 de diciembre de 1941: cuatro días después de que retomara sus funciones en la Biblioteca. Había mucho apuro en publicarlo antes del fin de año para que fuera considerado en el Premio Nacional de Literatura 1942. Un poco al estilo de las productoras de cine que anticipan el lanzamiento de una película para que compita por el Oscar, El jardín de senderos que se bifurcan era la gran apuesta del Grupo Sur. Y, sin embargo, más temprano que tarde, el entusiasmo dio lugar a un marcado desánimo.

Unos días antes de que se definiera el premio, Bioy publicó una reseña del libro en la revista Sur. El artículo comenzaba con grandes elogios: destacaba las invenciones, el sustento metafísico, el estilo, la verosimilitud, y hasta traía la anécdota de un lector —era él— que fue a comprar The approach to Al-Mútasim, de Mir Bahadur Alí, creyendo que era un libro real. Borges, decía Bioy, tensaba las convenciones de la ficción hasta romperlas y creaba entre las grietas una nueva literatura. Y por eso mismo se preguntaba cuál iba a ser el efecto que iba a provocar en los lectores. Entonces cambiaba el tono, y con cierta exasperación decía que los (malos) críticos no iban a comprender los ejercicios de Borges, que los iban a reducir a meros juegos del intelecto. "¿Querrán expresar que son difíciles, que están escritos con premeditación y habilidad, que en ellos se trata con pudor los efectos sintácticos y los sentimientos humanos, que no apelan a la retórica de matar niños, denunciada por Ruskin, o de matar perros, practicada por Steinbeck?".

Es evidente que Bioy ya estaba al tanto de cómo iba a resolver el jurado, porque se ocupó de atacar todas las razones que luego se iban a esgrimir para justificar que le negaran el premio a Borges. No sé con cuánta seriedad los otros habrán tomado la reseña. En última instancia era la defensa del Grupo Sur a un libro publicado por el Grupo Sur, donde el primer cuento tenía a Bioy como personaje y el último estaba dedicado a Victoria Ocampo. Borges, Bioy, Victoria y todo

Sur deben haberse dado cuenta del problema inevitable de la vanguardia. César Aira decía en la biografía novelada del jazzero Cecil Taylor que la carrera del músico innovador es ardua porque, a diferencia del músico convencional que sólo tiene que complacer al público, éste debe crear su propia audiencia. Ese, justamente, parece ser el camino que debía recorrer El jardín de senderos que se bifurcan. Habrá lectores, decía Bioy, que, en lugar de reconocer lo fecundos que estos cuentos pueden ser, los van a censurar por no representar ni a la época ni al país. Esos críticos “colaboran en la tendencia de las ideas fascistas (pero más antiguas que ese partido) de que deben atesorarse localismos, porque en ellos descansa la sabiduría, de que la gente de una aldea es mejor, más feliz, más genuina que la gente de las ciudades, de la superioridad de la ignorancia sobre la educación, de lo natural sobre lo artificial, de lo simple sobre lo complejo, de las pasiones sobre la inteligencia; la idea de que todo literato debe ser un labrador, o, mejor todavía, un producto de la tierra”.

El artículo empezaba como un panegírico, seguía como una diatriba y terminaba como un manifiesto. Decía: “Creo, sin vanagloria que podemos decepcionarnos de nuestro folklore. Nuestra mejor tradición es un país futuro”. Y también: “Podemos prescindir de cierto provincialismo de que adolecen algunos europeos. Es natural que para un francés la literatura sea la literatura francesa. Para un argentino es natural que su literatura sea toda la buena literatura del mundo”.

3

Por lo general, los escritores de fuerte cuño renovador son comprendidos recién por las generaciones siguientes

José Clemente, Estética del lector

A los pocos días, el jurado premió la novela Cancha larga, de Eduardo Acevedo Díaz (hijo). Visto en retrospectiva, Borges no tenía chances. Muy pocas veces un

premio del Estado distinguió la disrupción. Digo muy pocas veces y en este momento no recuerdo ninguna. No está mal; en todo caso, los valores institucionales tienden a ser conservadores. De alguna manera, los ganadores de las ediciones anteriores permitían prever un desenlace como este. Ahí, entre Lugones, Hugo Wast y Martínez Estrada, aparecían varios autores que se habían dedicado al criollismo y la literatura argentina como Ricardo Güiraldes, Ataliva Herrera, Carlos Ibarguren, Luis Franco y Juan Pablo Echagüe, que, aunque firmaba con el seudónimo Jean Paul, escribía estampas sobre su San Juan natal.

Para definir a los ganadores, la Comisión Nacional de Cultura había convocado a cinco intelectuales —Enrique Banchs, Álvaro Melián Lafinur, Horacio Rega Molina, José A. Oría y Roberto Giusti— que recomendaron darle el primer premio a Acevedo Díaz para el primer premio, el segundo a César Carrizo por el libro de cuentos El patio de la noche, y el tercero para la crónica histórica Un lancero de Facundo, de Pablo Rojas Paz. Todos los integrantes de la Comisión, salvo Mallea, estuvieron de acuerdo, aunque se alteró el orden del segundo y el tercero. Borges ya sabía lo que era perder, pero esta vez el premio habría sido más que un reconocimiento: con el dinero que le daban hubiera podido dejar la Biblioteca. El jurado lo condenó a un trabajo de escritorio.

En el grupo Sur, el fallo no se tomó pacíficamente. En julio —es decir: al mes siguiente—, la revista Sur publicó un número especial en desagravio a Borges. Es como mínimo inquietante que alguien pueda considerar una afrenta el que no le hayan dado un premio. Y es todavía más inquietante que veintiún escritores se sientan en la obligación de salir a defender al agraviado. Entre ellos: Bioy, Pedro Henríquez Ureña, Manuel Peyrou, Ernesto Sábato, incluso Mallea. Casi la mitad de aquel número está cubierta por los testimonios que, previsiblemente, le pegan al jurado, destacan la obra de Borges —aunque llamativamente destacan la poesía y no la narrativa— y les restan méritos a los ganadores. Lo importante, sin embargo, no es lo que dicen sino el gesto de decirlo.

El tema podría haberse agotado ahí, pero todavía faltaba la respuesta de la respuesta. Después del número de Sur, la revista Nosotros publicó una nota en la que señalaba las posibles razones por las que Borges no había sido premiado. No hubo un descargo oficial de la Comisión Nacional de Cultura; no tenía la obligación. Pero se puede suponer que el artículo de Nosotros hizo las veces de mensaje institucional porque, si bien no llevaba firma, fue escrito por Roberto Giusti, dueño de la revista y uno de los integrantes del consejo asesor que dejó afuera a Borges. Con el título “Los premios nacionales de literatura”, Giusti

criticaba El jardín de senderos que se bifurcan exactamente con los argumentos que había anticipado Bioy: el libro era una literatura deshumanizada, alambicada, un juego cerebral arbitrario y oscuro. Giusti decía que no podía estar más de acuerdo con los jurados si ellos habían entendido que no se podía recompensar a “una obra exótica y de decadencia que oscila, respondiendo a ciertas desviadas tendencias de la literatura inglesa contemporánea, entre el cuento fantástico, la jactanciosa erudición recóndita y la narración policial”.

Más allá de la polémica, había también una cuestión política: Sur y Nosotros sostenían un enfrentamiento ideológico. Una estaba vinculada al liberalismo, otra a la izquierda. Vuelvo a la anécdota que Borges relata en el Ensayo autobiográfico sobre Fervor de Buenos Aires y los libros escondidos en los sobretodos, me pregunto por qué habrá elegido que pasara en la redacción de Nosotros. Qué guerra todavía estaba librando.

Borges perdió el premio, pero sus rivales tuvieron una victoria pírrica. El grupo Sur mostraba los dientes y se presentaba como un frente sin fisuras dispuesto a la batalla. Es notable cómo desde ese momento hubo un cambio de signo. Siete de las siguientes diez ediciones del premio fueron para integrantes de Sur: uno de ellos, claro, fue Borges. Y a la vez terminó siendo una condena para Acevedo Díaz, que después de Cancha larga escribió una biografía del padre y ya nunca más volvió a publicar. Murió en 1959.

No quisiera cerrar esta entrada sin mencionar que en julio de 1942 murió Roberto Arlt. No se le puede criticar a la revista Sur que no haya hecho mención en el número de desagravio, porque Arlt murió el 26. Pero tampoco dijo nada en los siguientes: ese sí es un silencio injustificado.

4

Hace años que está descatalogado. No está en librerías ni en formato digital en BajaLibros. Lo conseguí por Mercado Libre. Mi ejemplar es de 1958 —él todavía estaba vivo—. Es de una edición de Meridion, sello que ha dejado de existir y que, según el catálogo de la Academia Argentina de Letras, también publicó Mascarilla y trébol y Poemas de amor, ambos de Alfonsina Storni. En la

última página se aclara que la tirada era de 2.550 ejemplares numerados, y que, curiosamente, el que yo tengo es el número uno.

El título en la sobrecubierta está escrito con una tipografía típica de los años 50. Es la misma que usaron para el póster de la película El tango en París, de Alberto Castillo. En el póster la letra es roja; acá es negra, más alta que redonda, casi moderna. La fuente más parecida del Word se llama Forte. Dice: Cancha larga. Bien arriba, en imprenta y mayúsculas, está el nombre del autor: “Eduardo Acevedo Díaz (H.)”. La aclaración entre paréntesis lo tiñe de solemnidad. Tiene una ilustración de Eleodoro Marenco que muestra a un gaucho al galope preparado para tirar las boleadoras.

Uno de los principales problemas de Cancha larga es que entra en la tradición gauchesca como si el género no hubiera evolucionado. Si para 1942 era un tanto anacrónico, hoy en día parece venir de un universo lejano y extinto hace millones de años. Hay un ensayo del historiador Ezequiel Adamovsky que se llama El gaucho indómito. El libro aborda la identidad política del gaucho, su papel como emblema central de la argentinidad y el rol en los conflictos —todavía irresueltos— que han marcado la constitución de la Nación argentina, y en la primera parte toma las referencias literarias desde el Virreinato hasta el peronismo, y llamativamente no hace ni una mínima mención a esta novela: tanto así fue olvidada.

Situada a mediados de la década de 1870 —la época del Martín Fierro— en una zona vecina a Pila, provincia de Buenos Aires, Cancha larga hace un contrapunto entre la voz de un narrador culto y el léxico pobre y limitado de los lugareños. Abro una página al azar, la 137: “Yo sé que vos no pensaste en hacerme la cochinada de tomar de pretexto la vesita de Usebio pa dirte pa siempre del campo sin decir agua va”. Acevedo Díaz tiene una mirada naturalista sobre los gauchos. Los trata como piezas de un museo de ciencias naturales, seres exóticos y primitivos que se rigen por un código de conducta opaco, incomprensible, bárbaro. Son gauchos caracterizados para un lector urbano. Abunda en descripciones y explicaciones que, sumadas a las ilustraciones de Marenco, contaminan la trama de un aire escolar.

CARO DIARIO

1

Casi al mismo tiempo en el que Borges empezó a trabajar en la Biblioteca Cané, Adolfo Bioy Casares se mudó a Rincón Viejo, la estancia de la familia en Pardo, provincia de Buenos Aires. Tenía 24 años y le había pedido al padre la oportunidad de probarse como administrador del campo. Lo cierto es que la rutina estaba tan aceitada que su función era más bien superflua y le alcanzaba hablar un rato con los capataces para estar al tanto de las tareas cotidianas. De todas maneras, le gustaba ocuparse y ayudaba en los trabajos rurales, aunque en aquellos que requerían de maña y habilidad siempre le iba mal. El resto del día iba a nadar, hacía largos paseos con su novia, jugaba al tenis, escribía. Escribía mucho.

Borges y Bioy se habían conocido seis años antes, en 1932, en Villa Ocampo. Adolfo todavía era Adolfito, un chico recién salido de la adolescencia que quería escribir —había publicado unos libritos apresurados—, y Victoria creía que Borges podía ser el mentor ideal. En un universo tan pequeño, irremediablemente se hubieran conocido, pero, de no haber aparecido Victoria a tiempo, quizá la amistad no hubiera sido tan cercana. Quizá Bioy hubiera encontrado otro guía; quizá Borges no le habría prestado atención. Silvina los llamó por teléfono, les contó sus planes y los invitó a un almuerzo que hacía en honor a un escritor extranjero en la casona de San Isidro. Victoria se tenía a sí misma como una mujer de mundo y estaba en contacto con las grandes personalidades del momento. A lo largo de la vida mantuvo amistades con Roger Caillois, Julián Marías, Albert Camus, André Malraux, Indira Gandhi, Igor Stravinsky, Drieu La Rochelle, Waldo Frank, Rabindranath Tagore, Graham Greene, un largo etcétera. En aquella época mantenía una profusa correspondencia con Virginia Wolff. Trajo a muchos artistas e intelectuales a la Argentina y los hospedó en su casa; a varios, se dice, en su propia habitación. Se consideraba la gran mecenas del arte. Y lo era.

No sé quién era el invitado aquel día. Si la historia la hubiera contado Borges, el nombre perdido podría haber tenido un eco con el episodio de la ventana y Susana Bombal / Emma Risso Platero, pero acá era Bioy el que la contaba de primera mano. Por las fechas, es posible que haya sido Antoine de Saint Exupéry. En cualquier caso, quien haya sido es un personaje menor de esta historia.

A Borges, el chico le cayó inmediatamente bien. Le gustó que quisiera mostrarse seguro, pero que, sin darse cuenta, se acomodara obsesivamente el saco. Además, se vio con sus ojos y se gustó. Borges estaba junto al gramófono cuando llegó Adolfito, acompañado por Victoria. Ella cruzó todo el salón para avisarle a Borges y él pudo ver cómo Bioy seguía la escena con una excitación contenida. Se saludaron y notó que las manos del chico eran más grandes que las suyas, y que no había sido demasiado firme pero tampoco laxo: respetuoso. Fue amistad a primera vista. Victoria los dejó solos y ellos se sentaron en uno de los sillones de cuero de la sala contigua al comedor, donde estaban el piano y los cuadros de Prilidiano Pueyrredón. Borges le preguntó qué escritores admiraba. “Gabriel Miró, Azorín, James Joyce”, dijo Bioy, como preparado para un examen. Tal vez no fuera la respuesta que esperaba, pero se preocupó por no imponer su punto de vista. Tuvo la gentileza de obviar las diferencias de edad y de experiencia; parecía realmente interesado en lo que el chico tenía para decir. Si Bioy ya lo había leído —lo que es muy probable—, no lo dijo. De a poco la conversación se fue encendiendo, perdieron la noción del tiempo y se olvidaron de la comida hasta que Victoria los fue a buscar: “Vengan a hablar con los demás”, les dijo, “no sean mierdas”. Lo dijo así, en plural, aunque estaba claro que se dirigía a Borges. En el comedor, había voces que se alternaban en un tumulto el español y el francés. Alguien había cambiado el disco y sonaban viejos tangos sin letra. Borges se levantó ofuscado y tropezó con una lámpara que cayó al suelo con un ruido estrepitoso. Fue lo que necesitaban para acabar con la última resistencia. Los dos se empezaron a reír a carcajadas y decidieron que, antes que hacerle el número vivo a un francés que no les interesaba, preferían volver a Buenos Aires de inmediato. En el viaje siguieron hablando de libros y de cine. Hablaron de George Bancroft y Evelyn Brent.

Se veían casi diariamente. Borges le llevaba novelas o iban juntos a comprarlas a sus librerías favoritas. En esos años Borges no salía del país —recién volvió a Europa en la década del 60— y cada vez que Bioy se iba de viaje le traía ejemplares raros que había descubierto en Francia, España, Italia. Borges no era particularmente fetichista del libro como objeto, pero tenía una superstición con

los lugares de donde provenían. Como si esa combinación fuera lo que los hacía únicos. Nunca perdieron del todo la relación maestro-discípulo, aunque el tiempo la fue limando. La literatura estaba en el centro de todas las conversaciones. O de casi todas. También hablaban de otros escritores. Mucho se ha dicho de las malevolencias que Bioy registra en su diario. Yo no creo que tuvieran mala intención. Es parte de la amistad desplegar un poco de malicia sobre los demás. Jugar un poco a ser malos.

2

Borges conoció Rincón Viejo en el 35. Lo invitó Adolfo para escribir un folleto sobre la leche cuajada de La Martona, la empresa de los Casares. Era una casa bastante fría y, cuando llovía, aparecían goteras en casi todas las habitaciones. La parte antigua había sido construida cien años antes. El abuelo Bioy la fue agrandando cuarto a cuarto a medida que nacían los hijos: siete varones, dos mujeres. Tenía forma de U, con un patio florido donde antes había habido un aljibe. Borges y Bioy pasaron una semana allá; la mayor parte del tiempo en el comedor, delante de la chimenea en la que quemaban eucaliptus. Adolfo tenía una pequeña biblioteca filosófica con libros de Russell, Leibniz, Langer, Stebbing, Kant, Hegel.

Tengo la corazonada de que el folleto era innecesario. La Martona no precisaba de una publicidad como esa para hacer crecer el negocio. Pero los Borges, que le estaban haciendo frente a la enfermedad de Jorge Guillermo, comenzaban a tener problemas financieros. Tal vez Bioy haya encontrado el pretexto para darle dinero al amigo sin que pareciera una dádiva. El folleto prontamente derivó en un proyecto literario que trazaba un arco entre la parodia científica y el simulacro de venta. De esta manera un poco fortuita, nació la escritura a cuatro manos que desembocó en Benito Suárez Lynch y Honorio Bustos Domecq, los dos autores ficticios con los que Borges y Bioy escribieron tantos cuentos —y que, salvo por “La fiesta del monstruo”, son más bien menores.

Hay en esta amistad algo de arquetipo, que responde a cierta tradición de escritores amigos como Charles Dickens y Wilkie Collins. De alguna manera, así fue como eligieron mostrarse ante el mundo. Al punto que cuesta imaginarse que

Borges tuviera otros amigos. Tenía, por supuesto: Francisco López Merino, Xul Solar, Ulyses Petit de Murat, Alastair Reid, Manuel Peyrou. Pero ninguno parece tan importante.

En el diario de Bioy aparecen las rabietas lógicas de una amistad de medio siglo. Se ven las actitudes un tanto despóticas de Borges, algunos enojos de Bioy. El diario —que se llama Borges— es un libro increíblemente vital, y, a la vez, tiene algo descorazonador porque muestra una amistad que sólo tiene una dimensión literaria. El famoso verso de Verlaine "y todo el resto es literatura" no aplica en ellos. No hay antes, no hay después, no hay resto, no hay vida si no hay literatura.

3

La ausencia más notable del diario es el sexo. "Para Borges el sexo es sucio", escribe Bioy, y sigue: "por mucho tiempo me dejé engañar, porque entendía que lo excluía en literatura, por ser un expediente fácil, socorrido y un poco necio".

Se dice que Borges tenía problemas sexuales que arrastraba desde la adolescencia, cuando el padre lo llevó a un prostíbulo en Ginebra y él, delante de la puta, pensó que iba a acostarse con la mujer que se había acostado con Jorge Guillermo y tuvo una crisis nerviosa. En los años cuarenta, Borges hacía terapia con el Dr. Miguel Kohan Miller para sobreponerse al miedo que le provocaba el sexo y hablar en público. Como el diario de Bioy empieza a ser sistemático a partir del 55, no es posible saber si hablaron de eso. Pero, en realidad, nunca hablan abiertamente del tema. Bioy escribe pensamientos que no revela ante el amigo. En otra entrada, cuando Borges habla de una mujer que lo tiene obsesionado y le hace sufrir, escribe: "La relación con esta mujer debe ser un noviazgo blanco. Con noviazgo blanco quiere retener a las mujeres… Sin comprender la realidad, habla de su trágico destino repetido y de que por una fatalidad siempre aparece un hombre y se las quita".

Hay un pudor que no son capaces de quebrar. Me da mucha pena. Pienso en mi amigo Eduardo, a quien conozco desde hace más de treinta años: ¿hay cosas que no nos digamos? Yo pensaba que Borges había encontrado en Bioy la

habilitación para ser falible, grosero, absurdo: para ser divertido. Pero ¿y si no fuera así? "Bioy me hizo sentir que la discreción y el control eran más convenientes", dice Borges en el Ensayo autobiográfico. ¿De qué Borges nos perdimos?

Jay Parini es el autor de Borges y yo —Borges & me, a diferencia del cuento, que está traducido como "Borges & I"—, una novela de iniciación que tiene la forma clásica del viaje que comparten un joven inexperto y un viejo sabio. Él dice que la novela es autobiográfica. En 1971, Borges llegó a Edimburgo para encontrarse con Alastair Reid, que en aquel momento era el tutor académico de Parini, pero una emergencia obligó a Reid a salir de la ciudad y Borges quedó al cuidado de Parini, que no sabía nada de él. El Borges de Parini es un hombre deseoso de experiencias, que todavía odia a Oliverio Girondo, que come brownies condimentados "con polvo de estrellas", toma cerveza en cantidad, y hasta le da consejos sobre cómo llevarse una mujer a la cama. Parece imposible que fueran temas de conversación entre Borges y Bioy.

Otro ejemplo es el romance de Bioy y Elena —él le decía Helena— Garro, que duró veinte años. Bioy le escribía cartas con una entrega total: "te extraño", "estoy desolado", "eres la única diosa que he conocido", "Yo no sé si te lo confesé, pero a mí antes de conocerte me gustaban todas las mujeres. Ahora las veo como si un velo se hubiera caído de mis ojos: son tontas, son feas (al cosmos le cuesta producir a una mujer linda) y son otras". Veinte años. Veinte. Años. ¿Cómo no hablás de un amor así con tu mejor amigo? Cada vez que en el diario la nombran a Garro se impone un tono administrativo: hay que seleccionar unos cuentos que ella les pidió para una antología, hay que mandar un telegrama en solidaridad por la matanza de Tlatelolco. La única vez que Bioy abandona la cautela —pero yo creo que lo hace sin explicárselo a Borges— es cuando terminan el prólogo de Los orilleros. Lo habían escrito el 6 de diciembre de 1951, pero él pone que fue el 11: el cumpleaños de Helena.

4

Como todas las amistades, esta también fue un poco asimétrica. En 1992, seis años después de la muerte de Borges, Bioy publicó un libro de memorias donde

el amigo es una presencia permanente. En cada mención se nota el afecto —el amor— que le tenía, pero también aparecen esos silencios que todavía prefería callar. Escribe: “Espero no morirme sin haber escrito algo sobre Borges. Lo que podría hacer es sólo contar cómo lo vi yo, cómo fue conmigo. Corregir algunos errores que se cometieron sobre él, defender a Borges y, sobre todo, defender la verdad. Siempre tuve una superstición con la verdad, tal vez yo estuviera más atado a la verdad que Borges”.

La frase es llamativa; es casi como si quisiera decir que era amigo de Platón, pero más aún de la verdad. Y más adelante dice lo que ahora sabemos, pero en aquel entonces no: “Él a veces arreglaba su pasado para que quedara mejor literariamente. Es como si hubiera preferido realmente la literatura a la verdad. Podía tener cierta falta de escrúpulos que lo hacía reír muchísimo cuando uno la descubría y se la señalaba. Ocurre que él veía la realidad como una expresión de la literatura y ése es el mayor homenaje que se puede hacer a la literatura”.

El final suaviza el conjunto, pero se percibe en Bioy la necesidad de desmontar el relato borgiano. Y que preparaba el terreno para su diario.

EL INFINITO Y LA CÁSCARA DE NUEZ

1

Fue en los días felices de Pardo que Bioy escribió La invención de Morel. Era su primer libro y le había pedido a Borges que le escribiera el prólogo. Pero, así como César Aira decía que una contratapa podía ser una tapa en contra, no es fácil definir cuán a favor estaba Borges. El texto es un pequeño ensayo que toma a la novela como excusa para discutir las modas literarias del momento, objeta el psicologismo, ataca a Proust y a los proustianos, defiende a Kafka. Como en la fábula del escorpión y la rana, Borges no puede evitar ser quien es: un escritor en armas. Recién en los párrafos finales habla del libro y dice: "He discutido con su autor los pormenores de su trama, la he releído; no me parece una imprecisión o una hipérbole calificarla de perfecta". Muchos —tantos que hasta terminaron por convencer al mismo Bioy— creyeron ver en ese elogio una crítica velada: Borges destacaba el argumento, pero nada decía del estilo.

Yo creo que la frase es de una generosidad arrolladora. Y también me parece sincera. Si Bioy la leyó como una crítica, era por su propia inseguridad. Pero digo esto y al instante me desdigo porque para Borges, tan consciente del efecto de las palabras, el silencio es una omisión. Y además está "El Aleph".

El cuento salió en La Nación en 1945, cinco años después de La invención de Morel y tres desde la polémica por el Premio Nacional. En 1949, salió en libro por Losada. En esa editorial, que casualmente había publicado a Bioy Casares, trabajaba Guillermo de Torre, cuñado de Borges. La edición original de El Aleph contenía unos quince cuentos, y en sucesivas reediciones se fueron incorporando otros. En realidad, Borges nunca escribió un libro de cuentos propiamente dicho, sino que publicaba cuentos en diferentes medios y pasado un tiempo los reunía, los ordenaba y los ponía entre tapa y contratapa. "Un escritor siempre tiene un libro escondido entre los cajones del escritorio", le dijo alguna vez Carlos Frías, editor de Emecé. Los libros de Borges, entonces, aunque con una identidad reconocible, tienen un origen como de miscelánea. O de exploración, al estilo de

los pintores. “El Aleph” cierra el libro que lleva su nombre y los demás relatos funcionan de marco: en ellos hay objetos con propiedades fantásticas, herejes y apóstatas, hombres en busca de la inmortalidad, de un mensaje divino; hay pesquisas en Tebas, huidas al oriente y encuentros en Macedonia; hay codicia, venganza, hay una justicia sanguinaria. Si El Aleph fuera un libro de la Biblia estaría en el Antiguo Testamento.

Uno de los rasgos identitarios de Borges es cómo hace de la lectura una operación de escritura. La obsesión de la cita, la mezcla, las reinterpretaciones excéntricas: Borges lee como el vikingo que irrumpe en un castillo. Todo es para él un material plausible de ser saqueado en beneficio de la literatura. Julio Premat dice en Borges. La reinvención de la literatura que es un escritor de segundo grado, un autor que escribe a partir de otros libros.

“El Aleph” tiene la influencia evidente de La Divina Comedia y Las mil y una noches —dos de los grandes talismanes borgianos—, pero hay señales que permiten suponer una reescritura o una corrección a la novela de Bioy. Para empezar, las dos mujeres están muertas, y los hombres se disputan a destiempo, si no su amor, al menos su memoria. Borges usa con frecuencia el yeite del triángulo; un triángulo que no necesariamente es amoroso —como tampoco lo es en La invención de Morel—, pero que provoca una tensión identificable. En “La intrusa”, con Juliana Burgos y los hermanos Nelson, se teje una trama de lujuria bíblica; “Emma Zunz”, con Emma, el padre y Aarón Loewenthal, es tanto el relato de una venganza como la indagación sobre la construcción de ese relato. En general, se suele relacionar “El Aleph” con “El zahir”, el cuento de la moneda de veinte centavos que también está narrado en primera persona por un tal Borges después de la muerte de una mujer amada. Yo creo que todos —incluyendo la novela de Bioy— hacen sistema, porque ¿no hablan de lo mismo: la obsesión?

El truco de La invención de Morel tiene una lógica precientífica, casi esotérica: una cámara cinematográfica desvanece los cuerpos a medida que los registra. María Negroni decía en Galería fantástica que era una máquina vampírica. El de “El Aleph”, en cambio, es un artefacto fantástico que responde a las pesadillas de Sherezade. Pero entre las dos orillas del género hay un puente que los hermana: H.G. Wells. La isla de Bioy es un eco de La isla del Dr. Moreau; Borges, con su titubeo característico, decía en el epílogo que creía notar el influjo del relato “The Crystal Egg”, de 1899. En realidad, el cuento de Wells es de dos años antes. La imprecisión no parece casual: lo sitúa en el año de su

nacimiento.

En todo caso, lo que me hace pensar que podría haber una relación entre La invención de Morel y “El Aleph” es justamente aquello de lo que Borges calla en el prólogo: el estilo. La novela de Bioy está escrita con frases cortas, directas: “Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. El verano se adelantó. Puse la cama cerca de la pileta de natación y estuve bañándome, hasta muy tarde. Era imposible dormir”. Las primeras cuatro oraciones suman treinta palabras. Bioy la había escrito de esa manera porque sentía que podía limitar las posibilidades de equivocarse. La primera oración de “El Aleph” tiene setenta y cinco: “La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo momento ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita”.

A veces hablo con alguien de “El Aleph” y me sorprendo con lecturas completamente novedosas, al punto de preguntarme si habremos leído el mismo texto. De hecho, suele pasar que mi propuesta de leerlo en relación con la novela de Bioy es recibida con cierta indiferencia. Pero como el mismo Borges con “Pierre Menard” habilitó las lecturas hechas de atribuciones erróneas, no me censuro. “Muerta, yo podía consagrarme a su memoria, sin esperanza, pero también sin humillación”, escribe el Borges-personaje de “El Aleph”. La frase no la dice el fugitivo de Bioy, pero bien podría haberlo hecho: es exactamente lo que hace cuando descubre el mecanismo de la isla.

*

Una digresión. Borges no escribió sobre Gardel —aunque sí hizo el prólogo a un ensayo sobre Gardel de Carlos Zubillaga— y casi no lo nombra en las cuatro conferencias sobre el tango de 1965. Cuando lo hace, lo hace a desgano. Es en un breve pasaje del tercer encuentro, con un movimiento categóricamente borgiano: lo critica a partir del relato de otro (Bioy) que cuenta las opiniones de un tercero (Bioy padre), de tal manera que cualquier desprevenido podría llegar

a considerar que hasta lo está elogiando.

“Gardel”, dice en aquella conferencia, “además de su voz, además de su oído, hizo algo con el tango, algo que había sido intentado antes, pero de un modo parcial, por Maglio, y que Gardel llevó, no sé si a su perfección, pero sí a un ápice”. Y explica: “Esa transformación producida por Gardel fue, según me dijo anoche Adolfo Bioy Casares, acaso la razón por la cual su padre, acostumbrado al modo criollo de cantar, no aprobaba a Gardel”. Según esta idea, Gardel habría sido el que causante de que el tango abandonara la forma estoica en donde el cantor, a la manera de los gauchos payadores, se mantenía indiferente de la violencia de la letra, para volverse una viñeta dramática, operística: una escena en la que un hombre abandonado se lamenta o habla —“y este es uno de los temas más tristes del tango”— de la decadencia física de la mujer.

Me parece un reproche injusto. No se puede juzgar a Gardel por sus epígonos y malos imitadores, de la misma manera que no se le puede caer a Borges por la profusión de laberintos y tigres con la que tantos autores fatigaron a los lectores en los años 60 y 70. Pero, en un punto, resulta verosímil que con Gardel el tango cambiara de signo y habilitara una estética llorona —la palabra es de Borges— para que el cantor actuara la letra. Podría ser, entonces, que a partir del éxito de este nuevo tipo de interpretación se diera aquello que para Borges era una consecuencia directa, y las letras de los tangos comenzaran a escribirse pensando en el énfasis teatral que él entendía como artificio.

Dicho todo esto, Borges necesitó setenta y cinco palabras para decir lo que Gardel consigue en nueve. En la película El día que me quieras, cuando muere Margarita, él sale de la habitación, mira a sus amigos y dice: “Sus ojos se cerraron / y el mundo sigue andando”.

2

I’ve seen things you people wouldn’t believe.

“El Aleph” es una falsa historia de amor escondida entre las obsesiones de Borges: la dignidad de la muerte, el paso del tiempo, el deseo de atrapar el infinito, la condición del escritor. Si fuera un policial —¿y no decía él que toda literatura es policial?—, no cabrían dudas: él habría asesinado a Beatriz y en el sótano, en lugar de un objeto que revela el misterio del universo, se escucharían los latidos de un corazón delator. Carlos Argentino Daneri estaría a cargo de la investigación del crimen.

Borges, hijo de su época, al fin, miraba con sospecha a las mujeres. Pese a que las que marcaron su vida eran mujeres fuertes, él identificaba lo femenino con lo débil y lo bajo. “Los hombres vengativos para mí tienen algo de femenino”, le dijo a María Esther Gilio en una entrevista para la revista Crisis, “la gente vengativa no es gente fuerte”. En el diario de Bioy cae generalmente en términos despectivos. Es una misoginia leve, pero irrefutable. Las mujeres adolecen de falta imaginación o están adiestradas para la coquetería o son incoherentes o son tilingas o tienen una sensibilidad extrema o etcétera. Las poquísimas mujeres de sus cuentos están masculinizadas; o, mejor dicho, tienen las cualidades que él entendía por masculinas. Beatriz, como Jorge Guillermo, muere en febrero, y ella, como él, lo hace con hidalguía. (El accidente de Juan Dahlmann también es en febrero y él también soporta estoico las curaciones). Por oposición, de los tres personajes del cuento —Beatriz, Carlos Argentino y Borges— el último es el que representa al más débil. El Borges-personaje está fatalmente enamorado: en términos barthesianos, está feminizado.

No es inusual que uno de los personajes lleve su nombre; al contrario. Borges aparece en muchos cuentos, siempre siguiendo una regla tácita. En los cuentos realistas, como “Hombre de la esquina rosada”, “La forma de la espada” o “Historia de Rosendo Juárez”, desempeña un rol secundario: es el hombre de letras que escucha y aprende del hombre de acción. En cambio, en los relatos de corte fantástico toma un papel protagónico. “El otro” y “Veinticinco de agosto de 1983” comparten la forma donde un Borges joven y otro viejo se encuentran en un salto del tiempo y el espacio; “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” comienza como la aventura de unos detectives librescos —Borges y Bioy— que rápidamente deviene en una historia de género. En “El zahir”, que mencioné más arriba, queda atrapado en la maldición de un objeto mágico. En “El Aleph”, Borges es

un Dante patético, humillado tanto por el desdén de una mujer que se sabe amada y ni siquiera se toma el trabajo de abrir los libros que él le regala, como por el primo de ella, un escritor mediocre que, o no se da cuenta de su sufrimiento o es un cínico.

Hay también una Biblioteca, pero no le pertenece a Borges, sino a su rival. Es Carlos Argentino Daneri el que ejerce un cargo subalterno “en una biblioteca ilegible de los arrabales del Sur”. Una particularidad sobresaliente de Borges es su capacidad para construir personajes memorables: Funes, los Nelson, Emma Zunz, por supuesto Pierre Menard, los gauchos Manuel Cardoso y Carmen Silveira de “El otro duelo”, Jaromir Hladik, Otto Dietrich zur Linde; la lista, si no infinita, es por lo menos muy, muy extensa. A Daneri, con tres o cuatro rasgos, lo define para siempre: el cuerpo considerable, las manos hermosas, la actitud tan autoritaria como ineficaz, la hosquedad, la ese sibilitante de los hijos de la inmigración italiana. Daneri es el típico personaje que podría haber estado en algún cuento de Bustos Domecq. O haber trabajado en la Biblioteca Cané.

El efecto que provoca sobre el Borges-personaje es hacerlo aún más fracasado. El Borges-autor detestaría en la vida real al Borges-personaje. Pero también Daneri es un escritor fracasado. Y lo es de la peor manera: es un autor banal e innecesario que, sin embargo, goza del módico reconocimiento de sus pares. En la postdata de 1943, una postdata ficticia, por supuesto, Borges hace una alusión a la polémica por el Premio Nacional y escribe que el primer premio lo recibe el Dr. Aíta —una mención no ingenua: Aíta era un crítico de la revista Nosotros— y el segundo premio es para Carlos Argentino Daneri. En cambio, su libro Los naipes del tahúr —un libro perdido de Borges, que escribió en Europa— no consigue ni un solo voto. “¡Una vez más triunfaron la incomprensión y la envidia!”, se queja. Un dato más de Daneri: es admirador de Eduardo Acevedo Díaz.

Carlos Argentino Daneri escribe pésimo. Es tedioso, alambicado; pobrecito, es un desastre. Siempre me llamó la atención que Borges afeara “El Aleph” con fragmentos del poema “La Tierra” de Daneri y sus explicaciones delirantes. Es un show-don’t-tell extremo, una inmolación a lo bonzo. En cualquier taller literario te criticarían esos párrafos, esas citas. “He visto, como el griego, las urbes de los hombres, / los trabajos, los días de varia luz, el hambre; / no corrijo los hechos, no falseo los nombres, / pero el voyage que narro, es… autour de ma chambre”. Hay otras rimas estrambóticas, como “nordeste” y “blanquiceleste”, que habrían lastimado al peor Lugones. Yo creo que Borges lo hace un poco en

chiste y un poco de canchero. Como buscando subrayar que ningún prodigio, por más que te muestre el universo, te hace escribir bien. No pinta quien tiene ganas. Si el rasgo más identitario de la literatura de Borges es la serie, lo que viene a mostrar con “El Aleph” es que la clave de la enumeración, antes que en acumular, está en categorizar lo que se enuncia.

Un recuerdo de Alberto Manguel en su libro de memorias Con Borges. Cierta vez, un escritor —Manguel no revela quién— fue a la casa de Borges a leerle un cuento sobre cuchilleros que había hecho pensando en él. Borges le dio la bienvenida y se preparó para escuchar. Las manos en el bastón, los labios ligeramente entreabiertos, los ojos apuntando a lo alto. El cuento pasaba en una pulpería llena de rufianes, a donde iba el inspector de policía, que, armado sólo por su coraje, imponía su voluntad y lograba que los demás le entregaran las armas. “Entusiasmado con su prosa”, decía Manguel, “el escritor se puso a enumerar: ‘Una daga, dos pistolas, una cachiporra de cuero…’. Con su voz mortalmente monótona, Borges prosiguió: ‘Tres rifles, dos bazucas, un pequeño cañón ruso, cinco cimitarras, dos machetes, una pistola de aire comprimido…’. El escritor, a duras penas, soltó una risa. Pero Borges, sin piedad, reanudó: ‘Tres hondas, un ladrillo, una ballesta, cinco hachas de mango largo, un ariete…’. El escritor se puso de pie y nos deseó buenas noches. Nunca más lo volvimos a ver.”

3

“Arribo, ahora, al inefable centro de mi relato; empieza, aquí, mi desesperación de escritor”, dice el Borges-personaje cuando se propone contar lo que vio en el Aleph. Borges sintetiza en el objeto, el cuento y el libro las reflexiones de muchos años que, en definitiva, buscan responder una única pregunta: cómo ir más allá de las palabras. La literatura no puede aspirar a menos.

Tirado en el piso de baldosas del sótano después de haber tomado un trago de cognac, el Borges-personaje mira fijo hacia un punto de la escalera. La escena bordea el ridículo. En ese momento se da cuenta de que está encerrado y completamente a oscuras. Empieza a dudar, le crece el miedo. ¿Y si Daneri estaba loco y le dio de tomar un veneno y lo encerró a esperar su muerte? Qué

forma idiota de morir. Pero entonces, en el lugar indicado aparece una esfera brillante de dos o tres centímetros de diámetro. “Dios, puedo estar encerrado en una cáscara de nuez y tomarme por rey del espacio infinito”, dice Hamlet. El Aleph abre una hendija en la realidad y Borges mira a través de ella:

“Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Mirzapur una baraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las hormigas que hay en la tierra, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo, vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo”.

No sé qué tan necesario sea traer la cita completa, pero no puedo evitarlo. En algunos borradores del libro, cuando la saqué, noté la ausencia. Quiero pensar que todo lo que escribí es una excusa o una justificación para copiar estas 429

palabras que cambiaron la literatura argentina para siempre. Mucho se ha escrito y mucho se va a seguir escribiendo sobre esa serie infinita. Me gusta lo que dice Gamerro en Borges y los clásicos: “Un narrador inexperto se centraría en lo vistoso e imaginativo, un metódico como Daneri intentaría ponerlo todo, Borges sabe que la única manera de sugerir la vastedad y la prolijidad del Aleph es a través de estos bruscos saltos perceptuales, emotivos, conceptuales”. Y también me gusta —quizás todavía más— la simpleza precisa de Bioy, que dice en el diario: “La dignidad y la belleza de este cuento depende de que las escenas que se vean sean cotidianas, poco dramáticas”.

Pienso en una frase que Luis Alberto Spinetta le dijo a Miguel Grinberg en el diario La opinión: “La belleza es un mar flagrante de metales hirvientes, y sólo es belleza si el cocinero se aleja prudentemente y sabe las manipulaciones. Si no sabés los procesos, se convierte en una lava hirviente que te quema el rostro y te destruye”. Borges y Spinetta se vieron una sola vez. Fue en la casa de Maipú, en un encuentro que —creo— organizó la revista Gente. No salió bien, no fluyó el diálogo. Borges estaba muy metido en su mundo. Es una pena porque con abordajes diferentes compartían la misma búsqueda. Y, además: qué borgiano podía ser Spinetta cuando quería.

4

Con Silvina recordamos las mujeres de Borges: Margot Guerrero, Silvina Bullrich, Estela Canto, la condesa Álvarez de Toledo, la condesa de Wrede, la Rubia Daly Nelson, Cecilia Ingenieros, Marta Mosquera, Alicia Jurado, Susana Bombal, Pipina Diehl, Mandie Molina Vedia, Gloria Alcorta, Wally Zenner, la cuñada de Ibarra. Silvina: “Really, he has seen the horrors”. Digo: “Con excepción de Cecilia y de Alicia”. Silvina no admite excepciones.

Adolfo Bioy Casares

Mama’s gonna check out all your girlfriends for you.

Pink Floyd

Se conocieron en la casa de Bioy y Silvina, y no se gustaron. Ella había leído un cuento suyo en la revista Sur sin demasiado entusiasmo, y cuando finalmente se lo presentaron, le pareció feo, torpe, regordete, miope y un poco pretencioso; le molestó que le diera la mano como si no tuviera huesos. Él ni siquiera la miró: era una amiga de Silvina, una más. No le dedicó ni un pensamiento. Cada vez que había reuniones y ella venía a comer, él pasaba la mayor parte del tiempo en el estudio de Bioy donde escribían los cuentos de Bustos Domecq que iban a salir en Seis problemas para Isidro Parodi. Ella sabía que estaba porque escuchaba las risas que venían del piso de abajo; los Bioy vivían en un tríplex de Ecuador y Santa Fe. La mayoría de las noches él se iba sin saludar. Parecía estar siempre apurado. Ella se quedaba bailando con Silvina mientras los demás —Mallea, Peyrou, Baeza— las miraban como lobos. Acostumbrada a provocar cierta impresión en los hombres, había empezado a tomarle tirria por esa actitud desatendida, descortés.

Estela Canto todavía no había cumplido los 30. Morocha con el pelo hasta los hombros, la piel aceitunada, cuando usaba tacos —pero nunca usaba tacos— llegaba casi a la altura de él. Menuda y con un cuerpo a punto de ser exuberante, tenía la cara angulosa y los ojos grandes y almendrados un poco separados. Borges la vio —realmente la vio— varios meses después. Y se enamoró de inmediato. Fue una noche que quiso el destino que salieran a la vez de la casa de los Bioy. Bajaron juntos en el ascensor y caminaron unas pocas cuadras hasta la boca del subte. El diálogo debe haber sido banal, un poco tirante, con varios silencios. Pero, antes de llegar a la estación de Pueyrredón estaban tan metidos en la conversación, que él le propuso seguir caminando. Llamó a la madre desde un teléfono público para avisarle que iba a llegar más tarde y cuando llegaron hasta la Plaza San Martín, decidieron seguir todavía un poco más, hasta el Parque Lezama. Estela vivía en San Telmo. En algún momento entraron a un bar. Ella pidió un café y él un vaso de leche —Borges podía pasar por cuáquero—. Ahí fue cuando la miró. Y ella se dio cuenta. Esa noche se quedaron hablando en las escalinatas del Parque que dan a la calle Brasil hasta las tres o cuatro de la

mañana.

Cada vez que se veían, él tenía que avisarle a Leonor. “No, madre. Sí, madre. Está bien, madre”. Estela escuchaba las respuestas de Borges, que no acreditaba los 45 años que tenía. Leonor la detestaba, le parecía atrevida y vulgar —quizás esa fuera una de las razones por las que él tanto la quería—, y por eso tenían que verse siempre afuera: en el parque, en la costanera. Incluso, cuando él la llamaba a la casa tenía que hacerlo desde un teléfono público. La calle, para Borges y Estela, fue un refugio. Yo creo que mi generación fue la última que podía salir a la calle como ellos y sentir que la ciudad le pertenecía. Ahora, con las plazas cerradas —algo que estoy seguro de que a Borges le desagradaría notoriamente — no sabrían qué hacer.

Él le regalaba libros, muchísimos libros, que ella no leía. Le escribía cartas de amor desbocado. A veces, iba hasta la casa y se los daba a la empleada doméstica sin animarse a preguntarle si ella estaba. Estela pasó a máquina “El Aleph” y después fueron juntos a llevárselo a Pepe Bianco para que lo publicara en Sur. El cuento está dedicado a ella; iba a ser el primero de una serie que terminó siendo de un único elemento.

Alguna vez Borges dijo que Beatriz Viterbo estaba basada en una mujer que él había amado. Después dijo que la había compuesto a partir de tres; dos de ellas ya había muerto. Nunca terminó de revelar quiénes eran y hasta dijo en una entrevista que Beatriz era María Esther Vázquez, lo cual es imposible porque se conocieron más de una década después de que se publicara el cuento. A mediados de la década del 2000, un hombre publicó un artículo en La Nación diciendo que Beatriz Viterbo era su abuela, una mujer que Borges había conocido en aquel tiempo y a quien le habría dedicado algunos poemas. El hombre reconocía claramente a su abuela en la descripción que Borges hace de Beatriz: “era alta, frágil, muy ligeramente inclinada; había en su andar —si el oxímoron es tolerable— una torpeza graciosa”. Me da ternura la candidez de ese señor. O la decisión voluntariosa de identificar concretamente a alguien a partir de una definición tan difusa. Para mí, y no solo para mí, es claro que Beatriz es Estela. Todo el cuento grita su nombre. Por eso es tan impactante el silencio que ella hace en Borges a contraluz. La lectura de “El Aleph” que hace Estela Canto es desapegada, se mueve en la periferia del drama. No dejo de preguntarme qué habrá sentido al leer la frase: “Beatriz, Beatriz Elena, Beatriz Elena Viterbo, Beatriz querida, Beatriz perdida para siempre, soy yo, soy Borges”.

El de ellos fue un romance tempestuoso que terminó mal. Hay una novela de Juan Pablo Cuenca que se llama El único final feliz para una historia de amor es un accidente. Acá no hubo ningún accidente, sino una humillación calculada. Un día, Borges le propuso casamiento y ella, quizás divertida, quizás sorprendida, quizás cansada del amor platónico y de las excusas que él le daba a la madre, le dijo que antes de pensar en eso tenían que coger. Era la época en que él se analizaba para vencer su rechazo a las relaciones sexuales. Pienso en Emma Zunz, cuando se acuesta con el marinero para tramar su venganza: “Pensó (no pudo no pensar) que su padre le había hecho a su madre la cosa horrible que a ella ahora le hacían”. La frase de Estela que se hizo famosa es demasiado teatral, da la impresión de que ella tomó prestada la costumbre de Borges de ir puliendo la historia a lo largo de los años. “Lo haría con mucho gusto, Georgie”, dice que le dijo, “pero no olvides que soy discípula de Bernard Shaw; no podemos casarnos si antes no nos acostamos”. Las cartas de Beatriz a Daneri que Borges-personaje ve en el aleph le revelan que ellos se acostaban. Beatriz y Daneri son primos; se dice que Estela se acostaba con el hermano.

Los amigos de Borges le guardaron un rencor eterno a Estela. Pero ¿ella lo quería? En 1985, mientras atravesaba una situación económica muy grave, ella lo invitó a comer y le pidió autorización para subastar el manuscrito de “El Aleph” en Sotheby’s. Lo había mantenido consigo durante cuarenta años. De ese almuerzo, lo único que recordaba Borges era que Estela había vaciado, ella sola, una botella entera de vino. Dicen que en la década del 50, cuando él ya había empezado a tener fama internacional, Estela lo emboscaba a la salida de la Biblioteca Nacional o lo perseguía en la estación Independencia del subte. Borracha, le gritaba: “Ahora no me querés ni saludar”.

5

Borges: “No todos mis relatos me desagradan. Rescatemos tres que pueden ser cuatro o ser dos. El primero, ‘La intrusa’, una sórdida historia de orilleros, redactada —soy muy ambicioso— a la lacónica manera del joven Kipling. El segundo, ‘El Aleph’, que congrega todos los puntos del espacio en un solo punto, como la eternidad de los teólogos congrega en un instante simultáneo todos los instantes del tiempo. El tercero, ‘El sur’, capaz de una lectura realista,

de una lectura simbólica y de una lectura onírica”.

Ricardo Piglia: “Borges puso el estándar que había que poner. Nosotros, en Buenos Aires, sabíamos que estaba él en algún lugar”.

María Negroni: “Borges es una catástrofe extraordinaria para la literatura argentina. Desarmó todo. Rompió el tablero. Si no fuera por él, todavía estaríamos con la pelea de qué es ser un escritor nacional”.

Javier Portales: “Álvarez. Cómo sabe que me llamo Álvarez”.

Alberto Olmedo: “Es que yo sé todo”.

***

SEGUNDA PARTE

ANATOMÍA DE UNA RENUNCIA

Jerry, just remember: it's not a lie if you believe it.

George Costanza

1

En la juventud, Borges había imaginado un Palermo mítico, un territorio donde cuchilleros y malevos se movían como héroes legendarios. De todos ellos, la musa también podría haber cantado su cólera. Borges tenía una fascinación por esos hombres. Decía con orgullo que Miss Tink, la institutriz que había cuidado de él y de Norah, era hermana del famoso cuchillero Juan Tink. Y más adelante se había hecho amigo de Nicolás Paredes y Juan Muraña, dos tipos muy pesados que eran guardaespaldas de un caudillo conservador. Borges entraba en aquel mundo seducido por las viejas epopeyas de personajes que se regían por un código de honor y que castigaba tanto al falto de coraje como al fanfarrón. Pero desde que trabajaba en la Biblioteca Cané y mantenía un trato cotidiano con malandras y marginales, la épica del arrabal había mutado en aversión y desprecio. "Vencen los bárbaros, los gauchos vencen" escribió en el "Poema conjetural", de 1943.

Borges imaginaba en aquel poema los pensamientos finales de Francisco Narciso de Laprida, el héroe de la independencia que había presidido el Congreso de Tucumán y que, trece años después, en medio de las guerras civiles, era vencido por los montoneros del exfraile José Aldao. En una actualización de la antinomia sarmientina, el hombre de leyes moría en manos de unos gauchos analfabetos: un arco trágico como metáfora de la Argentina, que se acentuaba —pero quién podía preverlo entonces— con el nombre de la tropa vencedora. En poquísimas

líneas, Borges pintaba la escena de un combate ya resuelto, con las últimas balas todavía zumbando, las cenizas arremolinadas por el viento y una huida inútil. El hombre que anhelaba ser el portavoz de la razón encontraba sin esperanza ni temor —como Beatriz, como Juan Dahlmann, como el coronel Francisco Borges y Jorge Guillermo— su destino latinoamericano con el íntimo cuchillo en la garganta. El "Poema conjetural" salió en La Nación el 4 de julio de 1943. Tres años después, muchos lo iban a interpretar como un mensaje profético.

Un salto en el tiempo. En 1980, Borges participó en un ciclo de diálogos públicos en distintas universidades de Estados Unidos. Fueron charlas con escritores y académicos como Jaime Alazraki, Luis Beltrán, John Coleman, Alastair Reid y otros. Todos, salvo Reid, lo trataban con un respeto reverencial, que no es sino una forma de la subestimación. Le preguntaban por los clásicos, hablaban de filosofía y las sagas germánicas, del rol del escritor, de las lecturas predilectas, hablaban muchísimo de poesía. Borges daba muestras de su memoria proverbial con largas citas de Emily Dickinson, Oscar Wilde, Bernard Shaw, Walt Whitman, Geoffrey Chaucer. Las transcripciones de aquellos encuentros fueron recogidas por Willis Barnstone y publicadas en un volumen que se llamó Borges: el misterio esencial.

En conjunto, el libro no está mal pero no pasa de lo anecdótico. Borges se dejaba llevar por el antojo de sus pensamientos —algún periodista escribió que era imposible hacerle un reportaje, que él se preguntaba y se contestaba—, se repetía mucho y repetía casi textualmente lo que había publicado en varios ensayos relativamente recientes para la época, como las ideas sobre Edgar Allan Poe en "El cuento policial". Lo que más me llama la atención, sin embargo, es que nadie le hiciera una mención por mínima que fuera a la situación política del país. Era 1980 y nadie, ni Borges ni los entrevistadores ni la audiencia compuesta en su mayoría por jóvenes decían nada del gobierno de facto, del terrorismo de Estado, de los desaparecidos. Un silencio que se vuelve más escandaloso toda vez que sí hay referencias a Perón.

Políticamente Borges se había vuelto muy ingenuo. Atrapado en las viejas disputas, no reconocía el nuevo orden mundial. No se daba cuenta de que su discurso antipolítico era una forma equivocada y confusa de hacer política. No lograba interpretar la dimensión que tenían sus frases y sus actos. Borges llegaba a los Estados Unidos después de haber almorzado con Videla y de haber recibido la condecoración de Pinochet. Llegaba después de haber escrito en el prólogo de La moneda de hierro que descreía de la democracia, "ese curioso abuso de la

estadística”.

En la Universidad de Indiana alguien leyó el “Poema conjetural” y Borges dijo: “Sentí que yo estaba expresando lo que todos sentíamos, porque en nuestro país había sobrevenido la dictadura, y nosotros todavía creíamos ser París o Madrid, pero la realidad es que éramos sudamericanos y en la Argentina había un dictador”. Se puede objetar la frase desde muchos —muchísimos— ángulos, pero, por lo pronto, es cierto que en la Argentina había un dictador. Salvo que Borges consideraba que sólo hubo dos “dictaduras”: la de Rosas y la de Perón. Y cuando escribió el poema, el que estaba en el poder era el general Pedro Ramírez. La afirmación de haberlo escrito durante el peronismo es bastante más que un anacronismo. Podría haber reclamado para sí la clarividencia que le habían otorgado sus amigos, pero, puestos a elegir entre Tiresias y Homero, se decidió por el escritor. No sólo le daba al poema un anclaje político que inicialmente no tenía, sino que además se mostraba como el autor que se había enfrentado al tirano.

Un año después, ya en la Argentina, iba a volver sobre el tema en una entrevista para el diario Clarín y otra vez iba a decir que lo había escrito en el peronismo. “Es un poema histórico”, decía, “donde me refiero a la muerte de Laprida, de quien soy lejano pariente, y me enfrento no sólo con la época en que lo asesinaron, sino también con la densa época del gobierno peronista”. En esa nota también decía que Eduardo Mallea no se había atrevido a publicarlo por temor a las represalias. Mallea, el único integrante de la Comisión de Cultura que lo había defendido en la polémica por el Premio Nacional. A veces Borges podía ser ingrato.

Borges pudo haberse referido a “La fiesta del monstruo”, el cuento que escribió con Bioy en 1947. Narrado en primera persona por un obrero que describe una movilización hacia la Plaza de Mayo, el cuento es una sátira grotesca que recuerda La refalosa, de Ascasubi, y El matadero, de Echeverría, y termina con la lapidación de un chico judío solo por ser pelirrojo, usar anteojos y llevar un libro en las manos. “La fiesta del monstruo” circuló primero entre los amigos más cercanos y luego fue publicado en el semanario Marcha del Uruguay. Pero tal vez haya preferido hablar del “Poema conjetural” en lugar de “La fiesta del monstruo” debido a la dignidad trágica que tenía. Y porque no compartía la autoría.

En los nueve años del primer peronismo y en los años posteriores, Borges se

constituyó como el antagonista perfecto. Frente a un gobierno al que caracterizaba como autoritario, inmoral, embrutecedor y corrupto, Borges oponía inteligencia, valor, osadía y también una cuota de humor. Solía contar anécdotas que mostraban la ineficacia del control peronista. En una, mientras cruza una plaza, advierte que lo siguen dos muchachos. Hay que decir que para ese entonces Borges ya tenía la vista muy disminuida y el que se haya dado cuenta habla de la enorme impericia de aquellos informantes. Él los encara y ellos le terminan confesando que ni eran peronistas ni se sentían cómodos siguiéndolo. En otra, el que lo sigue es un policía y él, antes de llegar a la esquina, lo busca y le pregunta si, ya que van para el mismo lado, puede ayudarlo a cruzar la calle. Terminan haciéndose amigos. Otra más, pero ahora con Leonor de protagonista: un día de invierno, ella se apiada del agente que debía controlar los movimientos del departamento de Maipú y le baja un plato de sopa. Son historias muy parecidas; tal vez demasiado.

No es mi intención desmerecer la violencia política y el acoso que en aquel tiempo sufrieron tanto él, como su familia y sus amigos, y tantos otros. Lo que trato de señalar es que el antiperonismo de Borges es una operación consciente. Y en ese sentido, la reinterpretación del “Poema conjetural” y la salida de la Biblioteca Cané son piezas clave.

2

La historia oficial dice que Perón asumió la presidencia el 4 de junio de 1946 y tres semanas después Borges renunciaba a la biblioteca, forzado por una broma atroz: le habían informado que iban a reubicarlo como inspector de aves de corral en el Mercado Central de Córdoba y Callao. Que se ocupe de las gallinas, este, que no tiene huevos. Borges era, entonces, uno de los primeros opositores que perdía el trabajo, junto con Fausto de Tezanos Pinto, el paisajista Carlos León Thays y el ganador del premio Nobel de la Paz Carlos Saavedra Lamas.

Yo creo —y subrayo el creo— que no fue así. Perón no lo echó porque no sabía quién era. Una vez, un compañero encontró su nombre en una enciclopedia y fue a buscarlo para contarle la coincidencia. Borges podía estar en el centro de los debates literarios, pero eran discusiones que se daban en un ambiente muy

reducido. Era un escritor para escritores. En 1936, publicó Historia de la eternidad: se vendieron treinta y seis ejemplares. La primera edición de Ficciones, que incluía El jardín de senderos que se bifurcan y Artificios tuvo una tirada de quinientos ejemplares. La gran mayoría nunca salió del depósito de la Editorial Sur —por eso, entre otras cosas, es tan sospechoso que María Kodama haya leído "Las ruinas circulares" a los ocho o nueve años.

Yo creo que Borges estaba harto de la Biblioteca Cané. La odiaba. Era un empleado mediocre que trabajaba poco y faltaba mucho. Había sido testigo del ascenso de Perón. Había visto el efecto que provocaba entre sus compañeros. Y encontró en una situación confusa la manera de irse y hacer de eso una épica. El consenso es que Borges dejó de trabajar el 28 de junio. Tal vez haya sido el último día que fue a la biblioteca, pero nunca envió la renuncia. Simplemente dejó de ir. El 17 de julio del 46 le dieron la baja de oficio.

3

Los nazis fueron expulsados de París en agosto de 1944 y hubo celebraciones en todo el mundo. En Buenos Aires, miles de personas se congregaron a festejar en la literalidad de Plaza Francia. Borges, que siempre había sido reacio a las manifestaciones públicas, estuvo presente y vivió la experiencia con gran entusiasmo. Cantaron la Marsellesa, festejaron, hubo abrazos y gritos y vivas por la resistencia gala. Pero el gobierno estaba bajo el mando del general Edelmiro Farrell; él y todo el sector nacionalista sostenían que Argentina debía ser neutral, por lo que se le ordenó a la policía dispersar a la gente. Hubo gases y palos y corridas. De alguna manera, la violencia inflamó el espíritu de Borges. Sentía que había participado en una rebeldía colectiva y había descubierto que eso podía "no ser innoble". Más aún, sentía una felicidad que le corría por el cuerpo. Casi una epifanía.

Tras la rendición de Alemania y el inminente fin de la guerra, empezaba a conformarse un nuevo mapa político y Estados Unidos presionaba a los militares argentinos para que cedieran el lugar a una nueva democracia. Para ese entonces, Perón, a través de su rol en la Secretaría de Trabajo y Previsión, ya se había consolidado como una figura central y muchos lo consideraban como un

obstáculo para las elecciones libres. El 19 de septiembre, todo el arco opositor —desde los radicales hasta el Partido Comunista y la derecha conservadora— organizó una marcha que, aunque decía ir “contra la vieja política”, tenía como objetivo forzar la salida de Perón. Uno de los principales promotores de la manifestación fue el embajador estadounidense Spruille Braden. El acto terminó con el lanzamiento de la Unión Democrática, una alianza multipartidaria que presentó la fórmula presidencial José Pascual Tamborini y Enrique Mosca. El lema era: “Por la libertad, contra el nazifascismo”. Muchos escritores, intelectuales y amigos de Borges estuvieron en la marcha. Pero él no: tenía varicela.

Octubre del 45 es cuando todo se desata. El martes 9, Farrell le pide la renuncia a Perón. Un día después, Perón es detenido y enviado a la isla Martín García. El jueves 11, Farrell firma el decreto que llama a elecciones para el 7 de abril de 1946. Antes de que pase una semana se produce el hecho que quiebra la historia política de la Argentina en dos. En el Archivo General de la Nación, hay una entrevista a Juan Perón en la que cuenta los detalles del 17 de octubre. Dice que lo fueron a buscar al Hospital Militar y de ahí lo llevaron a la Casa Rosada, donde lo esperaba Farrell junto con los ministros y los demás generales. “Bueno”, dice que le dijo Farrell, “¿qué es lo que cree usted que hay que hacer?”. Perón narra la escena como un encuentro de camaradería donde, entre cigarros y apretones de mano, se define el futuro del país. Acuerdan adelantar la fecha de las elecciones a febrero y él sale al balcón a calmar a la multitud. “Había como un millón de personas”, exagera. Cantan el himno y Perón los apela a reconocerse como integrantes de un movimiento colectivo de los trabajadores. El 31 de octubre, Borges escribe en un diario de Montevideo: “Un gran número de argentinos se están haciendo nazis sin darse cuenta”.

Braden ya no estaba en la embajada —había dejado su cargo en septiembre—, pero comenzó a circular en los medios un memorándum de 130 páginas que había enviado al Departamento de Estado de los Estados Unidos. Conocido como el “Libro Azul”, por el color de sus tapas, el documento era muy crítico con los gobiernos de Ramírez y Farrell, pero, sobre todo con Perón, a quien señalaba como uno de los cabecillas del nazifascismo en Sudamérica. Decía, por ejemplo, que “luego de que tropas gubernamentales protagonizaran una sangrienta manifestación en Buenos Aires gritando, a las órdenes de sus comandantes, en favor de Hitler, Mussolini y Perón y ‘Abajo la Democracia”, las universidades y escuelas secundarias hicieron una huelga. Por este acto fueron severamente sancionados y veinticuatro docentes inmediatamente removidos de

sus cargos”. De Perón decía: “No sólo ha utilizado a los sindicatos controlados en apoyo de su futura candidatura presidencial, sino que incluso ha amenazado con armarlos en una guerra civil contra el resto de la población”. La publicación produjo un sismo, que, sin embargo, Perón supo aprovechar para su causa. No sólo denunció la falsedad de aquellas afirmaciones, sino que, con gran astucia, exacerbó el nacionalismo: ante el Libro Azul opuso el Libro Azul y Blanco. El 24 de febrero, dijo, no se iba a elegir entre peronistas y demócratas, sino entre Braden y Perón: lo que estaba en juego era la soberanía del país.

El 14 de diciembre, ya con las candidaturas lanzadas, Edelmiro Farrell sancionó el decreto 32.577/45 que definían un conjunto de “Normas para los agentes del servicio civil de la Nación”. Desde ese momento, los empleados del Estado quedaban completamente inhibidos de cualquier actividad partidaria. No podían tomar parte en actos de campaña ni en marchas ni en manifestaciones, tampoco podían integrar comités ni hacer declaraciones públicas. Quien lo hiciera cometería una falta y, según la gravedad, podía ser sancionado con un apercibimiento, una suspensión, una retrogradación y hasta una cesantía. Tal vez ese haya sido uno de los últimos intentos de Farrell —torpe, muy torpe— para desactivar al peronismo. Encontré el decreto en un libro que se llama Cómo aplica la Ley Sáenz Peña el gobierno de la revolución, que fue impreso por la Cámara de Diputados en mayo del 46, el último mes de la dictadura. El libro incluye todas las leyes sancionadas en torno a las elecciones junto con una escueta justificación de cada una. Sobre este decreto dice que la medida fue tomada “para subrayar aún más [la] absoluta prescindencia [del Poder Ejecutivo en] la lucha comicial”. Yo creo que el decreto es un escándalo y que por suerte los tiempos de las dictaduras han quedado atrás.

El 8 de enero de 1946, un grupo de intelectuales publicó una larga solicitada en La Nación en la que, de una manera elíptica pero nada ingenua, llamaban a terminar con el nazifascismo en la Argentina. Incluso dejaban traslucir que, de ganar esa corriente, las Naciones Unidas debían sentirse compelidas a intervenir para expurgar el mal. La lista de firmantes era muy extensa e incluía a figuras de extracciones políticas diversas. Firmaban, entre otros, Alberto Gerchunoff, A. Korob, Ernesto Laclau, Silvina y Victoria Ocampo, Nellie Vasena, Nicolás Repetto, Silvio L. Ruggeri, Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges. Pero en ese momento, el decreto de Farrell estaba en vigencia plena y Borges era empleado de una biblioteca municipal de la Capital Federal: por lo tanto, era un agente civil de La Nación. Dos semanas después, el miércoles 23, la Dirección de Sumarios pidió información para levantar un cargo administrativo.

Faltaba un mes para las elecciones.

4

La victoria de Perón fue más ajustada de lo que se esperaba. El día de la votación, los resultados que llegaban desde Capital y provincia parecían mostrar una leve tendencia a favor de la Unión Democrática. Esa misma noche, tanto Perón como Tamborini se proclamaron ganadores y felicitaron al pueblo por una jornada democrática ejemplar, sin que hubiera habido denuncias de fraude ni hechos de violencia. En el transcurso de los días —de varios días— fueron llegando las actas del interior, con los votos que terminarían por imponer a Perón con casi el 53 % de los votos. Algunas tapas de Clarín de marzo decían: “Triunfa Tamborini en San Juan y San Luis”, “Córdoba y Corrientes dan ventaja a la Unión Democrática”, “Vivo interés por el ritmo cambiante del escrutinio en Córdoba”, “Santa Fe, Salta, Entre Ríos y Mendoza resultan favorables a Perón”.

A mediados abril, tres meses después de haber comenzado el proceso contra Borges, la Junta Superior de Calificaciones y Disciplina asentó un apercibimiento en el legajo. Se decidieron por la sanción más leve porque tenían de él “un concepto inmejorable, por su competencia, dedicación y cualidades personales”.

Perón todavía no había asumido.

*

¿El mito del mercado pudo haber tenido un origen peronista? El texto que sigue es de un artículo del diario peronista Democracia del 24 de julio de 1946. Título: “Jorge Luis Borges, inspector de aves”. Aunque no lleva firma, se cree que es de José Gobello, un escritor y poeta especialista del lunfardo, que en 1951 será diputado por la rama sindical del peronismo. Estaba acompañado por una foto,

pero no de Borges, sino del intendente Emilio Siri, que antes de recalar en el peronismo había sido radical:

“Jorge Luis Borges, inspector de aves. Este, que si por el intendente municipal fuera, serviría de epígrafe para la tarjeta del autor de Ficciones, parece haberse frustrado por propia decisión del ilustre escritor. El señor Borges, en efecto, no aceptará estas funciones que le ha encomendado la Municipalidad. Jorge Luis Borges —nombrar sus libros es desconfiar de la cultura de nuestros lectores— era hasta no hace mucho titular de una de las bibliotecas municipales. Cuando llegó la campaña preelectoral, Borges se puso abiertamente contra Perón. Borges es un amante de las fantasías —su último libro señala un recrudecimiento de esa afición— y era natural entonces que se decidiera por la Unión Democrática, que no era al cabo más que una hermosa fantasía, en lo de unión y en lo de democrática. ¿Por qué entonces tomarle en cuenta ese gesto? ¿Por qué no obrar con un poco más de generosidad? No creerá, sin duda, el doctor Siri que la Revolución se ha hecho para tomar venganza. Se ha hecho, en última instancia, para ver cómo progresa la Patria. Por lo menos así lo habíamos creído el 17 de octubre. ¿Y supone el doctor Siri que la Patria progresará mucho si los escritores se dedican a cuidar gallinas y los avicultores a escribir novelas?”.

*

El 8 de agosto de 1946, la Sociedad Argentina de Escritores organizó una comida en honor a Borges. Era la segunda vez en menos de cinco años que surgía la necesidad de hacerle un acto de desagravio. Pero en esta oportunidad, a diferencia del número de Sur por el Premio Nacional, no estaban solo los amigos. Quizá sea una sobreinterpretación, pero yo veo en esta reunión la señal de que el antiperonismo de Borges fue también una construcción colectiva.

El primero en hablar fue el presidente de la SADE, Leónidas Barletta. Comunista, viejo integrante del Grupo Boedo, eterno rival de Borges, dio un alegato enardecido. “Borges”, le dijo y me lo imagino declamando con la voz gruesa y potente, las sílabas golpeando el paladar, con una mano agarrando las hojas y con la otra señalando al cielo, “usted ha exasperado a quienes cometieron con usted [sic] la grave ofensa de suponer que iba a callar mientras sus

conciudadanos padecían grotesca tiranía, que los ultrajó, apaleó y asesinó en las calles". Y seguía: "Quienes lo agraviaron no podrán emerger de su propia insignificancia y en cambio, usted, para el país, será siempre el poeta inicial de Fervor de Buenos Aires". El discurso terminaba con un llamado a la unión y la solidaridad de los escritores. No me parece casual que Barletta haya destacado Fervor en lugar de Ficciones. Quizá fuera porque prefería al poeta antes que al narrador, pero mi sensación es que, como Ficciones incluía El jardín de senderos que se bifurcan, todavía persistía la polémica entre comunistas y conservadores.

Demasiado tímido para hablar en público, Borges le pidió a Pedro Henríquez Ureña o a Francisco Ayala que leyeran su discurso, que tenía un aire agónico y teatral. "Nueve años concurrí a esa biblioteca", decía agregando uno para hacerlos coincidir con los círculos del infierno de la Divina Comedia. O tal vez lo hizo por la superstición que tenía con el número tres y sus múltiplos.

El texto completo salió en la revista Sur número 142. Copio un fragmento, que me resulta esclarecedor: "Nueve años concurrí a esa biblioteca, nueve años que serán en el recuerdo una sola tarde, una tarde monstruosa en cuyo decurso clasifiqué un número infinito de libros y el Reich devoró a Francia y el Reich no devoró las islas Británicas, y el nazismo, arrojado de Berlín, buscó nuevas regiones. En algún resquicio de esa tarde única, yo temerariamente firmé alguna declaración democrática; hace un día o un mes o un año platónico, me ordenaron que prestara servicios en la policía municipal. Maravillado por ese brusco avatar administrativo, fui a la Intendencia. Me confiaron, ahí, que esa metamorfosis era un castigo por haber firmado aquellas declaraciones. Mientras yo recibía la noticia con el debido interés, me distrajo un cartel que decoraba la solemne oficina. Era rectangular y lacónico, de formato considerable, y registraba el interesante epigrama Dele-Dele. No recuerdo la cara de mi interlocutor, no recuerdo su nombre, pero hasta el día de mi muerte recordaré esa estrafalaria inscripción. Tendré que renunciar, repetí, al bajar las escaleras de la Intendencia, pero mi destino personal me importaba menos que ese cartel simbólico".

Borges no habló del mercado ni esa noche ni durante mucho tiempo. Ese silencio habilitó, sin embargo, que muchos otros sí lo hicieran. A lo largo del tiempo se fue generando una profusión de nombres y cargos: Petit de Murat decía que lo habían destinado como "inspector de feria"; para James Irby iba a ser "inspector de aves en el Mercado Central de Buenos Aires" y para Victoria Ocampo "inspector para la venta de pollos en el mercado de Buenos Aires"; "de pollos, gallinas y conejos", según Alicia Jurado; "de aves y conejos en el mercado de la

calle Córdoba", según Rodríguez Monegal. Jorge Rivera se tomó el trabajo de reunir todas las menciones en el artículo "Borges, Ficha 57.323" (incluido en el libro Acerca de Borges; compilación de Jorge Dubatti).

El propio Borges cayó en la inexactitud: en el Ensayo autobiográfico dijo que iba a ser inspector "de aves y conejos en los mercados públicos" y diez años después, en los diálogos semanales que mantenía con Osvaldo Ferrari en Radio Municipal dijo que el cargo era el de "inspector para la venta de aves de corral y huevos en los mercados". Algo similar —pero aquí no hay error involuntario— sucede con el motivo de la sanción. En el 73, le dijo a Fernando Sorrentino que lo castigaron por las declaraciones contra Perón. En el 80, en una de las conferencias en Estados Unidos, dijo que fue por sus declaraciones a favor de los aliados. La solicitada de enero había sido una jugada brillante: contenía la suficiente ambigüedad como para que cualquier reprimenda pudiera ser denunciada como un ataque a la libertad.

*

Hay una cuestión no menor en el affaire, y es que el paso de auxiliar a inspector suponía un ascenso. Es un salto de varios tramos en el escalafón. Perón, entonces, castigaba a Borges con una mejor posición y un mejor sueldo. Esto es algo que no pasa desapercibido para Aníbal Jarkowski y Jay Parini, quienes, desde la ficción, corrigen la trama. En la novela Si, de Jarkowski, un compañero de la Biblioteca Cané le dice a Borges que acepte el trabajo, que va a ganar más y va a trabajar menos. En Borges y yo, Parini se confunde y dice que Perón lo sacó de la dirección de la Biblioteca Nacional.

Lo que me hace creer que Borges efectivamente debió presentarse ante la policía municipal es el cartel rectangular y lacónico del "Dele Dele" —que en realidad decía "DL DL"—, un detalle que no pudo haber inventado. Ese mensaje venía de la época del gobierno de Ramírez y era un distintivo color verde nilo que usaban los que pedían la Secretaría de Trabajo para Perón. Borges estuvo en la Intendencia: la pregunta es cuándo. Mi hipótesis es que fue después de las elecciones (24 de febrero), pero mucho antes de la asunción (4 de junio). El decreto de Farrell definía que, como parte del proceso, los inculpados tenían

derecho a presentar su defensa, y, como la resolución del caso Borges se comunicó el 14 de abril, él debe haber estado frente al tribunal como muy tarde a comienzos de marzo.

Pero ¿tuvo que volver en junio? No hay ningún documento que lo demuestre, como tampoco hay ningún documento oficial que dé cuenta del traslado. Tal vez lo del mercado haya sido una sanción real, tal vez haya sido un invento de él, tal vez haya sido de Gobello. Tal vez haya sido la bravata de algún funcionario del nuevo gobierno o el meloneo de un compañero de la Biblioteca Cané que quería provocarlo después de la victoria de Perón. En todo caso, le fue funcional.

MIGUEL

1

¿Empiezo por presentarme? Me llamo Miguel de Torre, tengo 83 años. Soy hijo de Guillermo de Torre y Norah Borges. Si quiere saber de mi tío en la Biblioteca Nacional, tendría que leer un libro mío que se llama Apuntes de familia. ¿Lo leyó? Ahí hablo de él, de mi padre, de mi madre, de mi abuela.

A mi tío lo nombraron director a finales del 55; fue uno de los primeros nombramientos de la Revolución. Yo estaba en quinto año. Me sacaron del colegio para ir al acto, que se hizo de mañana. Hay una foto en otro libro mío, que se llama Borges: fotos y manuscritos. ¿Lo conoce a ese? Ahí está la foto. Fuimos con mi abuela y mi madre. Estaban casi todos los amigos de él, estaba el ministro, que le dijo “José Luis Borges”. Estaba Cornelia Groussac, Eduardo Mallea, Arturo Capdevilla, Carlos Alberto Erro, Manuel Mujica Lainez, Héctor Basaldúa. ¿Quién más? Bueno, Adolfo Bioy Casares, por supuesto. Me parece que también estaban León Dujovne y José Luis Ríos Patrón. Fue muy emocionante. Supongo que él también estaría emocionado, pero nunca dejaba ver demasiado sus sentimientos. Tenía esa imagen como de desafectado, nunca lo vi triste. Bueno, cuando murió mi abuela sí: en el entierro estaba muy triste y después escribió un poema, pero, si no, nunca se lo veía ni terriblemente angustiado ni llorando ni quejándose.

En esa época, no es que la gente no supiera quién era el director de la Biblioteca Nacional. ¡No sabían ni dónde quedaba! Mi tío la hizo famosa. Venían de todo el mundo a verlo. Él estaba en su oficina y los recibía sin necesidad de que le pidieran audiencia. No había ningún protocolo para presentarse porque él no era nada pomposo: simplemente cualquiera tocaba la puerta y entraba. Y él se ponía contento. Tenía el escritorio circular de Groussac y a veces se sentaba ahí, pero, en general, hablaban en una mesa grande, como de directorio, en el salón de reuniones que estaba al lado de su despacho. Era un salón grande, muy lindo, que daba a México —la Biblioteca estaba en México entre Bolívar y Perú—. Y

cuando salían, él tocaba los bolilleros de la escalera principal y contaba que el edificio se había hecho en la época de Roca para la Lotería.

Me acuerdo que le había parecido mucho ser director de la Biblioteca. Nunca se sabrá si aquello que dijo era cierto o era falsa modestia, pero él dijo que hubiera preferido ser el director de la biblioteca de Temperley o de la de Adrogué, que era una biblioteca chiquita, una bibliotequita muy simpática. Todos los libros que tenía entraban en este living. Verse ahí, donde habían estado Groussac, que era uno de sus ídolos —Hugo Wast no, por supuesto—, Mármol, Moreno, para él fue algo muy importante.

En su oficina había un gran mueble con unas puertas de vidrio, y me acuerdo de mi asombro cuando vi que arriba del mueble había una colección de las Vidas ejemplares, de Plutarco, en francés, que había pertenecido a San Martín. ¡Tenía las anotaciones de San Martín y estaba ahí! Yo podría haberme llevado un tomo; cualquiera se los podría haber llevado. O, no sé, se los podría haber comido un ratón. Después él también dejó muchos libros suyos. Hubo gente que decía que mi tío se había llevado libros. Por favor, la gente dice cualquier cosa.

Él la sentía como si fuera su casa. A él le hubiera gustado vivir en la Biblioteca. Antes los directores vivían ahí. Groussac vivió en la Biblioteca con su familia. La vivienda estaba en el segundo piso, se llegaba por una escalera que estaba frente a la oficina del subdirector. Había también un ascensor chico, que creo que no funcionaba. De un ala del primer piso salía una escalerita, un pasadizo que era como una especie de puentecito, que llevaba a otros cuartos que daban a Bolívar. Eran la parte de servicio. La gran ambición de mi tío era vivir ahí, pero la que mandaba en la casa —mandaba no en el sentido de ordenar, sino de dirigir— era mi abuela, y ella se dio cuenta de que eso era demasiado grande y que no lo iba a poder manejar. Eran cuartos y cuartos y cuartos. Todos enormes: el baño era grande como esta casa. Quién se iba a ocupar de limpiar. Mi tío no pensaba en nada de eso; él tenía la fantasía de despertarse en Monserrat y caminar entre los libros. Pero, para mi abuela, que era una persona práctica, ese lugar era ingobernable. Hubieran tenido que tener cuatro o cinco sirvientes.

Lo que pasa que a mi tío le gustaba el barrio. Para él, ir al peluquero en el barrio sur hubiera sido el sumun de la dicha. El proyecto de la nueva Biblioteca, que está en Agüero y Las Heras, no le gustaba, pero no era porque la fueran a poner en el lugar donde había muerto Evita: no le gustaba el barrio. Y, además, arquitectónicamente, lo que hicieron es un horror. Aunque entren muchos libros

y sea moderna, a él no le gustaba nada. A él le gustaba la parte antigua de Buenos Aires. Le molestaba cuando lo invitaban a Martínez o a San Isidro; en cambio, la línea de Constitución, Adrogué, Mármol le gustaba mucho.

2

Yo nací en el departamento de Pueyrredón y Las Heras. En ese entonces mi tío trabajaba en la otra biblioteca, la de Boedo. Cuando mis padres se casaron, se fueron a vivir a la calle Paraguay, después se fueron a España y, cuando volvieron por la guerra, se fueron a vivir con mi abuela y mi tío a Pueyrredón y Las Heras. Ahí nací yo.

Soy del 39; mi abuelo se había muerto un año antes. De ahí nos fuimos todos a la calle Anchorena, y de Anchorena a Quintana. Mis primeros recuerdos son de Quintana. Por esa calle pasaban los coches fúnebres que iban al cementerio de la Recoleta. Me acuerdo de los caballos negros que tiraban los carros, pero no había caballos negros: los teñían. Y, después, del departamento de Quintana, mi padre, mi madre, mi hermano y yo nos fuimos a una casita en Martínez, y mi abuela y mi tío se fueron a Maipú y Charcas. Ahí se separó la familia.

No es que hubiera pica entre mi padre y mi tío; se respetaban, pero no se llevaban bien. A mi padre le interesaba todo lo actual, lo moderno, los movimientos, los “ismos”, y a mi tío eso no le importaba para nada. Y, además, no le gustaba la manera de escribir de mi padre. Sin embargo, mi padre se portó muy bien con él y lo ayudó en la carrera editorial. Mi tío no contestaba las cartas. Mi padre era experto en relaciones editoriales. Era experto en contratos y negociaciones. Fue editor de Losada durante años.

3

Entré a trabajar en la Biblioteca en el 57. Todavía no había cumplido los 18.

Como a mí me gustaban mucho los libros —me crié con las bibliotecas de mi padre y de mi tío—, a mi familia se le ocurrió que podía ir a trabajar ahí. Es algo que yo ahora no haría. Nombrar a un sobrino es un acto típico de nepotismo. Nipote quiere decir sobrino en italiano; viene de los papas, que nombraban a sus sobrinos. Pero en esa época se supone que no estaba mal visto.

La Biblioteca me hizo bien para unas cosas y para otras me hizo mal. ¿Por qué? Porque me dio plata, qué sé yo. Yo ya me había recibido de bachiller y estudiaba vagamente Derecho y Filosofía y Letras. Pero era medio una bala perdida. Llegué y me encontré con un mundo completamente nuevo. Creía que todos los que trabajaban ahí estaban interesados en los libros, pero no era así. Eran empleados. Tenía el ambiente de una oficina pública. Para ellos, el libro era un número, nada más. Por supuesto, había excepciones. Un 10 % de la gente se interesaba por los libros. Ahí me hice un amigo que todavía vive, y que es uno de mis más antiguos amigos. Y algún otro que se murió. Ahí también conocí a mi mujer. Estuvimos casados 50 años. Ella también murió.

Yo empecé en la Oficina de Referencia. La gente pedía informes sobre un libro, y vos ibas a los ficheros y ayudabas. Después me pusieron a buscar libros. En el sótano había una imprenta. Ahí se había hecho la revista de Groussac, que después mi tío volvió a sacar algunos números, pero él ya los tenía que mandar a imprimir afuera. En mi época, la imprenta hacía las boletas que usaba la gente para pedir libros. Entonces a mí me daban esas boletas y yo salía a buscarlos. Más o menos, me orientaba. Con el tiempo llegué a conocer, no dónde estaba cada libro, pero casi.

Ahí entendí por qué a mi tío le gustaba tanto la Biblioteca. Era un mundo aparte. Era enorme. Era un laberinto. Yo creo que nunca la llegué a conocer toda. Me gustaba perderme. Eso a él también le habría encantado.

4

Una cosa muy buena que hizo la Biblioteca, que creo que fue idea de él, fue dar conferencias los sábados. Mi tío amplió el horario de la Biblioteca hasta la nueve de la noche para que pudiera ir la gente que volvía de los trabajos y también hizo

que abriera los sábados y domingos. Los sábados la Biblioteca cerraba a las seis o siete de la tarde y alguien daba una conferencia. Atrás había un salón grande, un anfiteatro que se usaba para las charlas. Yo trabajaba de lunes a viernes, pero iba los sábados porque me divertía. Ahora no recuerdo quiénes las daban, por ahí si me llama en unos días me acuerdo. ¿Bioy? No, Bioy no. No podía ser porque Bioy no hablaba en público. También se hacían cursos nocturnos gratuitos para la gente del barrio. Dieron clases Wally Zenner, Gregorio Weinberg; mi madre daba clases de dibujo.

Algo que él nunca supo, es que, a veces, después de cerrar, se armaban timbas de truco y generala entre los empleados. No siempre, no quiero manchar a nadie. Nos quedábamos en el sótano. Había cocinas y se armaban unas comilonas. La Biblioteca me gustaba realmente, me sentía muy cómodo y aprendí mucho. Ahí aprendí muchas cosas, mucho lunfardo. Descubrí una cantidad de palabras y situaciones que no conocía. Fue una revelación. Hasta había un pasador de quiniela. Era un mundo. En la esquina había un almacén: era un bar-restaurant y una vez un compañero me dijo que iba a matar a otro y yo le pregunté cómo lo pensaba hacer y sacó un revólver.

5

Él no iba caminando a la Biblioteca. Cómo iba a ir caminando, si desde Maipú y Charcas eran como veinte cuadras. Tampoco lo acompañaba la mucama. Quizá lo llevaba a que se tomara un taxi o lo acompañaba hasta el subterráneo. Aunque parezca mentira, mi tío era un experto en subterráneos. Conocía todas las combinaciones, todas las líneas, por dónde tenía que pasar por abajo, por dónde subir y emerger al lugar que tenía previsto. Una vez me contaron una cosa muy linda que hacía de chico: cuando inauguraron la primera línea de subterráneos, la línea A que va de Primera Junta a Plaza de Mayo, él se escapaba de la casa para ir de una punta a la otra. Le gustaban los subterráneos; yo creo que él tenía una mente un poco así, llena de vericuetos.

Pero sí, sí, era muy caminador. Se agarraba de alguien, se apoyaba en el bastón y salía. La Biblioteca estaba al lado de la SADE y a él le gustaba ir a caminar por ahí y ver el aljibe. Yo lo acompañé muchas veces. En ese libro mío también le

dedico un capítulo a sus caminatas. Todo lo que le estoy contando está ahí, así que esta conversación es un poco al pedo. Tenía muchísimo cuidado al bajar los cordones. Hay un verso de un poema de cuando se estaba quedando ciego, que dice: “El desnivel acecha”. Y después también habla de la ceguera en el “Poema de los dones”, que se refiere a la Biblioteca.

A veces, salía de su despacho y se iba a caminar por la galería que daba toda la vuelta al salón principal. La gente no le prestaba atención. Estaban ahí abajo, leyendo. Quizá, de vez en cuando alguno lo miraba, pero, además, él no lo hacía todo el tiempo. Salía a caminar por el primer piso y empezaba a recitar en voz baja: en ese paseo concebía un poema. Como no lo podía escribir porque ya no veía, salía a pensarlo, y con la rima y la memoria lo iba limando en la cabeza y después se lo dictaba a la secretaria. Lo mismo hacía cuando se iba a Retiro. Tomaba el subterráneo y se iba recitando un poema.

En la Biblioteca, él recibía a la gente, escribía, leía. En Maipú y Charcas yo lo he visto escribir centenares de veces, pasaba por su cuarto y lo veía ahí sentado escribiendo, pero en la Biblioteca ya no podía: entonces dictaba. Tuvo varias secretarias. Me acuerdo de una que se llamaba Leonor Ruiz Díaz. Rodríguez Monegal escribió un libro sobre él, que es muy bueno, y uno de los capítulos se llama “El dictador”. No en el sentido del látigo, sino en el del que dicta. Ahí está explicado cómo se convirtió en un dictador de poemas y prosas breves. No leía ni a mujeres ni a escritores jóvenes. Tradujo el Orlando, de Virginia Wolff, supongo que porque necesitaba plata y porque se lo encajó Victoria Ocampo. Si no, él leía a sus contemporáneos. Hombres. De Bioy, por supuesto, lo leyó todo. Tenía algunos miramientos con Cortázar. Decía que sólo había leído “Casa Tomada”, pero yo sé que le habían leído otros cuentos. Él nunca hablaba en lunfardo —muy de vez en cuando decía alguna palabra—, pero le gustaba mucho La crencha engrasada, de Carlos de la Púa, que tenía poemas en lunfardo y él los recitaba. Mi tío tenía un ingenio verbal increíble. Podía deshacer a una persona con una frase. Cuando Mallea escribió Todo verdor perecerá, él dijo que el libro debería haberse llamado “Todo lector perecerá”. Se sabía de memoria el Martín Fierro. Hablaba mal del personaje, pero él, que era unitario, sabía de memoria el texto de un federal como Hernández. También hay un mito que dice que de chico leyó el Quijote en inglés: eso es un disparate. ¿Para qué iban a tener un Quijote en inglés? Ese libro nunca existió. Esa es una de las tantas supercherías que él inventaba para embaucar a la gente.

6

Una vez me dijo que la ceguera le fastidiaba mucho porque no podía ir a las fuentes. Pese a la memoria extraordinaria que tenía, no confiaba en ella. No podía consultar los libros para hacer un prólogo o escribir la introducción de algo que le gustaba, y es muy difícil conseguir que alguien te lea quince textos distintos. En general, la gente no se maneja bien con los libros. De vez en cuando yo le leía en español y alguna cosa en francés, pero él tenía sus lectores. Especialmente mujeres.

Mi tío era muy enamoradizo. Absolutamente enamoradizo. Se desesperaba. Agarraba el teléfono y uno se daba cuenta a la legua que estaba coqueteando y cuchicheando. Le gustaba invitarlas a comer. Almorzaba siempre con mi abuela, pero a la noche ella comía algo muy frugal y se iba a dormir, y él quedaba en encontrarse con alguien, generalmente con una mujer. Nunca comió en la casa desde que yo era chico. Iba al restaurante del Centro, que le gustaba, o si no a La Corneta del Cazador o al Dorá. También había una cantina por Charcas, a la vuelta.

Me acuerdo de algunas mujeres. Él estudiaba anglosajón. Estudiaba en su casa y en la Biblioteca, y la que iba mucho a la Biblioteca era una mujer muy simpática, muy culta, muy inteligente, que se llamaba Vlady Kociancich. Murió hace poco. Estudiaban anglosajón, inglés antiguo, islandés. También iba mucho María Esther Vázquez. ¿María Kodama? Prefiero no hablar de ella; a lo mejor se conocían de antes.

Cuando mi tío se casó con Elsa Astete, que fue en el 67, yo ya me había ido de la Biblioteca. Me fui en el sesenta y pico: 62, 63. Se casaron en la parroquia Nuestra Señora de las Victorias y después se hizo una fiesta en Maipú y Charcas. Yo creo que se casó por iglesia por inercia, porque todos en la familia se habían casado por iglesia. Se habrá aburrido soberanamente en la ceremonia, pero se la bancó. Y se casó en Las Victorias porque mi abuela y mi madre se habían casado ahí. Era una tradición.

Al principio, él y Elsa se llevaban bien. Él la había querido mucho de joven y después, cuando ella enviudó, él se dio cuenta de que necesitaba alguien porque mi abuela estaba muy vieja y ya no lo podía cuidar, y Elsa apareció en el camino.

Tuvieron uno o dos años felices. Elsa lo cuidaba, le daba de comer bien. El matrimonio duró poco porque no tenían nada que ver. Fue como que mi tío se la sacó de encima. Ella se ponía a mirar la televisión y él ni siquiera sabía lo que era poner la radio. Su mundo eran los libros. No sé por qué se enganchó con ella. Él no se daba cuenta; no buscaba bien a las personas. Lástima que esa mujer no fue María Esther Vázquez. Hubiera sido una gran compañera.

7

Administrativamente, la Biblioteca era de José Clemente, que era el subdirector. Él era el que se ocupaba de los horarios, de la disciplina, de que se pagaran los sueldos. En esa época, pasaba el contador Elizalde y te daba la plata en un sobre. Ahora sería imposible, te asaltan a la salida.

Clemente era una persona fantástica; yo lo quería mucho. Además, era un experto. Se había recibido de bibliotecario en el Museo Social Argentino, en la calle Corrientes, que todavía existe. Ese título le sirvió para que le dieran el nombramiento. Él sabía de las cuestiones administrativas y, entonces, si recibía un expediente, sabía cómo y a quién contestarle. Conocía el lenguaje. Mi tío no entendía nada, no tenía ni la menor idea. No recuerdo haberlo visto sentado con un papel. Clemente redactaba las notas, se las leía a mi tío y él las firmaba. Y las veces que mi tío tenía que ir a encontrarse con un ministro, iban los dos. Hacían una pareja muy buena.

Clemente fue alguien muy importante para él porque, cuando se editaron las Obras Completas en Emecé, fue quien se encargó de la parte gráfica. Esos tomitos grises tan lindos fueron idea de Clemente. Mi tío lo quería mucho y lo respetaba mucho. Clemente estuvo en la Biblioteca hasta el 71. Mi tío se quedó dos años más. En el 73 se dio cuenta qué gobierno era el que venía y él no quería nada que ver. Renunció y pidió la jubilación. Nadie lo presionó.

8

Y hacía algo más cuando salía a caminar. En la Biblioteca hay de todo, por supuesto. Hay libros con encuadernaciones muy lindas y libros de un valor enorme para un bibliófilo o un anticuario. Pero también hay enciclopedias antiguas y obras completas de gente desconocida que nadie pide. La mayoría de los libros de la Biblioteca no se toca, eso es un poco triste. A mí me gustaba verlo a mi tío que se paraba, agarraba un libro —cualquiera: uno al azar—, se lo ponía muy cerca de los ojos, leía las letras de la portada y volvía a dejarlo de donde lo había sacado.

EL DIRECTOR Y LA METÁFORA

1

Martes 28 de febrero de 2023. Esta es la última entrevista para el libro. Son las seis y veinte de la tarde; llegué diez minutos antes, pero Germán ya estaba esperándome. Germán es Germán Alvarez, codirector junto a Laura Rosato del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges de la Biblioteca Nacional. Me había dicho que tenía cosas para decir.

Tiene más o menos de mi edad, es un tipo siempre elegante y de buen humor. Habla con autoridad y una pizca de ironía. Hay una foto de él en la revista Gatopardo en donde se lo ve rodeado de libros, con un jopo alto, un saco de corderoy y un pañuelo largo de seda a lunares. De haber vivido a fines del siglo XIX sería el arquetipo del dandy. Trabajaba en el Archivo Histórico Institucional de la Biblioteca cuando conoció a Laura Rosato, que estaba en la Sala del Tesoro. Era el 2002, una época difícil para el país, y ellos, en medio de reclamos sindicales y ollas populares, se reconocieron hermanados en la pasión borgiana. En medio de los bombos y las bombas, hablaban de "El Aleph", de "Guayaquil", de Funes y Juan Muraña. Me gusta pensarlos como los chicos de Bertolucci en la película del mayo francés. Al poco tiempo habían comenzado una investigación que los llevó durante años en busca de los libros de la Biblioteca que había usado Borges. En 2010 presentaron una primera parte del trabajo en el volumen Borges. Libros y lecturas. Un libro valioso y conmovedor. Hablo de él un poco más adelante.

Estamos en la Confitería London, en Avenida de Mayo y Florida, que, en principio rompe con la simbología borgiana. Si uno tuviera que identificar este lugar con un escritor, sería con Cortázar: la London es el escenario inicial de la novela Los premios. En todas las paredes, de hecho, hay fotos de él, y junto a la vidriera hay una estatua con el pelo y la barba tupida que siempre traté de imitar y nunca conseguí. Es una estatua muy lograda, mucho mejor que las de Borges y Bioy de La Biela. Tiene un habano en la mano izquierda, y en la mesa hay un

libro y una taza. Pienso —e inmediatamente me da pudor la superstición— que siempre debería tener un nescafé caliente. Fue Germán el que propuso vernos acá. Yo hubiera propuesto cualquier bar medianamente silencioso, pero la elección me parece acertada: Borges fue el primero que publicó a Cortázar.

La historia dice que, en noviembre del 46, un autor desconocido le llevó el manuscrito de un cuento a Borges, que era el director de la revista Los anales de Buenos Aires, y este le pidió que volviera a los diez o doce días, que iba a darle una devolución. Pero el escritor cachorro no se aguantó y volvió antes de la semana. Borges entonces lo recibió y le dijo: “En lugar de darle mi opinión, voy a decirle dos cosas: una, que el cuento está en la imprenta, y dentro de unos días tendremos las pruebas; y otra, que ya le he encargado las ilustraciones a mi hermana Norah”. En el número 11 de Los anales salió el cuento “Casa tomada”.

Una digresión sobre aquella revista. Estaba financiada por Sara de Ortiz Basualdo y Borges, que colaboró desde el primer número, empezó a dirigirla a partir de marzo. Esto no solo refuerza la hipótesis de que consiguió la plata para dejar la Biblioteca Cané —empezó a trabajar mientras corría el proceso administrativo por la solicitada de La Nación—, sino que es notable cómo desde ese número cambia la línea editorial y Los anales se convierte en una sucursal del grupo Sur. Aparecen artículos de Ulyses Petit de Murat, Silvina Ocampo, Juan Rodolfo Wilcock, Estela Canto, etc. Borges y Bioy publican los primeros cuentos escritos a cuatro manos con el seudónimo de B. Suárez Lynch.

En los años 50, influenciado por “El Sur”, Cortázar escribió el relato “La noche boca arriba”, que apareció en Final de juego. Estaba todo listo para que entre ellos se profundizara el vínculo —Carlos Gamerro, en Ficciones Barrocas, hablaba de los “cuatro fantásticos” con ellos dos más Bioy y Silvina— pero no les creció la amistad. Los lectores nos la perdimos. Cada uno hablaba bien del otro —en público—, pero con cierta frialdad. Y yo creo que esa distancia no sólo fue por la política. Para mí hubo también un tema de egos. Cortázar fue el único que le disputó la popularidad a Borges. Borges podía ser el gran escritor, pero cuando teníamos quince años, todos queríamos ser el Che, Jim Morrison, Julio Cortázar.

2

—¿Qué opinás de este libro?

Germán me rescata de mis pensamientos. Esta vez no vinimos a hablar de Cortázar, ni de los libros de Borges ni de los 17.000 ejemplares que pertenecían a Bioy y Silvina y que, gracias a las gestiones que Laura y Germán llevaron adelante durante siete años, fueron donados a la Biblioteca Nacional. Le pedí vernos para hablar de José Edmundo Clemente, esa pieza enigmática en el rompecabezas de los años de Borges como director.

—¿Y? —insiste—. ¿Qué opinás?

Habla del librito que acabo de dejar en la mesa, Borges. Director de la Biblioteca Nacional, que transcribe las charlas entre Oscar Sbarra Mitre, director en los años finales del menemismo, y José Clemente. Salió en 1998 en una edición conjunta de la Biblioteca y Página/12.

—Que, aun cuando lo intente ocultar, es evidente que Clemente no lo quería a Borges.

—Yo hablé tres veces con él. Con Laura ya habíamos empezado la investigación de los libros y queríamos saber más. Clemente ya era un tipo grande, era el patriarca de la Escuela de Bibliotecarios. Y cada vez que le preguntaba por los libros, cambiaba de tema y volvía a lo de siempre de Borges, que era esa retahíla de lugares comunes. Yo creo que lo hacía un poco a propósito, como para bajarle el tono. Se cuidaba mucho de hablar bien de Borges. Se cuidaba muchísimo.

—¿Fue buen subdirector?

—Fue un patrón de estancia. Fue bueno en cuanto a la rigurosidad y la exigencia con los empleados, que eran de clase obrera. Muchos estaban desempleados: venían de fábricas que habían cerrado o venían perseguidos. En la Biblioteca se armó una conjunción de empleados públicos, obreros y también de las familias que trabajaban desde antes de que llegara Borges.

—Reformulo la pregunta: ¿Borges podría haber sido director dieciocho años sin Clemente?

—Yo pienso que no. Los últimos dos años, cuando se fue Clemente, le costaron

mucho a Borges. Borges ni siquiera hubiera entrado sin él. En el 55 hubo voces en contra, que decían que era un hombre grande, que no tenía título —y ya había bibliotecarios profesionales como Josefa Sabor y Manuel Selva; tipos que sabían mucho— y que encima era ciego. Hubo resistencias, pero la palanca de Victoria Ocampo era grande. La condición fue que llegara con Clemente, que tenía experiencia porque había sido jefe de la biblioteca del Ministerio de Obras Públicas de la Nación. Pero Clemente no quería aceptar porque se ganaba mal. Él tenía una familia. No podía ganar poco dinero. Entonces Bonifacio del Carril, que era el secretario de Cultura, les subió el sueldo a los dos. La Biblioteca funcionaba por la rigurosidad de Clemente hacia los empleados, que eran bastante poco defendidos por el gremio. Borges —lo dice en el diario de Bioy— siempre buscaba algo conciliatorio porque ellos habían entrado con muy buenos sueldos y los de los empleados eran pésimos, como siempre.

—Una de las primeras discusiones con Clemente es por eso.

—Claro, porque los empleados querían hacer un paro y Clemente le dice a Borges que él no se iba a bajar el sueldo y que esos vayan a trabajar. Por eso te digo que era medio patrón de estancia.

—El sueldo de Borges en la Biblioteca era muy alto respecto de lo que ganaba en la Cané. No pude hacer la comparación exacta por las devaluaciones y cambios de moneda, pero era alto.

—Habría que convertirlo en dólares; yo en algún momento lo hice. Como te decía, les suben el sueldo a pedido de Clemente. Un poco como lo que pasó con Alberto Manguel que, cuando fue director, pidió subir su categoría y quedó muy por encima de la que había tenido Horacio González. Manguel consiguió un contrato por afuera, que después se institucionalizó y le quedó un sueldo de secretario de Estado.

—¿Cuánta gente trabajaba en el tiempo en que asume Borges?

—Muy poca. No llegarían a ochenta, noventa personas. Era una biblioteca muy de suburbio y Borges se sentía bien con ese andar de siesta. Él caminaba por esa alta casa de libros, que era visitada por muy poca gente y el servicio era escaso. Lo que aúna a Borges con la Biblioteca y la Biblioteca con Borges es cómo él toma el legado de Groussac —de Groussac, no de Martínez Zuviría— y pone a la Biblioteca Nacional en el mapa del mundo cuando no tenía nada de especial.

Salvo por la vez que la nombra Lovecraft por tener un Necronomicón.

—En el libro de diálogos, Clemente cuenta cómo era un día de Borges en la Biblioteca y dice que llegaba a la tardecita, a eso de las cuatro, y que se iba a las siete. Borges entraba al despacho, hablaban un rato, tomaban un té y después llamaba a la secretaria para leer o escribir. Era el director, pero no era el director.

—Por supuesto que no. Borges trabajaba para la Biblioteca tal como lo había puesto la Revolución Libertadora. Era un escritor liberal que defendía las ideas liberales. No hablo del liberalismo económico actual: Borges era el escritor que venía a defender la libertad en contra de la dictadura de Perón. Defendía la libertad de pensamiento. Por eso se ofende tanto con el proceso de la solicitada a favor de la Unión Democrática en el 46. Que lo hayan apercibido por eso fue la gota que rebalsó el vaso. Cuando deja la Biblioteca Cané y empieza a dar conferencias, esas conferencias tratan sobre La divina comedia y Las mil y una noches, pero hablan, sobre todo, de la libertad, de lo que pasa con un escritor, de lo que se puede y de lo que se tiene que escribir. Dio una en Corrientes, que era una provincia antiperonista, y al día siguiente el diario decía: “Borges se refirió a la libertad y al escritor argentino”. En los años del peronismo va creando un modelo político que termina siendo presentable para la Revolución Libertadora. Por eso, cuando llega a la Biblioteca Nacional, su función era escribir: escribir para la Revolución. Y él amaga con hacerlo porque apenas se da el golpe le preguntan cómo iba a repercutir en su obra literaria, y parece que fuera aquel chico de los años veinte que había escrito “Rusia” y “Trinchera”…

—El de los poemas del libro de la revolución bolchevique.

—Exactamente, Los salmos rojos o Los ritmos rojos. Y Borges dice que sí va a repercutir y que van a venir obras que le canten a la Revolución. Pero, salvo el “Poema de los dones”, no viene nada. Borges es muy hábil. El gobierno que lo puso en la Biblioteca cae rápidamente y vienen los nacionalistas, y él está en contra del nacionalismo porque siente que se parece mucho al de Perón, y se abre.

—Si Borges llegaba a la tarde y se ponía a escribir en su despacho, el director en funciones era Clemente.

—Clemente llegaba a la mañana, se ocupaba de las tareas de cada día y a la tarde le hacía firmar todo a Borges. En el archivo de la Biblioteca hay documentos con

las formalidades administrativas cotidianas. Nunca como ahí vi una firma tan garabateada de Borges. Estaba totalmente ciego y se ve que le daban los papeles y él los firmaba.

—¿Qué firmaba?

—Todo, hasta las compras del carbón para los braseros, porque te morías de frío en la Biblioteca. La calefacción no funcionaba, se cortaba la luz, se inundaba. El edificio estaba muy venido a menos, se caía a pedazos. La Biblioteca estaba adormilada. Atrás de cada puerta había pilas de libros. Como ya no había lugar, se alquilaban unos galpones de la Fuerza Aérea en Ezeiza para poner las publicaciones periódicas. Clemente primero lo estabiliza y después lo convence a Borges de la importancia de mudar la Biblioteca. Y hace otra cosa muy importante, que es modernizar la Biblioteca con una característica bibliotecológica de la que Borges, no sólo carecía, sino que tampoco le importaba mucho. En el 56 crean la Escuela de Bibliotecarios, empiezan a profesionalizar a los empleados y cuatro años después dan los primeros diplomas.

—¿Qué aprendió Borges de Clemente?

—Clemente era un tipo experimentado con el trato con el lector. Borges habrá sido el gran lector, pero no sabía cómo atenderlos. Clemente sí lo sabía y también sabía cómo había que tratar los libros de una biblioteca. Hay una diferencia entre una biblioteca pública y una nacional, que explicaría por qué no sobrevivieron los libros anotados por Borges en la Miguel Cané, y sólo encontramos algunos inicializados y sellados por él. En una biblioteca pública, los libros están para que se usen y se tiren. Se rompen, los roban, se gastan: el fondo es renovable. Una biblioteca nacional es una biblioteca de guarda y el fondo es un tesoro. Es la historia de nuestra bibliografía nacional. Eso es lo que Clemente le explica claramente a Borges. Le enseña cómo era el servicio que tenía que dar una biblioteca.

—Pero Clemente dice que Borges no usaba la Biblioteca.

—Viste que en el librito Sbarra Mitre le pregunta qué libros usaba Borges en la Biblioteca —y Laura y yo sabemos cuáles son porque están anotados—, pero Clemente dice que Borges tenía una biblioteca propia muy linda y que nunca pedía libros a la Biblioteca. Lo dice como queriendo hacer notar que no tenía

idea de qué había en la Biblioteca. A diferencia de él, claro.

—Ahí también Clemente dice que se va en el 73, que lo obligan a irse cuando llega Cámpora. Incluso al comienzo, la nota biográfica dice que acompañó a Borges durante todo el mandato. Pero no es verdad, Clemente se fue en el 71. ¿Por qué cambia las fechas?

—No lo sé… Clemente se va en el 71 porque ahí es cuando hay un quiebre. Yo creo que la discusión fue, como siempre, por un tema económico. Borges quería defender a los empleados y Clemente quería cuidar el bolsillo. Y si no fue por eso, fue por cómo había que llevar la Biblioteca. O por la mudanza.

—En el diario de Bioy, Borges dice que lo trata con frialdad y que, aunque ya no sean amigos, le reconoce la honestidad.

—Hay un corto circuito en el que Borges le reclama una lealtad perdida a Clemente. Le costó mucho y la relación quedó muy tocada, muy dolida.

—¿Por qué en esos dos años no reemplazan al subdirector?

—Yo pienso —es una conjetura— que Borges se reclina en los dos o tres capitanejos que tenía, que sabían muy bien cómo administrar una biblioteca. Pero ya se veía que mucho más no le iba a dar.

—Clemente contaba que Borges se había ofrecido a escribirle un prólogo, y él, como era muy orgulloso, se lo rechazó. Pero escribieron juntos El lenguaje de Buenos Aires.

—Que después se convirtió en el apéndice de la segunda edición de El idioma de los argentinos, sí. Esa era una práctica habitual de Borges. Lo hacía para tener un lazo de buena amistad. Si te quería seducir amistosa o sentimentalmente, te hacía prólogos. Él les hizo prólogos a muchas mujeres y también escribió libros a cuatro manos. Lo hizo con todos sus amores. Todos los libros de Borges con las chicas se parecen a Borges. Alicia Jurado decía que, cuando escribieron Qué es el budismo, lo único que hizo ella fue actualizar la bibliografía. Otro caso parecido es El libro de los seres imaginarios, que hizo con Margarita Guerrero. Con el único que escribía de igual a igual era con Bioy. Los prólogos eran como una deferencia que tenía hacia vos. La propuesta de escribirle uno a Clemente no pasaba de eso: una deferencia, una buena voluntad. Clemente había sido el que convenció a Carlos Frías, que era el editor de Emecé, de publicar las Obras

Completas de Borges. Vuelvo a los libros que encontramos con Laura en la Biblioteca. ¿Qué son esos libros? ¡La revisión de sus obras! Borges se rodeaba de sus libros y de sus notas para ir viendo los temas, revisar las citas, sacar unas, reponer otras. Por eso están ahí.

—Clemente después fue director en la dictadura militar. ¿Cómo afectó a su imagen?

—No puedo responder a ciencia cierta, pero pienso que, como a todos, le afectó negativamente. Él no tocaba ese tema. Se refugió en la Escuela de Bibliotecarios. Lo que más le dolía era que todo el mundo lo consultara por Borges. Él nunca compitió por el cargo; sabía que lo tenía perdido. Decía: "Borges era la metáfora de la Biblioteca, pero yo era el que la dirigía". En el regreso a la Biblioteca en el 78 sigue dando vueltas la idea de traición, ¿no? Primero lo abandona en el 71, después, como en el 73 era director general de Cultura, Borges tiene que presentarle su pedido de jubilación, y en el 78 vuelve como director. Con Borges todavía vivo.

—En los tiempos de Groussac, la Biblioteca funcionaba como una biblioteca del barrio, que hasta tenía una sala especial para los estudiantes de primaria. ¿Cómo era la relación con el barrio en el tiempo de Borges?

—Estaba totalmente integrada. Como dice Borges, la Biblioteca de la calle México estaba en el centro secreto de Buenos Aires. Tenía una gran circulación de vecinos. Eso es notable. Vos subís tres escalones y ya estás en la sala Moreno. En la sede de Agüero tenés que subir seis pisos por ascensor o doce por escalera. Apenas llegó Borges, consiguió un aumento presupuestario y extendió el horario para que el público trabajador pudiera ir a estudiar. Varias veces repite que él, al contrario del gobierno peronista que fomentaba la idiotez, quería hacer en la Biblioteca Nacional una extensión cultural para la gente. Arman cursos, empiezan a dar conferencias los fines de semana. Eso que era para muy pocos en la época de Groussac y que no existía en la de Martínez Zuviría, Borges lo hace para todos. Y es algo que llega hasta hoy, con un Departamento de Extensión que da talleres y hace muestras.

—¿En qué se diferencia la Biblioteca actual de la de México?

—La Biblioteca Nacional hoy cumple las funciones de una biblioteca universitaria. ¿Por qué? Porque las bibliotecas universitarias no pueden

responder a la cantidad de estudiantes que tienen. Están rebalsadas. Entonces la Biblioteca acoge a los estudiantes universitarios que piden algún material, pero que en general van con el suyo propio. La actual Biblioteca Nacional no forma parte del barrio como México. Es que el Barrio Norte es tan ficticio que ningún vecino usa la biblioteca; la gente que usa la Biblioteca es gente que específicamente va a la Biblioteca. Son públicos diferentes, por eso queremos recuperar esta sede.

3

José Clemente es autor de La estética del lector, un libro raro que escribió antes de llegar a la Biblioteca, pero con la experiencia del trabajo en Obras Públicas. Digo que es extraño porque comienza como un elogio al lector, a quien le da un status similar al del autor en una suerte de reelaboración de “Pierre Menard, autor del Quijote”, pero luego, con el afán de caracterizar a distintos tipos de lectores, cae en generalizaciones y clasificaciones muy esquemáticas.

El eje central del libro es la bibliopsicología, una disciplina que estudia la relación entre los libros y los lectores, y funciona como un manual introductorio para bibliotecarios. Es evidente la vocación pedagógica que atravesaba la vida de Clemente y que Germán Álvarez destacaba en la entrevista. Se ve cómo ya pensaba en la profesionalización de la actividad mucho antes de que crearan con Borges la Escuela de Bibliotecarios.

Es interesante cómo Clemente les asigna un importante rol social a los bibliotecarios, señalando que la función principal que tienen es la de acompañar a los lectores en su camino. “La selección bibliográfica constituye el principal problema del lector no iniciado. La impresión de éste cuando concurre por vez primera a una biblioteca o una librería es de profunda desolación”, escribe. El bibliotecario, entonces, debe actuar como un agente pedagógico, como un maestro. “Mientras que a un crítico le interesa la jerarquía intelectual de una obra, a nosotros nos preocupa la dificultad que el lector debe superar para comprenderla”.

Encuentro en la propuesta de Clemente un vínculo con la Teoría del Desarrollo

Próximo, de Lev Vygotsky, un autor que estudiamos todos los que pasamos por un profesorado. Pero, si bien el trabajo de Vygotsky es muy anterior al libro de Clemente —Vygotsky murió en el 34—, su teoría recién comenzó a difundirse en la década del 60. La teoría del desarrollo próximo propone que el aprendizaje se da a través de pasos o saltos entre el nivel que el alumno ha alcanzado y el potencial al que podría llegar acompañado por un maestro o un par. “Un libro, para nosotros”, dijo Clemente, “es ante todo una resistencia que el lector debe vencer”. Y más adelante: “La orientación del lector inexperto debe encarrilarse metódicamente y sin transiciones bruscas”.

El bibliotecario no juzga, no impone, no disciplina: comprende, instruye, acompaña.

BORGES EN LA BIBLIOTECA

Borges en su despacho, atento a la lectura de la secretaria. Borges en el escritorio circular de Groussac. Borges quieto casi sin respirar delante de las cámaras de Annemarie Heinrich, Karim Makarius, Anatole Saderman, Sara Facio, Alicia Damico. Borges con los ojos cerrados, con el ceño fruncido, con la vista perdida, soñando despierto, serio, a punto de llorar, riendo a carcajadas, tomado por la furia. Borges delante de la placa de bronce que dice “Biblioteca Nacional”. Borges detrás de unos biblioratos enormes. Borges junto a un globo terráqueo. Borges parado, sentado, apoyado en el bastón, con libros atrás, con libros a los costados. Borges tan concentrado en la conferencia de Bioy padre como desatento en la introducción de José Clemente. Borges dando clases de literatura a los vecinos. Borges preparando sus clases de literatura inglesa para la facultad. Borges estudiando las sagas germánicas. Borges obsesionado por Beowulf. Borges esperando ansioso la llamada de una mujer; Borges llamando ansioso a esa mujer. Borges pidiendo que descuelguen o desconecten un teléfono que no para de sonar. Borges preguntando por enésima vez cómo decía el verso que acaba de dictar. Borges corrigiendo sus poemas para la publicación de la poesía reunida. Borges corrigiendo los cuentos para la publicación de sus obras completas. Borges esperando a Bioy. Borges esperando a Alicia Jurado. Borges esperando a Leonor, a Norah, a Miguel. Borges riendo junto a María Esther Vázquez, dedicándole el “Poema de los dones”. Borges amando en secreto a María Esther, preparando las giras junto a María Esther. Borges destrozado porque ella se casó con otro —“Para mí, Borges era más viejo que las pirámides”—. Borges hablando con estudiantes. Borges hablando con políticos. Borges amenazado. Borges, como cultor de la tradición de Groussac, preparando la revista de la Biblioteca: Groussac dejó de publicarla por presiones políticas; Borges por falta de presupuesto. Para el primer número Borges escribió “El simulacro”. Borges hablando de Evita: esa prostituta. Borges discutiendo los pormenores de la trama de Los orilleros junto a Bioy y Ricardo Luna. Borges y el consejo que le dio a Mugica cuando filmó “Hombre de la esquina rosada”: sea infiel. Borges escuchando discos de Atahualpa. Borges elogiando a Arlt, criticando a la Academia Nacional de Letras, discutiendo el lunfardo. Borges preguntando por la plata, la pasta, el pecunio. Borges: a veces sutil, siempre libresco. Borges preparando su viaje a Texas. Borges en casi de mangas cortas,

con saco cruzado, con corbata, sin corbata, con frío. Borges en plena confabulación con Bioy para liberarse del matrimonio con Elsa Astete: descartaron viajar a Pardo. Borges hablando con Norman Thomas di Giovanni. Borges esperando el Nobel, esperando el Nobel, esperando el Nobel, esperando a María Kodama. Borges hablando mal de Sábato y de Piazzolla. Borges leyendo a sus contemporáneos, los griegos. Borges en la escalera, en los pasillos, suspirando frente a una ventana, extrañando el color negro, sonriendo al vacío.

AGÜERO 2502

1

La sede actual de la Biblioteca nunca me gustó. Es un edificio tosco. Feo. De afuera parece un búnker. Adentro se empeña en el retrofuturismo típico de los años 60. Hay un cuento de Esteban Castromán que muestra claramente el imaginario que se crea en torno al edificio. Se llama “La variable egoísta”. Empieza con una rave en la terraza y, de pronto, unos terroristas dinamitan la base, la mole cae de costado, se da vuelta y los personajes tienen que escaparse en un mundo invertido. La Biblioteca como escenario postapocalíptico. La sede actual nunca me gustó, y sin embargo tiene algo que me convoca. Me convoca hasta el ruido que hacen los baldosones de la explanada.

Empecé a venir en la adolescencia. Tengo el recuerdo de haber pasado mucho tiempo cuando estaba en el secundario; un recuerdo que evidentemente es falso porque se inauguró en el 92, el año que terminé el colegio. Después sí vine mucho. Venía a estudiar a la hemeroteca, que está en el primer subsuelo. Entraba con cuadernos, apuntes y un discman con CDs de Pat Metheny y Pink Floyd. La hemeroteca es un territorio irreal. Podría estar en el fondo del océano o suspendida en el espacio. Uno habla y es como si las palabras cayeran al piso. Todos los lugares en donde el silencio se impone con una fuerza monolítica me dan esa sensación de irrealidad. Ahora pienso que por eso traía el discman.

Han pasado treinta años y la hemeroteca sigue igual. Tal vez exista una teoría sobre el ruido y el paso del tiempo. Las mismas mesas blancas con atriles enormes para los biblioratos, las mismas sillas de madera y metal que son inesperadamente cómodas. Apenas si pusieron unas computadoras para hacer consultas, que casi nadie usa. Las ventanas largas y angostas tienen los bordes redondeados. Parecen escotillas. Y como están a la altura del nacimiento del parque, la perspectiva acentúa el extrañamiento. No recuerdo si hay señal del celular; de todas maneras, creo que nunca usé el teléfono salvo para sacarles fotos a algunos documentos. La hemeroteca tiene dos salones. En el primero se

puede hablar y están disponibles los diarios y las revistas de la semana. Me encantaba ir a la Biblioteca y pedir El Gráfico. Era una transgresión cándida, pero inevitable. El salón de atrás, donde no se puede hablar ni entrar con bolsos, tiene un gran tragaluz redondo en el centro. En una época tenía problemas de filtraciones, por lo que durante varios meses hubo unos baldes que seguían la circunferencia de la ventana. Diez baldes amarillos, naranjas, verdes, azules. Parecía una instalación.

Cursaba en el profesorado cuando empecé a usar la sala de lectura del quinto piso, que es donde se piden los libros. Iba a buscar los libros de Bruner y Perkins, que no se conseguían en el mercado de usados; todavía no existía Mercado Libre. Desde ahí se veían los edificios de Libertador, la facultad de Abogacía, las vías del tren, las dársenas y más allá el río. Los días despejados se llegaba a ver la costa del Uruguay. En la puesta del sol, el cielo se prendía fuego y le daba a la sala un tono naranja cremoso. Romantizo el recuerdo, es inevitable. Después se hacía de noche y era la señal para volver a casa. Los fines de semana también iba, pero no entraba. Me quedaba en la plaza que da sobre Libertador. Me tiraba al costado del monumento a Rubén Darío —que después lo mudaron a la plaza de enfrente para poner el de Evita—. Me gustaba leer en el pasto. A veces me ponía los auriculares y me quedaba mirando a los skaters que bajaban por Agüero y República del Líbano cuando cortaba el semáforo.

En la Biblioteca —en el Museo de la Lengua, en realidad— presenté mi primer libro. Y cuando trabajé en Filba organicé varias actividades en la sala Borges del primer piso. Por mi trabajo entrevisté a todos los directores. Dos veces a Horacio González en su despacho, que tenía una mesa tapada de libros y un busto de Borges en una ventana. González era brillante; puedo entender por qué Beatriz Sarlo, aún enfrentados políticamente, lo respetaba tanto. También lo entrevisté varias veces a Manguel. Para diferenciarse de González había movido su oficina a otro piso; tenía un despacho más chico, con lugar para un escritorio, una mesa baja y un par de sillones. En la pared del fondo había una bandera argentina. Manguel nunca me despertó gran admiración, pero tuvo la enorme gentileza de recibirme el día que renunciaba al cargo. La Biblioteca estaba convulsionada y él me dio media hora para hablar de Borges. “Ahora los dos vamos a extrañar a la Biblioteca”, me dijo. Elsa Barber fue subdirectora de González y de Manguel. Su paso como directora fue breve, no sé si llegó al año. Estuvo en el período que va desde la renuncia de Manguel hasta el cambio de gobierno.

Históricamente, la persona al frente de la Biblioteca cumple un rol político de

mucha exposición. Durante el enfrentamiento de Cristina Kirchner con el campo, González organizaba en los encuentros de Carta Abierta. También se opuso —y le valió un reto de la presidenta— a que Vargas Llosa inaugurara la Feria del Libro. La administración de Alberto Manguel se basaba en la gestión y buenos modales, como queriendo replicar la manera en la que quería mostrarse Macri. Se fue con una excusa de salud que no lograba ocultar la frustración de manejarse con un presupuesto muy exiguo. “La verdad es que en la Biblioteca Nacional no tenemos un mango ni para comprar café”, dijo en una entrevista. Barber, bibliotecaria de carrera, se ocupó de renovar el sistema de catalogación y de otras cuestiones que, aunque importantes, eran demasiado técnicas como para que los ciudadanos de a pie pudiéramos valorarlas en su real dimensión.

En diciembre de 2019 escribí un tuit agradeciéndole al presidente Alberto Fernández la propuesta de dirigir la Biblioteca, pero la declinaba respetuosamente. Era un chiste tonto —no lo conozco a Alberto Fernández; tampoco lo voté— y ni siquiera era original: había hecho lo mismo que Tomás Balmaceda, cuando cuatro años antes le agradeció a Horacio Rodríguez Larreta el Ministerio de Cultura de la Ciudad. Publiqué el tuit y apagué el teléfono: estaba en el cine. Cuando lo volví a prender, tenía varios mensajes de periodistas que me preguntaban por el tema. Al día siguiente, en Clarín usaron mi tuit para decir que la Biblioteca no podía estar acéfala. Antes de fin de año, Juan Sasturain se convertía en el nuevo director. En el acto de presentación, Juan se acercó a mí y me dijo: “Vos sos el culpable de todo esto”. No le creí, por supuesto, pero le agradecí que me hiciera sentir parte de la historia.

2

Borges no quería irse de México y aprovechaba cada oportunidad que tenía para criticar el traslado. La nueva sede era el sueño de Clemente, quien, ya en 1957, había empezado una campaña de prensa y había mantenido reuniones con varios funcionarios y ministros por el tema. Es notable que el subdirector se moviera con tanta autonomía, pero verifica el hecho que Borges nunca le fue por atrás. “Haga lo que usted quiera, yo lo apoyo en todo”, dice Clemente que le había dicho Borges, “pero conste que a mí no me interesa ni me gusta ni pienso estar en esa nueva Biblioteca”.

Casi todas las personas que entrevisté me dijeron que Borges no quería irse de México porque le gustaba el barrio. Yo creo que es una verdad a medias. México era el barrio Sur y el recuerdo de los viejos cuchilleros, pero era también el lugar de las tardes de la infancia con el padre y el descubrimiento de las enciclopedias. Era el fantasma de Groussac. Era la especie de Paraíso del “Poema de los dones” y las escaleras de “La lotería en Babilonia”. México era la Biblioteca y la Biblioteca era Borges.

Hubo varios proyectos de mudanza. El primero fue el único que realmente entusiasmó a Borges. Le habían ofrecido trasladarse a la Fundación Eva Perón, en Paseo Colón al 800, donde ahora está la Facultad de Ingeniería. A él le había gustado porque, además de estar en el barrio, era sobre todo una suerte de revancha personal: la conquista del territorio enemigo. Fue Clemente el que se opuso, con una cuota de sentido común. La Fundación tenía una carga simbólica y emocional muy pesada. Llevar hacia allá la Biblioteca de un antiperonista era una provocación. Además, el lugar tenía los mismos inconvenientes de México y más pronto que tarde iban a estar lidiando con todos los conflictos que tenían ahora. Lo mejor era conseguir un terreno y que les hicieran una Biblioteca nueva.

Ahí aparecen varios planes. Uno: levantar un edificio gemelo al de Obras Públicas en la 9 de Julio. Otro: replicar el de la Facultad de Derecho, en donde ahora está Canal 7. Otro más: hacerla en la Rural. Los dos se descartaron por cuestiones presupuestarias; el tercero por política. El entonces presidente Arturo Frondizi no quería o no podía peleárselo al campo.

A cambio, les ofreció uno de los pocos terrenos fiscales que quedaban: la manzana de tres hectáreas que estaba conformada por Libertador, Agüero, Las Heras y Austria. Ahí había estado el Palacio Unzué, que había sido la casa presidencial de Perón y Lonardi había mandado a demoler. Ahí también había una carga simbólica, pero no tan potente como en la Fundación. Y Frondizi encontró en la nueva Biblioteca un camino de integración para el país. “Cuando los gorilas quieran investigar”, dijo, “tendrán que hacerlo donde vivieron Perón y Evita, y en el caso de los peronistas, que pregonaban ‘Alpargatas sí, libros no’, no encontrarán la casa de su líder sino la Biblioteca Nacional”. El decreto de Frondizi que entregaba el terreno es de mayo del 60. La nueva sede se inauguró en abril del 92. Pasaron treinta y dos años.

A la vez que la Biblioteca de México se fusionaba con la figura de Borges y

crecía en prestigio, la de Agüero se convertía en el modelo de la inoperancia, la desidia, la incapacidad política, el fracaso argentino. “Ni usted ni yo la vamos a ver terminada”, le había dicho Borges a Clemente. Pero en gran medida él fue el responsable de las demoras. Sin su compromiso, todo se hacía lento, cansino. Desde que se llamó a concurso hasta que se eligió el pliego ganador pasaron seis años y medio. Y Borges no formó parte del jurado. Cayó en Clemente la responsabilidad de definir entre las dos propuestas finales; se decidió por la del estudio de Testa, Bullrich y Cazzaniga. Clemente sabía que no era una obra agradable a la vista, pero sí era funcional. Tenía los depósitos en el subsuelo, lo que ayudaba a preservar los ejemplares —la luz del sol es una amenaza; un texto quemado es un texto perdido—, y mantenía la arboleda del parque. Borges nunca matizó su desapego. “Parece una máquina de coser Singer”, dijo cuando le mostraron la maqueta. Pero hizo una observación muy perspicaz: si los libros estaban en el subsuelo y los lectores iban al 5to. piso —que, en realidad, era el décimo— iban a tener problemas con los ascensores. Y así fue hasta bien entrado el siglo XXI. Recién con Horacio González se terminaron de arreglar.

La piedra fundamental se fijó el 13 de octubre de 1971, once años después del decreto de Frondizi. En el evento estuvieron presentes Gustavo Malek, el ministro de Cultura y Educación, y los secretarios de cada rama. Por supuesto, también Borges y Clemente, que para entonces ya había dejado la Biblioteca y era director general de Bibliotecas. El diario La Nación publicó al día siguiente una brevísima crónica con foto y dos columnitas, en donde decía que la entrada iba a estar sobre Libertador —como cabría esperarse, como está sobre Libertador el Museo de Bellas Artes— y no sobre Agüero. Borges estaba resfriado y fue de mal humor. En las fotos aparece con una boina y un sobretodo grueso. No sé si habló esa tarde; la nota de La Nación no lo dice. Habló, sí, Malek, que dio un discurso más bien anodino y terminó con un lugar común: “Que la Biblioteca que hoy impulsamos continúe siendo la bandera fraternal que pensaron los que iniciaron la patria”. Desde ese día y hasta el momento en que se fue, Borges operó activamente para frenar la construcción. En las conversaciones con Francisco Bullrich —que llamaba para reclamar pagos— le decía que abandonara el proyecto, que esa Biblioteca nunca se iba a hacer. Un año después de la colocación de la piedra basal todavía no se había licitado la excavación del terreno.

Pero, si Borges era el principal responsable en la dilación y él dejó la Biblioteca en el 73, cómo se explica que todavía se haya tenido que esperar dos décadas para la inauguración. La causa, para mí, es fundamentalmente económica. El

tercer gobierno de Perón atravesó una crisis muy grave que hizo que se pararan las obras, y luego, con la dictadura, fueron suspendidas indefinidamente. En ese caso, me arriesgo a decir que fue por el Mundial 78. Primero por la remodelación de los estadios y las autopistas, y luego porque la condición para hacer el torneo en la Argentina era la televisación a color —para el exterior; nosotros, salvo por quienes iban a ver las transmisiones al cine, lo veíamos en blanco y negro— y la construcción de Argentina 78 Color demandó casi cien millones de dólares. A eso le continuó la guerra de Malvinas, las crisis económicas, la hiperinflación. En el inconsciente colectivo, la Biblioteca de Agüero no está asociada a hechos de corrupción sino a la imposibilidad de sostener proyectos a largo plazo.

3

Houses live and die

T. S. Eliot, Four Quartets, II.

Soy vieja, revieja.

Manuel Mujica Lainez, La casa

México se inauguró el 27 de diciembre de 1901. En esa zona del barrio Sur —al que ya podemos decirle Monserrat— todavía no había pavimento ni alumbrado eléctrico. Pero ese día nadie reparó en eso: tan admirados estaban con el edificio. México era un edificio lujoso, pero sin ostentación. Las arañas de la entrada le daban un aire de elegancia, los bustos —como el de Mariano Moreno— lo cargaban de solemnidad. Los muebles habían sido fabricados por la Compañía

Descotte, la misma que unos años después iba a proveer al Teatro Colón. El sol entraba por los ventanales de la sala de lectura y un viento fresco corría desde el jardín de las palmeras. Unos doscientos invitados recorrieron las salas. Además del presidente de la Nación, Julio Argentino Roca, estaban los embajadores de Inglaterra, Austria-Hungría, Brasil, Perú; también Carlos Pellegrini, Mariano de Vedia, Juan María Gutiérrez y el monseñor Sabatucci, y diputados, senadores y varios generales. Todos hablaban del ascensor: México fue el segundo edificio de Buenos Aires con ascensor, después del Jockey Club. México era la quintaesencia de la modernidad. Las notas en La Prensa y Caras y Caretas son hiperbólicas. Dicen: "magistral", dicen: "notable", dicen: "exquisito", dicen: "magnífico", dicen: "fiesta", dicen: "futuro". El acto inaugural se hizo en el anfiteatro posterior, donde el público se acomodaba en gradas tapizadas de terciopelo verde. Groussac, primero, y el ministro Serú, después, fueron escuchados por un público respetuoso, casi atento. Hubo periodistas de medios extranjeros, como un tal Guimarães, que era el corresponsal del Journal de Commercio. En las primeras filas, señoras vestidas de blanco y con unos sombreros enormes le hacían frente al calor y la humedad de diciembre como podían. Después de los discursos, una orquesta dirigida por Alberto Williams ejecutó la Sinfonía en sol menor, de Mozart, el Idilio de Sigfrido, de Wagner y la Última primavera, de Grier. El cierre fue a las seis de la tarde con un brindis y un largo aplauso al arquitecto Carlos Morra, que quiso restarse importancia. Alguien dijo o escribió que México era una gran labor colectiva de la civilización y la cultura que hará recordar al obrero cuando éste ya no exista.

Agüero se inauguró el 11 de abril de 1992. Las obras se habían reiniciado un año antes, el 2 de enero de 1992. La apertura fue uno de los eventos políticos y culturales más importantes del año. Fue cubierto por todos los medios y hasta por revistas especializadas en arquitectura, que explicaban la función de cada piso, la manera en que se aseguraba una temperatura ambiente de 25° y una humedad constante de 50 % en verano y 20 % en invierno. Argentina es un país demasiado propenso a símbolos y monumentos. Cada gobierno dedicó una atención especial a producir signos que perduren, que se vuelvan elementos centrales de la argentinidad. Y cada gobierno que vino después dedicó una atención especial a destruirlos y reponer los propios. En los edificios, los parques y las estatuas de la ciudad de Buenos Aires se ocultan viejas heridas y cicatrices. Menem, que había firmado el indulto a los militares genocidas y que propuso demoler la Escuela de Mecánica de la Armada y en su lugar hacer una "plaza de la concordia", encontró en Agüero la reivindicación de la historia. Con la Biblioteca se cerraba el ciclo que había comenzado con la muerte de Eva. La

Biblioteca “gorila” de la que había hablado Frondizi ahora la fundaba un presidente peronista.

Según los diarios, Agüero estaba terminada en un 97 %. No sé cómo se mide el porcentaje de avance de una obra, pero es seguro que aquel número era demasiado optimista. Un día antes, el recorrido para periodistas había debido suspenderse. El ruido de las amoladoras y los martillos era ensordecedor. En los pisos superiores, los cables estaban tirados y amontonados sin orden. La inauguración, entonces, fue la inauguración de un sector. A diferencia de cuando se inauguró México, en esta todavía no permitía el ingreso del público. Leyendo las notas de aquellos días veo que en mayo se habilitó únicamente la hemeroteca y me hace pensar que mi recuerdo tal vez no sea falso sino exagerado. Tal vez ese año sí fui, pero menos de las que creía. Está claro que sólo podía ir al subsuelo.

La ceremonia oficial se hizo en el playón cubierto de la entrada. Entre invitados y público general, hubo alrededor de tres mil personas. Acaso Menem no estuviera al tanto de que con su presencia repetía de Roca. Dicen las crónicas de Clarín y La Nación que fue un acto sobrio y que Menem comenzó citando el “Poema de los dones” y dio un discurso en el que, antes que exitismo, transmitía un tono de alivio.

Con el menemismo comenzó un proceso de farandulización de la política y aquella tarde estuvieron presentes muchos famosos, como Susana Giménez, Roberto Pettinato, Bernardo Neustadt, Graciela Borges, Gino Bogani, Juan Verdaguer, China Zorrilla, Rolando Hanglin. También estuvo Arturo Frondizi: debe haber sido uno de los pocos actos de la historia del país en donde, con justicia, se hizo partícipe a un presidente anterior. De otro partido, además. A María Kodama le preguntaron qué hubiera dicho Borges en ese momento. Borges había muerto seis años atrás y Kodama era una celebridad. Su respuesta me resulta paradójica, falsa, de compromiso: “Hubiera dicho más vale tarde que nunca”.

4

“Trasvasamiento”. Esa palabra con ecos del peronismo fue la que se usó para designar el traslado de libros entre las sedes. Había que mover un millón doscientos mil ejemplares y estaba previsto que se tomaran por lo menos tres años, pero se realizó en apenas diecisiete meses. No siempre es una buena noticia que los procesos tarden menos de lo programado.

Inicialmente se habían contratado especialistas y traductores que analizaron cómo habían sido experiencias similares en Europa: en Francia, Italia y Alemania, sobre todo. Había que envolver a los libros en una tela especial, luego se acomodaban en cajas y de ahí a unos camiones especialmente preparados para el viaje hasta Agüero, donde se los recibía, se les hacía un tratamiento para quitarles la tela y se los destinaba a su ubicación ya definida.

Pero entonces la política empezó a presionar. Menem quería la reelección y, para eso, el peronismo debía ser contundente en las elecciones legislativas de octubre del 93. Ahora que la Biblioteca era símbolo de eficacia y modernidad, había que capitalizar un nuevo logro. Con ese objetivo se abandonó el procedimiento de preservación y, para aumentar la cantidad de manos, destinaron a los chicos que estaban haciendo la conscripción. Yo no hice el servicio militar; zafé por número bajo. Irónicamente fueron los colimbas de la clase 74, la mía, los que mandaron a la Biblioteca. Prontamente la mudanza se volvió un caos. Se hizo un agujero en el piso de la sala principal —que todavía está— y se instaló un montacargas donde los chicos metían las cajas y de ahí las tiraban en los camiones. Había libros que se caían, se perdían, se arruinaban. El personal de la Biblioteca miraba impotente cómo los soldados pateaban las cajas de una punta a la otra. Muchos renunciaron; no toleraron ser cómplices del desmadre.

El 21 de septiembre —día de la primavera; quince días antes de las elecciones— fue la ceremonia de cierre. Había avisos en los diarios que invitaban a los vecinos para que fueran a “despedir el último libro de la vieja biblioteca de la calle México en su viaje a la nueva Biblioteca Nacional”. Fue todo tan desordenado que hasta ese último acto resultó caricaturesco.

Hay una foto del primer libro que entró en Agüero: un empleado de apellido González —Gonzalito le decían— llevaba en una carretilla los biblioratos del diario La Nación. No hay foto del último. Se suponía que Enrique Pavón Pereyra, el director de la Biblioteca de entonces, iba a trasladar un ejemplar de la primera edición del Martín Fierro, de 1876. Pero, dice la crónica de Clarín que “por alguna razón” no se pudo cumplir. En su lugar, se trasladaron los cien

tomos de la colección Documentos inéditos de España de 1880. En un destacado, la misma nota decía: “Ninguna autoridad de la Biblioteca supo informar cuánto tiempo llevará ordenar esos volúmenes y en qué momento podrán ser consultados por el público”.

MÉXICO 564

¿Quién nos dirá de quién, en esta casa,

sin saberlo, nos hemos despedido?

1

La entrevista empezó hace un rato, pero tardé en darme cuenta de que me había olvidado de prender el grabador y lo primero que se escucha es una puteada mía por lo bajo. Y después: “Ahora sí, ahí te estoy grabando”.

—… y además lo usaban para las clases de anglosajón de los sábados —dice Laura Rosato.

Laura es, junto con Germán Alvarez, codirectora del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges, que depende de la Biblioteca Nacional. Hoy es 7 de septiembre de 2022 y nos vemos en la antigua sede de la Biblioteca, en la calle México. Estamos en la sala de reuniones del primer piso que justamente se llama Jorge Luis Borges. En este salón, Borges se reunía con sus amigos, estudiaba y también recibía a los visitantes que venían a verlo. De alguna manera, yo, al venir a hablar de él, siento que continúo con el rito.

Esta es la única parte del edificio que está bien cuidada. Después de años de abandono, en México hay graves problemas estructurales. Ya era así desde la época en que asumió Borges, pero ahora está en un estado crítico. El agua se filtra por los techos y entra por las cañerías del subsuelo. Hay grietas en las paredes. La humedad arruinó el parquet y faltan baldosas. Las escaleras de mármol están comidas. El peso de los libros afectó las columnas y las paredes. En la sala principal, que antes se llamaba Mariano Moreno y ahora Alberto Williams, tuvieron que poner una red a la altura del segundo piso por posibles

desprendimientos del cielo raso. En una de las columnas del frente, la segunda desde la derecha, había un nido de hornero; en otra había empezado a crecer hierba silvestre. Entre escombros, puertas clausuradas, estatuas cubiertas con lonas y escaleras tapadas con listones de madera, la Biblioteca es el Hotel Overlook. Si me quedara a la noche, vería fantasmas. Here's Georgie!

En 2018 se licitó el proyecto de restauración, pero por una serie de postergaciones y después por la pandemia, recién ahora las tareas empezaron a ganar velocidad. La empresa a cargo hizo un estudio con fotos de época y materiales originales. En un caballete de unos diez o doce metros que está en la sala de lecturas hay muestras del foyer y los patios. Hay imágenes de las arcadas, de los ornamentos de las columnas; hay muchas fotos de Borges que muestran en segundo plano cómo era el edificio. En el caballete también está detallado el plan de recuperación etapa por etapa. Recobrar el brillo perdido parece imposible, pero en general todos comparten un clima de optimismo. En cada sector se enumeran las acciones hechas y las por hacer: limpieza, impermeabilización, trabajos de carpintería, renovación de chapas y zinguería, reemplazo del sistema eléctrico, desmonte de paneles metálicos, reposición de piezas faltantes, etc. Hay lugares en donde es obligatorio usar casco y otros en los que directamente está prohibido el paso.

México está cerrado al público y mi presencia aquí es una excepción, gracias a las gestiones de Laura. Tengo mensajes de ella en los que me dice: “¿Podés venir la semana que viene?”, “Este lunes a las 14”, “El miércoles a las 11”, “El próximo martes a la misma hora”. “Te juro que no te estoy peloteando”. “Este miércoles a las 14.30”. “El jueves”. “¿Mañana?”. “¿Podés venir ya?”.

En el salón donde estamos se hacen las reuniones oficiales. Aquí vienen Juan Sasturain, actual director de la Biblioteca, y Tristán Bauer, ministro de Cultura. Aquí los arquitectos dan cuenta de sus avances. Es una habitación elegante y melancólica, que debe medir unos seis o siete metros de largo por cuatro de ancho. Una araña estilo Beaux-Arts cuelga perfectamente alineada sobre una mesa de caoba brillante rodeada por media docena de sillas de cuero. El sol entra por los ventanales y deja un reflejo veteado en el piso plastificado. Hay varias sillas dispuestas simétricamente en la pared junto a una gran chimenea que no se usa desde los tiempos de Borges —él sí la usaba: hay actas en las que pide carbón y leña—. Las paredes, revestidas de madera hasta media altura, terminan con un empapelado verde pálido que tiene un motivo de sauces o palmeras. Dicen que acá murió Paul Groussac.

Siento admiración y envidia por los hombres que mueren en medio de su tarea, su pasión. Es la mejor forma de morir, mucho mejor que morir durmiendo. Para los nórdicos, morir en la batalla significaba alcanzar un grado de dignidad que les abría las puertas del Valhalla. Yo creo que escribir es una batalla que se libra palabra a palabra. Si pudiera elegir mi muerte, sería como la de Groussac. O como la de Borges, que en sus últimos días pedía que le leyeran el pasaje del Quijote de la muerte Alonso Quijano: entrar en la muerte como se entra en la ficción.

Dos puertas a cada lado llevan a la oficina del director —tiene una antesala— y del subdirector. La de Borges está desolada. Tan grande como este salón, tiene una biblioteca vacía, un escritorio y una silla que alguna vez fue blanca y no hace juego. La pintura de las paredes está manchada de hollín, los listones de madera del piso están muy gastados. En una repisa precaria hay una estatuita de arcilla de unos veinte centímetros de un Borges sentado y agarrado al bastón.

Laura y Germán ocupan el despacho que fue de Clemente, que, si bien comparte la austeridad general, tiene la calidez propia de los espacios de trabajo: hay termos y tazas, hay cuadernos espiralados, biromes —muchas sin tapa—, resmas de papel, apuntes, fotocopias, hay libros y una vieja computadora de escritorio. Da la impresión, incluso, de que tuviera mejor luz. Hay también un par de bibliotecas angostas completamente ocupadas por libros de y sobre Borges. Tengo la intuición de que no pasa un día sin que ellos no lean algo de él.

2

Laura me lleva a recorrer el edificio. Empezamos por el subsuelo, que está casi completamente cerrado por las obras. Nuestros pasos retumban por la escalera. Abajo, a la izquierda, hay un lugar donde se amontonan cascotes y otros materiales de construcción. A la derecha unas planchas de madera corrugada interrumpen el paso. Por entre las hendijas veo a tres personas con cascos amarillos estudiando un plano. Laura me cuenta que alguna vez Borges llamó al almirante Rojas —el líder de la Revolución Libertadora a quien él más admiraba — para que viniera a conocer la Biblioteca. Lo recibió precisamente en este lugar. Rojas bajaba la escalera y Borges lo esperaba muy compenetrado. Y

cuando lo tuvo adelante, se cuadró y le hizo una venia con un movimiento que quería ser serio, pero que los empleados que los rodeaban lo consideraron ridículo.

—Esta escalera —me dice— es la escalera curva que se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas, de “El libro de arena”.

No puedo ocultar la emoción. Me da pudor reconocerlo, pero es así. Debería ponerle capas de teoría, y decir que no son la misma, que aquella escalera en realidad no existe en este plano de la realidad, que es un dispositivo de la ficción, pero la veo y me emociono. Callo. Subimos por la escalera del cuento y desembocamos en el hall central. Aquí hay otra escalera, que lleva hacia las oficinas del primer piso. Laura la señala y dice:

—Esos son los famosos bolilleros.

En la baranda, escalón de por medio, hay unos adornos que se asemejan a los bolilleros de la lotería. Son dorados, miden alrededor de treinta centímetros de diámetro y son muchos: hay más de una docena. La escalera está rematada por un último bolillero del que sale una lámpara de acero que parece un penacho despeinado con varios focos. Todo está muy recargado, muy repujado, muy trabajado. Si es verdad lo que dijo Borges, estos bolilleros inspiraron su cuento “La lotería en Babilonia”. Es llamativo que en los cuentos que hablan de la Cané —“El Aleph”, “El sur”— y en los de la Biblioteca Nacional —“La lotería en Babilonia”, “El libro de arena”— haya escaleras. Pero si hay una clave en eso, se me pierde.

—Borges mostraba los bolilleros y decía que el edificio iba a ser para la Lotería Nacional —dice Laura—, y a todos nos gusta decirlo también. Pero vi otros edificios de Carlos Morra y en las escaleras están los mismos adornos. Tal vez no eran bolilleros. Por ahí tenía un amigo herrero que tenía ese molde.

En 1899, Morra recibió el encargo de proyectar el edificio de la Lotería Nacional de la Beneficencia. En ese entonces, la Biblioteca Nacional estaba en la Manzana de las Luces; ocupaba el segundo piso y estaba totalmente colapsada. Hacía quince años que Paul Groussac era el director y llevaba más o menos el mismo tiempo pidiendo una nueva sede. Y cuando se enteró del edificio se volvió loco de furia. Se dice que le escribió una carta al presidente Julio Argentino Roca en la que le decía que, si realmente le otorgaba semejante

edificio a la lotería mientras se arruinaba la memoria del país, en ese gesto se sellaba el destino del país. ¿Existió realmente la carta? En la correspondencia de Roca que se guarda en el Archivo General de la Nación no está. O no la encontré.

En México ya no está la estatua de Diana Cazadora que había sido regalo del gobierno francés al cumplirse el aniversario de la Torre Eiffel. En su momento, Norah Borges hizo unos dibujos en carbonilla de la estatua; yo los vi en la casa de Miguel, su hijo. Quizás esos dibujos sean el único registro que existe. Diana Cazadora estaba en el jardín de las palmeras, un pulmón interno, que en los años 70 se cerró para construir oficinas. La estatua está ahora en la sala del Tesoro de la nueva sede. También está el escritorio circular que Groussac mandó a hacer cuando se estaba quedando ciego, así podía poner la silla en el centro y tener todos sus papeles a la distancia de la mano. Borges fue el tercer director ciego de la Biblioteca; antes de él estuvieron Mármol y Groussac. Que haya uno es un hecho circunstancial; dos, una casualidad para los libros; tres, es un programa literario. O una maldición: Dardo Cúneo —director durante el gobierno de Raúl Alfonsín— también tuvo problemas en los ojos.

Las sucesivas modificaciones del edificio lo fueron afeando. Se perdió el eclecticismo característico de la Escuela de Bellas Artes de París y la arquitectura se empezó a empastar con parches funcionales que, aunque necesarios, no respetaban la identidad original. El caso más paradigmático es el del segundo piso. Allí estaba la residencia del director —allí vivió Groussac con su mujer y seis hijos—, pero cuando Borges y la madre decidieron no vivir ahí, por recomendación de José Clemente se reconfiguró en un sector de oficinas. Ahora es un lugar anónimo de paredes flotantes y durlock. En ese piso, Laura me señala uno de los tragaluces del techo, que tiene un vitral de círculos concéntricos. En el centro hay una rosa y una cita del Paraíso de La Divina Comedia. Tiene un tufillo borgiano evidente, pero Laura me hace notar que los círculos exteriores son, en realidad, un pentagrama con la partitura de canto gregoriano.

—Es un vitral relativamente nuevo —me dice.

Cuando la Biblioteca se mudó a Agüero y Las Heras, México pasó a ser la sede del Centro Nacional de la Música y alojó al Ballet Folklórico Nacional y a la Banda Sinfónica Nacional de Ciegos. Durante un tiempo, Laura y Germán convivieron con los dos organismos; el ballet ocupaba el salón central, la

orquesta el anfiteatro posterior y ellos se quedaban con las oficinas del primer piso. Hace años vienen batallando para reapropiarse de todo el edificio y convertirlo en un espacio exclusivamente dedicado a Borges. El sueño anhelado está cada vez más cerca.

3

Vine a ver a Laura para recorrer la vieja sede, pero sobre todo para hablar de Borges. Libros y lecturas, la investigación que ella y Germán hicieron con los de Borges en la Biblioteca. Se ha escrito muchísimo de Borges y se va a escribir muchísimo más. El propio catálogo de la Biblioteca Nacional tiene más de 1.800 títulos dedicados a él; es el segundo escritor con más entradas, superado —previsiblemente— sólo por Sarmiento. Hablar de Borges supone una familiaridad que habilita un lenguaje común, un modo de sentir y de pensar: una identidad compartida. Pero a la vez implica un problema porque ¿se puede decir algo nuevo de Borges? Y además está la cuestión de que con él —como con Salinger, Spinetta, Lennon— todos tenemos la sensación de saber algo más, ese dato que resuelve el enigma de su obra y su vida.

Yo, como todos, tengo un canon personal de libros borgianos. Es curioso, pero en todos está su nombre. Como si fuera inevitable. Borges. Un escritor en las orillas, de Beatriz Sarlo; Borges. Esplendor y derrota, de María Esther Vázquez; Borges y los clásicos, de Carlos Gamerro, a quien admiro hasta el plagio; los dos tomos de las conversaciones con Osvaldo Ferrari; El método Borges, de Daniel Balderston; Borges. La reinvención de la literatura, de Julio Premat, que, pese a una psicologización excesiva y alguna pifia —como decir que Fogwill escribió “Help a él” en 2007—, es el libro que me habría gustado escribir; por supuesto, el diario de Bioy. Y en un lugar muy destacado, casi a la altura del de Bioy, el libro de Laura y Germán.

Como suele pasar con los grandes descubrimientos, Borges, libros y lecturas surgió por un hallazgo fortuito. Y, como suele pasar con todo lo que rodea a Borges, fue una pesquisa llena de peripecias librescas.

4

“Una historia no tiene ni principio ni fin”, escribió Graham Greene en El fin de la aventura, “uno elige arbitrariamente un momento de la experiencia desde el cual mirar hacia adelante o hacia atrás”. Elijamos arbitrariamente, entonces, que el comienzo de Borges, libros y lecturas se sitúa dos años antes de que deje la Biblioteca. 1971 no fue un buen año para él. Llevaba mucho tiempo como director; había atravesado varios —tal vez demasiados— gobiernos. Varias veces quisieron cargárselo. Se dice que la primera vez había sido ya en 1956, cuando Pedro Aramburu reemplazó a Eduardo Lonardi, y Borges estaba muy pegado a la Revolución Libertadora. Y en 1958, después de las elecciones del 58, tuvo que intervenir el mismísimo presidente electo Arturo Frondizi para que continuara en el cargo. Los años de Borges en la Biblioteca no fueron un paseo tranquilo. Ahora, con la caída de Levingston y la llegada de Alejandro Lanusse, muchos vieron una nueva oportunidad para forzar su salida, pero él se mantenía firme: sabía quién era y qué representaba ante la opinión pública. “No voy a renunciar”, le dijo una tarde a Bioy, no les voy a hacer las cosas fáciles a mis enemigos. Que sean ellos los que me echen y carguen con la impopularidad de la opinión del mundo”. Esa palabra, enemigos, es sintomática. Borges reconocía, no sin una cuota de verdad, que tenía enemigos. En la SADE, en la Comisión de Cultura, en la Academia de Letras, en la propia Biblioteca.

Para peor, Lanusse tuvo un giro imprevisto en relación al peronismo y empezó a acercar posiciones con Perón. Parecía que se acercaba el fin de la proscripción y que después de tantos años le iban a permitir presentarse como candidato a presidente. Borges, entonces, publicó una columna incendiaria en la que, entre otras cosas, decía que los que el 17 de octubre gritaban “La vida por Perón” se habían olvidado de darla cierta mañana lluviosa de septiembre del 55. El texto salió el 26 de mayo en La Razón y el 28 en La Nación y La Prensa. Leonor empezó a recibir amenazas telefónicas. Se cancelaron unos actos oficiales en homenaje a Borges. Silvina, por temor a un atentado —Montoneros se había presentado un año antes con el secuestro seguido de muerte de Aramburu—, no quería que Bioy lo fuera a buscar ni lo llevara de vuelta cuando comían juntos.

En ese estado de crispación, se presentó en la Biblioteca una denuncia que lo acusaba de llevarse libros. No puedo imaginar el horror que debe haber sentido al estar implicado en un robo. Parece una cosa nimia, pero no lo es en absoluto.

En la Biblioteca hay incunables, primeras ediciones, libros raros, libros históricos, descatalogados. Cualquier coleccionista pagaría una fortuna por cada uno de estos ejemplares. Y no solo hay libros: también hay manuscritos, pinturas, partituras, estatuas, mapas. La investigación contra Borges llevó varios meses, de mayo a octubre, y aunque la acusación terminó siendo desestimada, hizo mella en su espíritu. Quizás ahí, y no en el fantasma del peronismo, estuviera el principio del fin. Según él, el complot había sido urdido entre un coronel y la ex subsecretaria de Cultura. Un empleado que había actuado en connivencia con ellos fue suspendido. Dos años después, Borges pedía la jubilación.

Con la denuncia del 71 todavía fresca en la memoria y el temor de que el peronismo intentara volver sobre el tema, se preocupó por que la salida fuera lo más transparente posible y contrató a un escribano que iba a certificar la propiedad de cada libro que había en su despacho. No es una exageración decir que tenía un millar de libros. Algunos eran propios —muchos los había traído de la casa de Elsa Astete cuando se divorciaron—, otros los dejaban sus amigos o eran regalos de admiradores y una gran cantidad eran libros que él pedía al fondo de la Biblioteca. Todavía se conservan algunas boletas con sus solicitudes. Los libros desbordaban su escritorio y el de su secretaria, se apilaban en las sillas, se juntaban sin orden en una biblioteca amurada y también en dos bibliotecas verticales móviles de madera y bronce que él usaba continuamente.

Hay una foto muy famosa de Sara Facio con Borges junto a una de esas bibliotecas. Él está arrodillado sin preocuparse si se le ensucia el traje oscuro. El saco cerrado, una corbata de rombos y un prendedor fino en la solapa. Pegado a la biblioteca, mira los lomos de los libros con una concentración excesiva. Estela Canto decía que más de una vez lo había visto hacer lo mismo en la casa de Bioy, en la Cané y también en las librerías Mackern's y Mitchell's, donde compraba los libros ingleses: "Se sentaba en el suelo y empezaba a retirar los libros de los estantes más bajos. Los leía con la página casi tocándole la nariz". En la foto no se llegan a ver los títulos, salvo uno, que en letras enormes dice la palabra LEE. Esas bibliotecas hoy están en la sede de Agüero. Si bien no son muy altas —deben tener cinco o seis estantes; en la foto se ven sólo tres— fácilmente podían contener más de ciento cincuenta volúmenes cada una.

Delante del escribano, Borges separó los que eran suyos e iba a llevarse a la casa, devolvió al catálogo los de la Biblioteca y preparó tres o cuatro cajas con setenta libros que pensaba donar. Cumplía así con una tradición que él mismo

había comenzado cuando llegó en el 55. En aquel entonces, el edificio estaba muy venido a menos y para preservar los documentos que venían del tiempo de los jesuitas y del virreinato, el interventor José Trenti Rocamora había enviado todos los manuscritos al Archivo General de la Nación. Y él, para armar de nuevo ese acervo, les pidió originales a sus amigos. Donaron Manuel Mujica Lainez, Bioy —que dio un dactiloscrito de La Trama Celeste—, todo el grupo Sur. Hasta colaboraron Oliverio Girondo y Norah Lange.

*

Imagino el último día en la Biblioteca como un largo plano secuencia. La toma comienza con una vista desde la ventana de su oficina. Algunos balcones tienen la bandera argentina. La mayoría muestra carteles con las caras de Perón y Evita. De lejos —pero no se los ve, deben estar en la Avenida Belgrano— llegan los bombos y los cantos de la multitud. Perón había ganado las elecciones. Alguien dice mecánicamente una lista de títulos: es el escribano, que está terminando de presentar el relevamiento. La cámara gira y mira hacia adentro. Borges está sentado en su escritorio; el hombre está de pie leyendo:

—…The American Black Chamber, de Herbert Osborne Yardley; Selected prose, de William Yates; The poet and the Landscape, de Andre Young; The Teaching of the Magi, de Robert Zadiner; La vita di Dante, de Nicola Zingarelli. Eso es todo.

Le da el listado, y con gentileza pero firme le lleva la mano hasta el lugar en donde debe firmar. Borges repite el movimiento que ha hecho miles de veces, aunque esta vez es distinta: es la última. De joven tenía una firma redondeada y parsimoniosa: decía Jorge Luis Borges y terminaba en una especie de T invertida. Desde que perdió la vista, se le ha vuelto un poco más empastada, más rústica. Si uno hiciera la prueba de firmar con los ojos cerrados inmediatamente reconocería el efecto. Borges tarda apenas un segundo más de lo necesario y cuando devuelve la lapicera ya es otro. Ha dejado de ser el director de la Biblioteca Nacional. Esta firma es el acto —la puesta en acto— que clausura los últimos dieciocho años. La cámara se queda con él, con su expresión de asombro. Está en el límite entre dos épocas. El futuro se le anticipa adverso,

podría decirse que está adentrándose en una zona de desgracias.

La voz de una mujer le dice:

—Director, el taxi lo espera.

Él sonríe.

—Ex director —corrige. Y como para sí agrega: “There are more things in Heaven and earth”.

Busca el bastón con la mano izquierda y se incorpora lentamente. Se apoya en el brazo del escribano y con pasos cortos camina hacia la puerta. La cámara los va siguiendo hasta que se cruza con las cuatro cajas de libros. Son cajas de cartón ordinarias cerradas con cinta de embalaje. El plano se cierra sobre ellas y Borges pierde foco, es parte del pasado. Se escuchan voces, pero no se llega a distinguir de qué hablan. Alguien se ríe. La cámara se obstina en mostrar las cajas. Se apaga la luz, se escucha el ruido de una puerta al cerrarse. Pasan diez, quince, treinta segundos.

Un empleado abre la puerta, prende las luces y pone una carretilla roja debajo de las cajas. Apenas se le ve el pantalón celeste grisáceo. La carretilla es una de esas que se llaman zorra o portabultos. Sale con la carretilla cargada. Silba la melodía de un tango. No sé cómo harán con la cámara, pero yo imagino que las cajas se mantienen en el centro de la escena. Llega hasta el montacargas, deja las cajas y toca un botón para que desciendan. Abajo, otro empleado que las está esperando las acomoda en una segunda carretilla también roja y las lleva hasta el depósito de los fondos generales de la Biblioteca. Las deja y sale. Ahora las cajas muestran la otra cara. En cada una se ve la leyenda: “Donación Jorge Luis Borges”. Pasan diez, quince, treinta segundos. La imagen funde a negro.

*

Se confirma la vieja idea de que una biblioteca

son libros en espera y también es la garantía

de que alguien alguna vez vendrá a visitarlos.

Horacio González

El fundido a negro duró casi veinticinco años. Cuatro cajas con setenta libros en una Biblioteca con más de dos millones de ejemplares. Los libros de Borges se olvidaron. Se perdieron.

Hasta que apareció una de las heroínas de esta historia: Paula Ruggeri. Después de la inauguración de la nueva sede y la mudanza —caótica— de todo el catálogo, Ruggeri encontró las cajas y se dio cuenta de que estaba ante un descubrimiento de gran magnitud. No sólo porque eran libros que habían pertenecido a Borges, sino porque eran libros anotados por él. Cada uno tenía consignada la fecha en que había sido leído y tenían observaciones en las primeras y últimas páginas, a veces también en la contratapa.

Desde ese momento, Ruggeri se convirtió en una suerte de protectora de las cajas y, cada vez que asumía un nuevo director, ella pedía una entrevista para hablarle de los libros. Pero, por falta de recursos o simplemente desinterés, las primeras veces no obtuvo el eco esperado. El cambio de signo se dio finalmente en el año 2000. Ella ya no trabajaba en la Biblioteca, pero continuaba su batalla para evitar que los libros cayeran otra vez en el olvido. Consiguió que la recibiera Francisco Delich: el director la escuchó y le derivó el tema a la subdirectora, Josefina Delgado, que el año anterior, al frente de las Bibliotecas de la Ciudad, había preparado un gran homenaje a Borges por el centenario de su nacimiento. Delgado mandó a catalogar los libros, creó una sección específica con el título de “Colección Borges” y hubiera hecho más, de no haber sido por la renuncia de De La Rúa, que forzó el cambio de autoridades.

En la nota de antecedentes históricos que hace las veces de prólogo a Borges. Libros y lecturas se señala que Josefina Delgado mantuvo las cajas en su oficina todo ese tiempo. Yo hablé con ella y me dijo que su oficina era chica como para tener las cajas, que le habrían cortado el paso. Josefina conoció a Borges, lo acompañó durante varios meses en la escritura de un prólogo sobre Shakespeare, y cuando fue subdirectora tuvo un rol preponderante en la recuperación de unos originales de Borges que, de otra manera, se habrían perdido en Europa. Ella

también es una heroína, pero de esa otra historia.

Como fuera, los libros donados llegaron al Tesoro y en 2002 el director Silvio Maresca dio la indicación de que todo libro de Borges que apareciera en el depósito general debía ser enviado para engrosar la colección. El creía que las cuatro cajas eran una donación postrera, pero que seguramente Borges había dejado otros más a lo largo de su mandato. La presunción fue correcta: el número inicial de setenta aumentó a trescientos.

En 2003, Néstor Kirchner asumió la presidencia y designó a Horacio Salas como director, que cerró el Tesoro y reubicó al personal en otras funciones. Parecía que la trama iba a tener un final triste, pero Salas se fue antes del año, y cuando llegaron Elvio Vitali y Horacio González, Laura y Germán, que venían haciendo la lista de ejemplares recuperados, pidieron hacer una búsqueda sistemática y exhaustiva que abarcara sin restricciones todos los depósitos de la institución. Cinco años después, presentaban la primera edición de Borges. Libros y lecturas: habían encontrado más 700 ejemplares intervenidos por Borges. Había incluso ejemplares de los años 20, 30, 40, muy anteriores a los de sus años en la Biblioteca.

5

Se sabe —Borges lo ha dicho varias veces— que “El congreso” era el cuento que él creía que lo iba a justificar como narrador. Es casi una nouvelle. Lo escribió en el 71, y está incluido en El libro de arena. Laura y Germán encontraron notas que hacen referencia al argumento del cuento en un libro de Ernst Aeppli de 1946: durante por lo menos veinticinco años Borges lo tuvo en mente. Y ese no es el único caso. En la guarda posterior de un libro de 1922 hay observaciones que va a retomar en los ensayos de Historia de la eternidad, de 1936. Más: un prólogo a Kierkegaard del 85 recupera notas del 39; la lectura de un libro de Henry Mencken de 1932 desemboca en el texto “Los cuatro ciclos”, incluido en El oro de los Tigres, de 1972; hay muchísimos libros de Schopenhauer con una profusión de comentarios, etc.

Gracias al diario de Bioy ya sabíamos que, para Borges, el paso de la idea a la

concreción podía tomar años. Por ejemplo, en una entrada de octubre de 1953 decía que quería escribir un relato en torno a la confrontación de San Martín y Bolívar: “Guayaquil” apareció en El informe de Brodie, de 1970. (Ahora pienso que Ricardo Piglia obraba de la misma manera. En los Diarios de Emilio Renzi se ve cómo ya en los 60 aborda el argumento de Plata quemada, que publicó en el 97). El valor de la investigación de Laura Rosato y Germán Alvarez es inmenso porque es como si pusieran una máquina de rayos equis sobre la génesis de los textos. Arroja una cantidad de certezas inestimables. La más saliente es que acaba con quienes hablaban de la falsa erudición borgiana: en un altísimo porcentaje las citas de sus cuentos son precisas.

El hallazgo no se limita a las marcas de lectura. En un libro de Wilhelm Gyinner, Borges hace un registro de sus conferencias: “En 1949, he hablado en Buenos Aires, en el Rosario, en Córdoba, en el Azul, en Olavarría, en La Plata, en Montevideo, en Lomas de Zamora, en Santiago del Estero, en Tucumán y en Bahía Blanca. En 1950, en Buenos Aires, en La Plata, en San Fernando, en Resistencia, en Posadas, en la Universidad de Montevideo”. Hay otros ejemplares que tienen las dedicatorias de sus amigos —Delia y Cecilia Ingenieros, Bioy, Marta Mosquera—, y hay otros más con mensajes de amor. “Domingo a las 5 ½. Constitución. Estela Canto”, dice una inscripción en lápiz en un volumen de La Divina Comedia del 43. Y en otro de esa época, pero escrito por ella: “Lunes 6 Jueves 2 de agosto, lugar y hora (3 ½) habitual. Te siento intensamente. Igualmente te quiero”.

—Te voy a contar algo —me dice Laura—. Entre los libros que encontramos para el segundo tomo, hay uno con cinco páginas anotadas: 3 de octubre, una llamada; 4 de octubre, dos llamadas; y así. ¡Con los horarios! Son cinco páginas de llamadas a una mujer.

—¿A quién? ¿Se sabe?

—Yo tenía la hipótesis de que fuera Estela Canto, pero no coinciden las fechas. No sabemos quién era, no es alguien que conozcamos.

Yo estuve el día que se presentó la segunda edición, en 2017, que fue justamente en la sala principal de la sede de México. Alberto Manguel, por entonces director de la Biblioteca, tuvo la nobleza de reconocer que el libro se había hecho bajo la administración de Horacio González. María Kodama estaba en la primera fila. Manguel contaba anécdotas y ella a veces asentía, pero la mayoría de las veces negaba con la cabeza.

De los apuntes de esa tarde tengo algunas palabras sueltas: “alquimia”, “a.B / d.B”, “Shakespeare vs. Ascasubi”, “amistad”, “Universidad de Córdoba”. Hay otras frases ilegibles o inconclusas, y también una cita de Manguel que pude reconstruir: “Ser bibliotecario es una tarea de rutina, de paciencia y de conocimientos, pero también tiene algo de explorador, de descubridor, de tener la intuición de qué es lo que puede haber detrás de ese libro, en ese anaquel que todavía no se ve bien”. Creo que aquella vez Manguel también habló de pasión, y hoy yo veo en Laura una mujer apasionada.

—Yo lo amo a Borges —me dice—. Aunque a veces, me hincha las pelotas.

APÉNDICE

LA LISTA DE LOS LIBROS QUE BORGES DONÓ A LA BIBLIOTECA NACIONAL EN 1973

1

El jueves 11 de octubre de 1973, La Nación publicaba un suelto informando que le habían otorgado la jubilación a Borges. La fecha no podía ser más significativa: al día siguiente, Juan Perón asumía la presidencia por tercera vez.

Con un texto lacónico de poco más de cien palabras, el diario decía que Borges había cesado en su cargo el lunes 8, y eso bastó para que en el imaginario popular quedara instalada la idea de que el trámite se había resuelto en un tiempo récord de tres días. Con los años, el tema fraguó y quedó reflejado hasta en los propios volúmenes de la institución. Horacio Salas, por ejemplo, lo escribió en un capítulo del libro Biblioteca Nacional Argentina, de 1997.

Como buscaba corroborar la fecha, envié un correo a la Administración Nacional de la Seguridad Social, con la esperanza de que todavía tuvieran el expediente de Borges. Transcribo la respuesta de Rafael Pralong, director del Archivo General de la ANSES:

Estimado Patricio, buenos días.

Conforme surge del expediente tramitado ante la ex Caja Nacional de Previsión para el personal del Estado y Servicios Públicos, Jorge Luis Borges inició el trámite de jubilación ordinaria con fecha 26/08/1973. El beneficio requerido se otorgó con fecha 20/11/1973. Los servicios certificados como Director de la Biblioteca Nacional, comprenden desde el 26/10/1955 al 30/06/1973.

Cordialmente.

Estoy seguro de que Pralong no era consciente del temblor que iba a provocarme con su mensaje. ¡Las fechas diferían completamente! Después de pensar mucho en el tema, mi hipótesis es que Borges inició el trámite sin contárselo a nadie —Bioy Casares estaba en París; José Clemente ya se había ido de la Biblioteca— y siguió yendo hasta el 8 de octubre. De ser así, sería la ficción borgiana más perfecta de todas.

2

Eso también explicaría por qué los libros que donó a la Biblioteca corresponden a dos momentos distintos. Unos son de mayo-junio, con un detalle prolijo y ordenado; otros, los de octubre, con el apuro del sello. Algunos de los libros que donó son:

Allen, Gay Wilson. The Solitary Singer: A Critical Biography of Walt Whitman. New York, London, Grove Press, John Calder, [1955], 616 p.

Beckh, Hermann. Buddhismus (Buddha und sein Lehre) v. 1. Einleitung Der Buddha. (Sammlung Höschen, 174), 3. Aufl., Berlin, Leipzig, Walter de Kruhter & Co., 1928, 2 vol., 139 p.

Berkeley, George. Oeuvres choisies de Berkeley v. 1. (Bibliothéque Philosophique), [Paris], Aubier Editions, Montaigne, [1944], 2 vol., 382 p.

Bradbury, Ray. Fahrenheit 451. New York, Ballantine Books, [1967], 147 p.

Buber, Martin. Vom Geist des Judentums. Münchem, Kurt Wolff Verlag, [1921], 191 p.

Burton, Richard Francis. The City of the Saints, and cross the Rocky Mountains to California. New York, Alfred A. Knopf, 1963, 654 p.

Carlyle, Thomas. Carlyle’s Complete Works Illustrated. New York, John W. Lovell Company, [1885], 3 vol., 493 p.

Colerus, Egmont. Vom Einmaleins zum Integral: Mathematik für jedermann. Berlin, Win, Leipzig, Paul Zsolnay Verlag, 1936, 403 p.

Cosmo, Umberto. Guida a Dante. (Maestri e Compagni: Biblioteca di Studi Critici e Morali, 4), Torino, Francesco de Silva, 1947, 202 p.

Dante Alighieri. La Divina Commedia: v. 1. L’Inferno. La Divina Commedia: v. 2. Il Purgatorio. La Divina Commedia: v. 3. Il Paradiso. 11° ed., Genova, Roma, Napoli, Città di Castello, Società Anonima Editrice Dante Alighieri, 1946, 3 vol., pp. 630-952.

Dostoievski, Fiodor. Crime and Punishment. (The Modern Library of the World’s Best Books), New York, The Modern Library, s.d., 516 p.

Eliot, Charles. Hinduism and Buddhism: An Historia Sketch v. 2., London, Routledge & Kegan Paul Ltd., [1954], 3 vol., 322 p.

Feibleman, James Kern. Religious Platonism: The Influence of Religion on Plato and the Influence of Plato on Religion. 1° ed., London, George Allen & Unwin Ltd., [1959], 236 p.

Fergusson, James. Shakespeare’s Scotland. (Andrew Lang Lecture), Edinburgh, Thomas Nelson & Sons Ltd., 1957, 21 p.

Graves, Robert; Joshua Podro. Jesus in Rome: A Historical Conjeture. 1° ed., London, Casell & Co. Ltd., [1957], 89 p.

Hasse, Heinrich. Schopenhauer (Geschichte der Philosophie in Eizeldarstellungen), München, Verlag Erns Reinhardt, 1926, 516 p.

Hernández, José. Martín Fierro. 1° ed., Porto Alegre, Editora Bels, 1972, 142 p.

La Varende, Jean De. Flaubert par lui-méme. (Écrivains de Toujours, 4), [Paris], Éditions du Seuil, [1965], 191 p.

Lao Tsé. Führung und Kraft aus der Ewigkeit. Erschiene, Insel Verlag, [1952], 70 p.

Lewis, Clive Staples. English Literature in the Sixteenth Century Excluding Drama. (The Oxford History of English Literature, 3), Oxford, The Clarendon Press, 1954, 696 p.

Melville, Herman. Moby Dick, New York, The Modern Library, [1926], 565 p.

Montaigne, Michel de. The essays of Michel de Montaigne v. 1., 1° ed., New York, Alfred A. Knopf, 1934, 3 vol. 434 p.

Ovidio Nason, Publio. Metamorphoses. Bloomington, Idiana University Press, 1957, 401 p.

Plutarco. Selected Essays of Plutarch, v. 1. Oxford, The Claredon Press, 1913. 296 p.

Rosset, Clément. L’esthétique de Schopenhauer, 1° ed., Paris, Presses Universitaires de France, 1969, 122 p.

Russell, Bertrand. Human Knowledge: Is Scape and Limits. 1° ed., London, George Allen & Unwin Ltd., [1948], 538 p.

Sarmiento, Domingo Faustino. Facundo. Buenos Aires, Estrada, [1965], 466 p.

Twain, Mark. The Man that Corrupted Headleyburg and Other Stories and Sketches. London, Chatto & Windus, 1925, 414 p.

LA ARGENTINA ANTE LOS PROBLEMAS DE LA HORA INTERNACIONAL

Artículo publicado en el diario La Nación el martes 8 de enero de 1946.

Un grupo de personas vinculadas a sectores de la vida argentina hizo pública una declaración en la que se expresa:

“En vísperas de reunirse por primera vez la Asamblea General de las Naciones Unidas, y siendo el nuestro uno de los países cuya situación más preocupa a los pueblos amantes de la paz, la opinión democrática argentina debe pronunciarse sobre los problemas de fondo que hoy agitan el ambiente internacional en América y el mundo. Tradicionalmente adicta a las causas de la humanidad, y por apremiantes que sean los problemas internos de nuestra patria, no puede permanecer ajena a la lucha mundial contra los conceptos, las ideologías e intereses que se oponen al advenimiento definitivo de la paz.

”Estos son los puntos de vista de la democracia argentina.

”1. Para ‘ganar la paz’ y hacer de las Naciones Unidas una organización eficaz y poderosa, es indispensable extirpar de raíz el nazi-fascismo. En primer término de la propia Alemania, donde sería deseable que la tarea se cumpla con igual energía en todas las zonas de ocupación. En el resto del mundo el problema es a la vez de política interna e internacional. Tienen que resolverlo en su propio territorio los países en los que el Estado se halla bajo de influencias totalitarias que han usurpado al pueblo su soberanía, como ocurre, por ejemplo, en España y la Argentina. Y en la esfera continental y mundial incumbe a todos los pueblos libres, como imperiosa necesidad profiláctica, la supresión de focos nazi-fascistas donde quiera se manifiesten. Harold Lasky lo ha dicho en estos términos. ‘El mundo de postguerra no admitirá estar formado por una parte democrática y una parte fascista’. La experiencia histórica ha sido decisiva: cualquier forma de ‘aislacionismo’ o de ‘apaciguamiento’ representa un desastre para la humanidad. La democracia, como la paz, es indivisible.

”2. Ninguna norma jurídica debe obstar a la extirpación del nazi-fascismo ni

servir en caso alguno a los opresores de los pueblos. El principio de ‘no intervención’, base de la política de ‘buena vecindad’ ha sido adoptado por las naciones americanas para impedir que los ‘truts’ [sic] e intereses financieros de las grandes potencias puedan sobreponerse a la soberanía de los pueblos. Salvaguardia de éstos contra las acechanzas de la fuerza, representa una de las conquistas jurídicas más valiosas. No es lícito, entonces, invocarlo contra la solidaridad democrática ni utilizarlo para tornar imposible la protección internacional de los derechos del hombre, principios con los cuales tendrá necesariamente que armonizarse; ni es admisible que sirva de escudo contra las tiranías. Tampoco es tolerable la ‘no intervención’, asumiendo la forma negativa de la inacción frente a los atentados contra la libertad de los pueblos, se convierta en intervención contra estos. Cuando los gobiernos de Gran Bretaña, Francia y otros países decidieron no vender armas al gobierno republicano de España, de hecho intervinieron contra el pueblo español. Para éste, víctima temprana de la barbarie nazi-fascista, la ‘no intervención’ ha quedado definitivamente asociada a una de las mayores monstruosidades que registra en su historia la diplomacia internacional.

”3. La Carta de las Naciones Unidas, en su artículo 2, establece que la organización no intervendrá ‘en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados’, pero no teniendo carácter exclusivamente interno los hechos de cualquier origen que impliquen una ‘amenaza a la paz’ o un ‘quebrantamiento’ de la misma, al Consejo de Seguridad le corresponde intervenir, aplicando en última instancia medidas coercitivas, para prevenir tales hechos y de ese modo ‘mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales’ (capítulos VI y VII).

”La Carta de las Naciones Unidas, como puede comprobarse, impide atribuir alcance ilimitado al principio de ‘no intervención’. Si lo que temen algunos gobiernos es que una ‘acción colectiva multilateral’ pueda significar en un momento dado, la reanudación en América de la política intervencionista a la que dio fin el ilustre presidente Roosevelt, el remedio no está en echar por tierra el edificio de la democracia continental y mundial que ha comenzado a construirse en Chapultepec y San Francisco, sino en relegar a un segundo plano todo ‘regionalismo’ y proclamar la preminencia de los organismos jurídicos mundiales sobre los meramente continentales.

”Creemos en el panamericanismo como realidad histórica y como ideal de la confraternidad entre las repúblicas del Nuevo Mundo. Pero consideramos que es

la Organización de las Naciones Unidas la que debe asegurar en todos los continentes la protección de los derechos humanos y el respeto a la soberanía de los pueblos. Sólo su Consejo de Seguridad, por lo demás, podrá autorizar la aplicación de medidas coercitivas en virtud de acuerdos regionales o por organismos regionales (Art. 53 de la Carta).

”4. Las naciones americanas, habiendo declarado en Chapultepec que los principios democráticos ‘son esenciales para la paz de América’, se han comprometido a intensificar sus esfuerzos ‘para extirpar los focos restantes de influencia subversiva del Eje en el hemisferio’. Es evidente, en consecuencia, que si algún Estado viola dicho compromiso, al tolerar o proteger en su territorio las actividades nazi-fascistas de nativos o extranjeros, la ‘amenaza a la paz’ que ello implica podrá obligar al Consejo de las Naciones Unidas a intervenir.

”Mientras el viejo pacto de la Sociedad de las Naciones garantizaba a sus miembros contra la ‘agresión’ exterior tan solo, el nuevo derecho internacional elaborado en San Francisco prohíbe y declara pasibles de sanciones todos los ‘actos de agresión’ indistintamente. Ellos pueden originarse dentro de las fronteras nacionales, como ocurre cuando una minoría extranjera se impone a la población nativa en su propio territorio. Más aun, toda usurpación de la soberanía tiene el carácter de agresión contra un pueblo, aunque provenga de nativos, cuando busca perpetrarse por la fuerza o la intimidación, y sobre todo cuando responda a turbias influencias del nazi-fascismo internacional. La situación del pueblo así agredido y oprimido, amenazado por el espectro de la guerra civil, es indiscutiblemente de las que ha previsto la Carta de las Naciones Unidas.

”’Quebrantamientos de la paz’, por último, no son tan solo las guerras internacionales, sino también las luchas armadas que se producen en el interior de los Estados. Unas y otras, sea cual fuere el lugar donde ocurran, amenazan en nuestros días la paz de todas las naciones.

”5. La soberanía externa e interna de las naciones emana únicamente de los pueblos. Reclamaría con carácter absoluto para el ‘Estado’, en abstracto, negándola de hecho al pueblo en la que ella reside concretamente, es una pretensión propia de regímenes nazi-fascistas. ‘¿Posee soberanía en lo internacional —ha preguntado en un discurso reciente Spruille Braden— el gobierno que en el orden interno viola las fuentes de donde ella procede?’ La conciencia democrática universal exige que se dé a este interrogante una

respuesta negativa.

”Signo de los tiempos ha sido la expresión, sin precedentes en los anales democráticos, con que se inicia el preámbulo de la Carta subscripta en San Francisco: ‘Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas’. Son los pueblos, en efecto, los que después de haber vencido al enemigo común de la humanidad proceden hoy en uso de su soberanía a limitar el poder de los Estados, erigiendo una autoridad común, y ello con el noble fin de ‘preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra y refirmar [sic] la fe en los derechos fundamentalmente del hombre’. Han dado, evidentemente, los primeros pasos hacia la creación de un gobierno mundial. La soberanía absoluta del Estado es un dogma en bancarrota.

”El pueblo es el único soberano legítimo, y al universalizarse el imperativo de la democracia, la idea de ‘pueblo’ se identifica con la de ‘humanidad’. Hace ya tres cuartos de siglo nuestro gran Alberdi proclamó en El crimen de la guerra su doctrina de ‘pueblo-mundo’ y enunció este concepto fundamental: ‘La subordinación del poder soberano de cada nación a la soberanía suprema del género humano será el más alto término de la civilización política del mundo’.

”6. Hemos llegado a un momento de la historia en que todos los intereses e influencias contrarios a la paz deben ser definitivamente vencidos. Lo exige la existencia misma de la humanidad. Para apoyar contra toda intriga o maniobra reaccionaria la unidad de las principales potencias y lograr así que se cumplan integralmente, en su letra y en su espíritu, la Carta de las Naciones Unidas, las fuerzas democráticas de todo el mundo habrán de mantenerse movilizadas. Declara ya la prohibición jurídica de la guerra, ahora es indispensable que la ‘soberanía suprema del género humano’ se haga efectiva y elimine toda posibilidad de una nueva conflagración.

”Con respecto al problema planteado por la energía atómica no concebimos otra decisión del as Naciones Unidas que la absoluta prohibición de su empleo con fines destructivos. El Consejo de Seguridad o el organismo especial que se creare bajo su autoridad debiera a tal efecto poseer poderes de fiscalización en todas partes del mundo. Al derecho de la humanidad a proteger su existencia no sería admisible oponerle ninguna ‘soberanía’.

”Para asegurar ‘que no se usará la fuerza armada sino en servicio del interés común’, la Carta de las Naciones Unidas se refiere en sus artículos 11, 26 y 47 a

la regulación de armamentos y al ‘posible desarme’. Anhelamos, en este particular, que se llegue cuando antes al seno de la organización a un acuerdo por el cual se determinen las fuerzas terrestres, navales y aéreas que cada nación podrá poseer, y que el cumplimiento de dicho acuerdo se asegure mediante sistemas tan estrictos como los que se establecen para lograr ‘la eliminación en los armamentos nacionales de las armas atómicas y todo otro medio de exterminio en masa’.

”7. Por el artículo 73 de la Carta ‘los miembros de las Naciones Unidas que tengan o asuman la responsabilidad de administrar territorios cuyos pueblos no hayan alcanzado todavía la plenitud del gobierno propio, reconocen el principio de que los intereses de los habitantes de estos territorios están por encima de todo’ y se obligan, entre otras cosas, ‘a tener debidamente en cuenta las aspiraciones políticas de los pueblos’.

”Juzgamos necesario para la paz del mundo el respeto de estas obligaciones en el caso de Indonesia, Indochina y otros pueblos del Oriente que aspiran al reconocimiento de su soberanía.

”8. Para nosotros, los argentinos, la consigna de esta hora es bien clara: terminar con el nazismo en nuestro país.

”Si nada o muy poco hicimos —carece de todo significado el aporte de materias primas y otros productos, efectuado con cierto criterio comercial— cuando todas las democracia de la tierra, en lucha titánica de vida o muerte, se batían con el nazismo en sus fortalezas de Europa y Asia: si nuestros gobiernos, sordos al clamor popular, permanecieron insensibles o comprometidos en cálculos y combinaciones siniestras, mientras el mundo se desangraba y morían millones de seres humanos; si estuvimos ausentes cuando se jugaba para todos la suerte de la libertad, es fuerza que hoy seamos nosotros, únicamente nosotros, los que terminemos con el reducto nazi instalado en la Argentina.

”Pero las exigencias de esta lucha a que hoy nos ha convocado el destino no nos hacen olvidar que en situación aún más difícil se halla, entre otros, el pueblo de nuestra madre patria: que la solidaridad democrática internacional es ya un hecho, al par que un deber ineludible, y que si a nosotros nos preocupa la suerte de otros pueblos, no podemos evitar que a ellos también les preocupe la nuestra.

”El mundo, hoy más que nunca, es uno solo. Y la opinión democrática argentina

reconoce que los mayores problemas son los de la comunidad universal, a punto de organizarse federativamente. Por eso saluda a la Asamblea de las Naciones Unidas y espera que surja de su obra, poderosamente estructurado, un nuevo derecho público mundial".

Firman este documento:

Guillermo Acosta, Augusto César Acuña, F. Acuña Anzorena, Américo Aguilar Vázquez, José Aguirre Cámara, Salvador de Amenara, Edgardo L. Amaral, Quiliano Anta Paz, Manuel V. Besasso, Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, Alberto M. Candiotti, Enrique A. Candiotti, Juan José Castro, Alejandro Ceballos, Carlos Cerda Delgado, Alberto Ciminari, Carlos E. Cisneros, Córdova Iturburu [sic], Pedro Chiaranti, Enrique Dickmann, Hilmar Digiorgio, Ofelia Britos de Dobranich, Isaac Manuel Escolar, Emilio Fernández Díaz, Segundo B. Gauna, Alberto Gerchunoff, Santiago P. Giorgi, Paulino González Alberdi, Julio González Iramain, Andrés Justo, A. Korob, Ernesto Laclau, Alfonso de Laferrere, Eduardo Laurencena, Ana Rosa S. de Martínez Guerrero, Luciano F. Molinas, Salvador Neglia, Julio A. Noble, Julio Noé, Silvina Ocampo, Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, Arturo Orzábal Quintana, Eugenia Silveyra de Oyuela, Benjamín Palacios, Julio E. Payró, Ulyses Petit de Murat, Julio Luis Peluffo, Carlos Perette, Manuel Pinto, Carlos Peralta Alvear, Sixto Pondal Ríos, José Peter, Cora Ratto de Sadosky, Nicolás Repetto, Agustín Rodríguez Araya, Eduardo Rodríguez Vagaria, Jorge Romero Brest, Pablo Rojas Paz, Honorio Roigt, Silvio L. Ruggeri, Carlos Sánchez Viamonte, Silvano Santander, Ernesto E. Sammartino, Salomón Singer, Juan Antonio Solari, Jorge Thenon, Juan S. Vamaggia, Nellie Vasena y Saves, Alfonso M. de la Vega, Leónidas de Vedia, Domingo Viau, Alfredo R. Vittolo, Horacio Walger, Alvaro Yunque y Leopoldo Zara.

ALEJANDRO VACCARO:

“TENGO TEXTOS INÉDITOS DE BORGES, ALGUNOS SE PUEDEN PUBLICAR Y OTROS NO”

Por Patricio Zunini.

Artículo publicado en Infobae el 21 de abril de 2023

1

En el Aleph. En lo primero que uno piensa al entrar en la casa de Alejando Vaccaro es en el Aleph. Es un tercer piso en Recoleta que bien podría estar dentro de una esfera tornasolada de dos o tres centímetros en un sótano de San Telmo.

En ese departamento vi miles libros, más de treinta mil libros, vi revistas con Borges en la portada, vi folletos y afiches y volantes de cursos sobre su poesía, vi estatuillas, vi discos, vi un busto que mostraba la ceguera en su expresión más conmovedora, vi uno, dos, tres globos terráqueos, vi las obras completas traducidas al chino, vi un original de Don Segundo Sombra, vi una foto de Sara Facio, vi cientos de fotos más, vi en un ejemplar de Cuaderno San Martín con una dedicatoria (y la letra me hizo temblar) a Macedonio Fernández, vi discos, vi dibujos, vi pinturas de Santiago Cogorno basadas en los poemas de Luna de enfrente, vi reliquias, vi todas las primeras ediciones desde Fervor de Buenos Aires hasta Los conjurados, vi ese objeto secreto y conjetural: el inconcebible universo borgiano.

Cincuenta años de pasión coleccionista hicieron de Vaccaro una figura ineludible al hablar de Borges. Dice que todo comenzó en un día impreciso de la década del 70. Dice, parafraseando a Borges, que ese día supo para siempre quién era. Vaccaro leía con fascinación los libros de Borges y buscando nuevos ejemplares, un librero le contó que había tres —Inquisiciones, El tamaño de mi esperanza y El idioma de los argentinos— que Borges nunca había querido volver a publicar. “¡Me agarró una intriga tan grande! Por qué no los quería publicar, qué había ahí adentro”, recuerda ahora, sentado en un sillón de cuero negro, rodeado de los objetos que custodia y lo custodian. “Eran libros difíciles de conseguir. Todavía no había internet. Entré en el mundo de las librerías de viejos, del libro anticuario, y cuando los conseguí ya no pude parar”.

Lo dice tal vez sin darse cuenta de que esa trama de detective literario lo convirtió en un personaje borgiano.

—¿Qué encontró en esos tres libros que Borges?

—Nada que me sorprendiera. Borges tiene un registro literario extraordinario; un registro muy compacto, muy homogéneo. Es muy difícil encontrar un ripio. A veces les decía a mis alumnos que trataran de cambiar una palabra en un cuento y no se puede. Como decía Flaubert, le mote juste, la palabra es justa.

2

Una de las grandes características de la literatura de Borges es que invita a leer, pero sobre todo invita a escribir. Muchos de los que lo han leído con vivacidad —por no decir todos— se han sentido movidos a ensayar sus propios cuentos y poemas, a reescribir los de él, a escribir sobre su vida.

Alejandro Vaccaro se contagió de ese virus hace años. Varios de sus libros —por no decir todos— lo tienen a Borges como eje central: está en la trama policial de El manuscrito Borges, está en el libro de memorias que escribió junto a Fanny Uveda, la empleada doméstica de Borges, y está, por supuesto, en Borges. Vida y literatura, la monumental biografía a la que se dedicó durante años, que salió en 1996, luego en 2006 y ahora vuelve a reeditarse en una versión corregida y

aumentada. “Entre aquel libro y este pasaron casi veinte años”, dice, “y pasaron muchas cosas, o sea, aparecieron muchos textos”.

—Salió el diario de Bioy.

—Salió ese libro, que es extraordinario. Para mí es el acontecimiento literario de este siglo. Pero también se ha aquilatado mucha información y por eso mi libro ha sufrido un aggiornamento necesario. Se han incluido temas que no estaban y se ha hecho la depuración de algunas cosas. Quisimos hacer un libro un poquito más amable en cuanto a la extensión. La versión anterior tenía casi 800 páginas, este tiene 200 menos. Sin haberse perdido la esencia de lo que es narrar la vida de Borges.

— ¿Cómo se plantea la biografía de una figura como Borges, que siempre fue un testigo marcado por la sospecha? Uno sabe que no siempre decía la verdad, que alteraba los hechos para hacerlos más literarios.

—Bueno, eso es lo atractivo de Borges. Genera una permanente incertidumbre, un montón de preguntas, un montón de interpelaciones. Yo siempre digo que leer a Borges es como correr una carrera con vallas. Acá las vallas son un desafío a la inteligencia. Yo soy un individuo, pero no soy un lector de Borges: soy lectores, porque cada vez que leo un texto hay un fenómeno distinto, encuentro cosas que antes no veía, recupero temas a los que no les había dado trascendencia. El título de mi libro es Borges. Vida y Literatura porque entre su vida y su literatura hay una amalgama perfecta. Borges era un ser literario. Sus palabras, sus dichos, sus amores, sus fracasos: todo está en su literatura. Frente a cada acontecimiento trae un tema literario, trae un autor, trae un texto. Eso es muy enriquecedor.

—Es lo que dice Beatriz Sarlo, que no tiene sentido plantear una biografía por fuera de su escritura.

—Bueno, no sé si lo lamento, pero coincido en eso con Sarlo. Yo creo que hay tantas biografías como biógrafos, ¿no? Yo encaré una biografía con mucho estudio y mucho trabajo. Estuve en todas las ciudades donde vivió Borges. Todo, absolutamente todo lo que digo está documentado. Borges estudió en el Collège Calvin de Ginebra y yo fui al colegio y traje las notas, traje fotos de la época. Se puede escribir un libro de todas las cosas que he vivido en los viajes. Mirá un dato: la abuela de Borges, Fanny Haslan, se sacaba seis años. Encontrar datos de ella en Inglaterra nos costó muchísimo por eso. ¡No los encontrábamos por

ningún lado! Al final nos dimos cuenta de que había nacido en 1842 y decía que había nacido en 1848. Coqueterías, digamos.

3

La entrevista se interrumpe: el teléfono de Vaccaro empieza a vibrar. Mira el número y lo descarta. Pide disculpas. “Soy el presidente de la Fundación El Libro”, dice, “así que me llueven todos los quilombos”. Quiso el destino que su gestión coincidiera con el período en que Fervor de Buenos Aires, el primer libro de Borges, cumple un siglo. En la próxima edición de la Feria del Libro, que comienza el jueves próximo, se montará una gran muestra homenaje en la que Vaccaro colaboró con importantes hallazgos. Podrán verse publicaciones, textos inéditos, también la poesía juvenil de Borges y hasta “Himno al mar”, el primer poema que publicó. Salió el 31 de diciembre de 1919 en la revista española Grecia.

—De todo lo que tiene de Borges. ¿Qué es los más preciado?

—No, no, no, no, no. Es el todo, es el todo.

—Pero ¿por ejemplo?

—No podría decirlo, porque busqué muchas cosas durante muchos años. Entonces el valor es proporcional a lo que me costó conseguirlos. Te cuento una anécdota. Cuando Borges cumplió 80 años, en Estados Unidos se hizo un libro, que era Borges at 80, y yo no lo podía encontrar. Iba a las librerías, buscaba en cada lugar libro por libro, iba a los parques. Y un día yo había tenido una reunión en Plaza Italia y me tenía que venir al Centro. Me iba a tomar un taxi, pero tenía un billete de cien mangos —que en ese momento era mucha plata, un taxi valía 3 o 4 pesos— y entonces crucé a los puestos de libros para comprar cualquier cosa y cambiar la plata. ¡Y ahí estaba el libro! Parece increíble. Le dije al librero: “¿Cuánto vale?” “Cien mangos”. “Te lo compro a noventa; dame diez pesos que necesito tomar un taxi”. No puedo decir un único objeto. Sería injusto con los demás.

4

Un tema insoslayable de la entrevista es la muerte de María Kodama. El 26 de marzo de 2023 marcó el comienzo de una nueva era respecto de Borges. Sin la mujer que protegió como pudo o como supo los derechos de su obra, sin un testamento que determine claramente al nuevo albacea, el futuro de los manuscritos y los libros de Borges se ha vuelto incierto.

Muchas personas se mostraron preocupadas y hubo voces como las de Beatriz Sarlo, Guillermo Martínez, Carlos Gamerro y Laura Rosato y Germán Álvarez —directores del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges— que expresaron el deseo de que esos libros pasen a la esfera de la Biblioteca Nacional. También Vaccaro apuesta por eso: “Desconozco los entretelones”, dice, “pero al parecer hay cinco sobrinos de María Kodama. Sin duda a ellos les corresponde lo económico. Ahora, a mí me gustaría que para la parte literaria se nombre a un equipo de profesionales, de gente que conozca bien profundidad la obra de Borges, y puedan trabajar en el futuro”.

Durante años, Vaccaro y Kodama fueron los polos de una fuerte disputa en torno al legado de Borges. Ella, como esposa, y él, como principal coleccionista, mantuvieron un enfrentamiento que continuamente subía la tensión. Recuerdo que hace unos años le hice a Kodama una entrevista pública —justamente en la Feria del Libro— y ella me dijo: “Ese hombre no existe. La biografía se la escribió otra persona”.

También Vaccaro dijo alguna vez que a ella el traje de viuda le quedaba demasiado grande. En Borges. Vida y Literatura, Vaccaro casi no la nombra y es elíptico hasta la irritación en el casamiento, al que le dedica media página del epílogo. Pero da la impresión de que la muerte de Kodama, si no acabó con las rencillas, al menos las puso en sordina. En la nota busqué —lo confieso— la frase escandalosa que empujara los clics, pero él no quiso caer entrar en el juego.

Cuando Alberto Fernández asumió la presidencia de la Nación, Alejandro Roemmers quiso donar al Estado la colección privada que tiene de Borges: 6.000 libros y manuscritos con los que se iba a crear el Museo Borges. Pero Kodama

salió al cruce: esos materiales, dijo, eran robados. “La colección Roemmers la hice yo, por supuesto”, dice ahora Vaccaro, “fueron 50 años de trabajo. Yo lo tomo como algo gracioso que venga a decirme que hay algo robado, no le puedo dar otra connotación”. Parece que va a decir algo más, pero calla. “Entiendo que toda esa donación va a recalar en el viejo edificio de la Biblioteca Nacional de la calle México”, dice.

—Desde la muerte de Roberto Bolaño se publicaron tantos inéditos que hoy hay más obra póstuma que la que publicó en vida. ¿Puede llegar a pasar algo así con Borges?

—Yo tengo cosas inéditas. Hay textos que me parece que se pueden publicar y hay otros que creo que no. Hay un poema, por ejemplo, Montaña de Gloria, que es del año 14. Lo escribió cuando era adolescente. Ese es para que los estudiosos lo lean, lo estudien, lo analicen. Pero me parece que en el circuito comercial no debería entrar. Entiendo que los editores tienen que ganar plata. Pero yo creo que hay que separar el negocio de la literatura.

5

Había pensado hacerle tres o cuatro preguntas sobre las nuevas generaciones, la manera en que leen a Borges, si sienten todavía el peso gravitatorio, pero es un tema que, o no le interesa o le parece ya cerrado. “Borges como problema”, dice, “eso ya lo había planteado Saer: cómo hacemos para escribir con y sin Borges”.

—En el momento de su muerte, Borges estaba atravesado de polémicas y debates políticos. Casi cuarenta años después, esa discusión se fue borrando. ¿Cómo va a ser recordado en el futuro?

—Ese debate está totalmente derrotado. Borges ya rompió cualquier grieta posible. Yo ideológicamente soy peronista. Cuando era joven, si iba a una reunión política con un libro de Borges, me rajaban. “Tomatelás con ese viejo reaccionario y gorila”. Yo creo que eso hoy ya está superado. Es imposible que alguien diga eso. Nos cagamos de risa. Es como si le cuestionáramos la homosexualidad a Leonardo da Vinci o que Shakespeare tenía dos matrimonios.

Era divertido ver cómo Borges cambiaba de opinión y caía en las contradicciones. Pero en la literatura no era banal. Era profundo. Lo que hizo es extraordinario.

—¿Por qué Borges, que se movía en un círculo intelectual tan reducido, se hizo tan popular? Se puede decir que tuvo una popularidad tan grande como la Gardel: ¿cómo se dio ese proceso?

—Eso es una cuestión mediática. Hasta el año 60 Borges, que ya estaba traducido a varios idiomas occidentales, era un tipo conocido en los ámbitos literarios. Pero en el 61 gana el Premio Formentor junto con Samuel Beckett y se produce una pequeña explosión. Y ahí empieza a ser candidato al premio Nobel. Durante 25 años fue candidato: del 61 al 86. Ahí aparece la cosa mediática. Además, se empieza a quedar ciego y eso es cuestión es algo que le gusta a la gente. Él tiene un poema que se llama “La fama” en el que enumera una serie de cosas —ser devoto de Conrad, ser argentino, ser ciego— y después dice: “Ninguna de esas cosas es rara y su conjunto me depara una fama que no acabo de comprender”.

—Es como lo que dice en “Borges y yo”: “Yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura justifica”.

—Sí, bueno. Sí, está bien.

—¿Ese cuento del Borges famoso y el Borges privado es una versión de Dr. Jeckyll y Mr. Hyde?

—Yo creo que es más que eso. En Jeckyll y Hyde hay una doble personalidad que contrasta al bien y al mal. Como Poe y William Wilson. Como El retrato de Dorian Gray, de Oscar Wilde. Borges es más piola. Borges sale y se mira a sí mismo: ¿a ver? ¿quién es este que aparece en los diccionarios?

—¿Usted lo conoció a Borges?

—No. Nunca hablé con él. Ni siquiera por teléfono.

—¡Por qué!

—Bueno, yo soy un tipo de pudor. Primero que, cuando murió Borges, yo era relativamente joven. Tenía treinta y pico, y no tenía nada para preguntarle.

Quizás si fuera ahora sí tendría. Pero, además, siento que lo hubiera estorbado, lo hubiera molestado, incomodado. Iba a ser un estúpido más que se le acercaba como un cholulo.

BIBLIOGRAFÍA

Abós, Álvaro. Xul Solar. Pintor del misterio. Sudamericana, Buenos Aires, 2017.

Acevedo Díaz, Eduardo (H). Cancha larga. Meridion, Buenos Aires, 1958.

Alvarez, Germán y Rosato, Laura. Borges. Libros y lecturas. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2017.

Annick, Louis. Jorge Luis Borges. Obra y maniobras. Ed. Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 2014.

Arias, Martín y Hadis, Martín. Borges profesor. Curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires. Sudamericana, Buenos Aires, 2019.

Balderston, Daniel. El método Borges. Ampersand, Buenos Aires, 2021.

Balderston, Daniel. Lo marginal es lo más bello. Borges en sus manuscritos. Eudeba, Buenos Aires, 2022.

Barnatán, Marcos-Ricardo. Borges. Biografía total. Temas de Hoy, Madrid, 1995.

Barnstone, Willis. Borges: el misterio esencial. Sudamericana, Buenos Aires, 2021.

Bastos, María Luisa. Borges ante la crítica argentina 1923-1960. Hispamérica, Buenos Aires, 1974.

Bioy Casares, Adolfo. Borges. Destino, Buenos Aires, 2006.

Bioy Casares, Adolfo. Memorias. Tusquets Editores, Barcelona, 1994.

Borges, Jorge Luis. El aprendizaje del escritor. Sudamericana, Buenos Aires, 2014.

Borges, Jorge Luis. Jorge L. Borges recuerda a Xul Solar. Prólogos y

conferencias 1949-1980. Fundación Internacional Jorge Luis Borges, Buenos Aires, 2013.

Borges, Jorge Luis. Tema del traidor y del héroe. Edición crítico genética. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2016.

Borges, Jorge Luis. Textos cautivos. Ensayos y reseñas en El Hogar 1936-1939. Tusquets Editores, Buenos Aires, 1986.

Borges, Jorge Luis y Ferrari, Osvaldo. Borges en diálogo. Grijalbo, Buenos Aires, 1985.

Benarós, León. Paul Groussac en el Archivo General de la Nación. Archivo General de la Nación, Buenos Aires, 1998.

Briante, Miguel. Entrevistas. Mil Botellas, Buenos Aires, 2019.

Canto, Estela. Borges a contraluz. Espasa-Calpe, Madrid, 1989.

Carrión, Jorge. Shakespeare & Cervantes. Nórdica Libros, Madrid, 2018.

Carrizo, Antonio. El memorioso. Conversaciones de Jorge Luis Borges con Antonio Carrizo. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1983.

Casazza, Roberto. El futuro bibliotecario: Hacia una renovación del ideal humanista en la tarea bibliotecaria. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2012.

Clemente, José Edmundo. Estética del lector. El Ateneo, Buenos Aires, 1950.

Delgado, Josefina. Memorias imperfectas. Sudamericana, Buenos Aires, 2014.

Dubatti, Jorge (compilador). Acerca de Borges. Ensayos de poética, política y literatura comparada. Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 1999.

Enriquez, Mariana. La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo. Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2014.

Gamerro, Carlos. Borges y los clásicos. Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2016.

Gamerro, Carlos. Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina. Sudamericana, Buenos Aires, 2015.

Gamerro, Carlos. Ficciones Barrocas. Una lectura de Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Cortázar, Onetti y Felisberto Hernández. Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2010.

García, Germán. Hablan de Macedonio. Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1968.

Giordano, Alberto. Modos del ensayo. De Borges a Piglia. Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2005.

González, Horacio. Borges lector. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2011.

Groussac, Paul. Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires. 1810-1901. Coni Hermanos, Buenos Aires, 1901. Disponible en https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/noticia-historica-sobre-la-biblioteca-de-buenos-aires-1810-1901/html/4649ab08-a412-11e1-b1fb-00163ebf5e63.html

Guglielmi, Nilda. El eco de la rosa y Borges. Eco, Borges y El jardín de los senderos que bifurcan. Eudeba, Buenos Aires, 1988.

Gutiérrez, Eduardo. Borges y los senderos de la filosofía. Grupo Editor Altamira, Buenos Aires, 2001.

Helft, Nicolás. Jorge Luis Borges. Biblioteca e índice. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2013.

Jarkowski, Aníbal. Si. Bajolaluna, Buenos Aires, 2022.

Jurado, Alicia. Genio y figura de Jorge Luis Borges. Eudeba, Buenos Aires, 1966.

Jurado, Alicia. Memorias de Leonor Acevedo de Borges. Los recuerdos de la madre del más grande escritor argentino. Claridad, Buenos Aires, 2021.

Kodama María. Homenaje a Borges. Sudamericana, Buenos Aires, 2016.

Lafforgue, Martín (compilador). Antiborges. Vergara, Buenos Aires, 1999.

Manguel, Alberto. Con Borges. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2016.

Ocampo, Victoria. El ensayo personal. Mardulce, Buenos Aires, 2021.

Pacheco, José Emilio. Jorge Luis Borges. Ed. Era, Ciudad de México, 1999.

Paoletti, Mario. El otro Borges. Anecdotario completo. Emecé, Buenos Aires, 2010.

Parini, Jay. Borges y yo. Emecé, Buenos Aires, 2021.

Pauls, Alan. El factor Borges. Anagrama, Barcelona, 2004.

Peicovich, Esteban. El palabrista. Borges visto y oído. Marea, Buenos Aires, 2006.

Petersen, Lucas. El traductor del Ulises. Sudamericana, Buenos Aires, 2016.

Petit de Murat, Ulyses. Borges Buenos Aires. Club Burton, Buenos Aires, 2011.

Premat, Julio. Borges. La reinvención de la literatura. Paidós, Buenos Aires, 2022.

Prieto, Adolfo. Borges y la nueva generación. Letras Universitarias, Buenos Aires, 1954.

Rojo, Alberto. Borges y la física cuántica. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2020.

Salas, Horacio. Biblioteca Nacional Argentina. Manrique Zago Ediciones, Buenos Aires, 1997.

Sarlo, Beatriz. Borges, un escritor en las orillas. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2015.

Sarlo, Beatriz. La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2008.

Sarlo, Beatriz. Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2020.

Sbarra Mitre, Oscar. Borges director de la Biblioteca Nacional. Diálogos entre José Edmundo Clemente y Oscar Sbarra Mitre. Biblioteca Nacional, Buenos

Aires, 1998.

Sorrentino, Fernando. Siete conversaciones con Jorge Luis Borges. Losada, Buenos Aires, 2007.

Sosa Escudero. Borges, big data y yo. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2020.

Sosnowski, Saúl. Borges y la cábala. Modesto Rimba, Buenos Aires, 2017.

Torre Borges, Miguel de. Apuntes de mi familia. Mis padres, mi tío, mi abuela, mi madrina. Losada, Buenos Aires, 2019.

Vaccaro, Alejandro. Borges. Vida y literatura. Edhasa, Buenos Aires, 2006.

Vargas Llosa, Mario. Medio siglo con Borges. Alfaguara, Buenos Aires, 2020.

Vázquez, María Esther. Borges. Sus días y su tiempo. Vergara, Buenos Aires, 1984.

Vázquez, María Esther. Borges. Esplendor y derrota. Tusquets Editores, Barcelona, 1996.

Villoro, Juan. De eso se trata. Ensayos literarios. Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2007.

Viñas, Ismael y Viñas, David. Contorno. Edición facsimilar. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2007.

Woodall, James. La vida de Jorge Luis Borges. El hombre en el espejo del libro. Gedisa, Barcelona, 1999.

Real Academia Española. Borges esencial. Alfaguara, Rio de Mouro, Portugal, 2017.

Blue book on Argentina. Consultation among the American Republics with respect to the Argentine Situation. Memorandum of the United States Government – Washington, D.C., February 1946. Greenberg Publisher (Nueva York), 1946. Disponible en http://cedinpe.unsam.edu.ar/editoriales/2152/greenberg_publisher

Revista Caras y Caretas N° 170. Buenos Aires, 4/1/1902.

Revista Gente. “Todo Borges y… la vida, la muerte, las mujeres”. Buenos Aires, 27/01/1977.

AGRADECIMIENTOS

En primer término, quiero agradecer muy en especial el diálogo amoroso de María Belén, que excede por mucho este libro. También el acompañamiento permanente y vital de Martín Hadis, Laura Rosato, Germán Álvarez, Virginia Cosin, Eduardo Durán, Matías Bauso y mis compañeros de taller: Andrea, Ximena, Sebastián, Nicolás, Adolfo, Julieta, Mora, Daniel, Rodrigo. Con sus opiniones, con sus lecturas y consejos han sido tan importantes que deberían figurar como coautores, pero para qué hacerles semejante daño. Pablo Gianera tuvo la generosidad de escribir el prólogo: son sus palabras y algunas ideas que robé lo mejor de este libro. La lectura profunda de Santiago Llach me ayudó a evitar una serie de imprecisiones y torpezas. Empecé a escribir hace varios años alentado por Claudia: por ella también es este libro. Muchos amigos me acompañaron en este viaje; algunos ya no están. Quiero agradecer a Gerardo Salonia, María Negroni, Flavia Pittella, Fernando Lenschen, Matías Mermet, Julián Vázquez, Omara Barra, Ana López, Mercedes Conte, Mercedes Funes, Esteban Castromán, Susel Jacquet, Juan Pablo Martinelli, Cristian Molins, Sebastián Fernández Vilas, Raquel San Martín, Carolina Di Bella, Guillermo Pintos, Patricia Kolesnicov, Hinde Pomeraniec, Juan Pablo Correa, Luciano Lutereau, Cecilia Sarthe, Mercedes Ezquiaga, Viviana Zocco, Rafael Pralong. Quiero cerrar con el recuerdo de mi profesor de Literatura Teodosio Muñoz Molina, que a los diecisiete años me hizo descubrir este universo infinito.